



Léster Rodríguez Herrera
Rector

Humberto Ruiz Calderón
Vicerrector Académico

Mario Bonucci Rossini
Vicerrector Administrativo

Nancy Rivas de Prado
Secretaria



Rolando Corredor Trejo
Director Talleres Gráficos Universitarios

Revelaciones de Antaño
Tomo II

Eduardo Picón Lares

Revelaciones de Antaño
Tomo II



Ediciones del Rectorado
Vcmtgu'I tª I equ'Wpkgtuksctkqu
Mérida - Venezuela

REVELACIONES DE ANTAÑO
TOMO II
Eduardo Picón Lares

Edición Príncipe propiedad de la colección de Libros Antiguos
Caminando por la ciudad del ayer
de Luigi López

© Edición Príncipe, Editorial Cultura, México, D.F. 1953
Universidad de Los Andes,
© Segunda edición,
Universidad de Los Andes,
Ediciones del Rectorado,
Talleres Gráficos Universitarios, 2008

Compilador: Luigi López
e-mail: lopezluigi@hotmail.com

**Reimpreso con motivo de la conmemoración de los 450 años
de la ciudad de Mérida, a los setenta años
de la primera edición.**

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal: LF23720089001758
ISBN: 978-980-11-1197-9

Transcripción del original: Nelson A. Corredor T.
Diagramación: Magaly Ramírez Trejo
Diseño de portada: César Izarra
Corrección: Ramón López, Arlanda Moreno

Impresión: Universidad de Los Andes
Talleres Gráficos Universitarios. Mérida
talleresgraficos@ula.ve

Impreso en Venezuela / Printed in Venezuela

PRÓLOGO
A LA SEGUNDA EDICIÓN

INDAGACIÓN DE UNA OBRA

En una visita a la casa del Dr. Tablante Garrido, me obsequió el tomo II de *Revelaciones de Antaño* para mi colección de Libros Antiguos. Un tiempo después, en una “librería de viejo” encontré el primer tomo; en ese momento había logrado reunir los dos libros de esta interesante y curiosa obra sobre Mérida.

Pocas personas han tenido la oportunidad de tener en sus manos estos ejemplares. El primero se publicó en 1938 y quince años más tarde, en 1953, se imprimió el segundo, ediciones que han logrado sobrevivir hasta nuestros días, gracias a algunas bibliotecas privadas que los conservan en sus estantes.

Este clásico merideño, desde las ya lejanas ediciones príncipes, no había tenido otra publicación, se había quedado en el olvido. En una conversación a mediados de este año con el profesor José Rolando Corredor Trejo surgió la idea de esta segunda reedición: un texto sobre anécdotas y sucesos locales no se podía quedar en los anaqueles, sino que era necesario darle vida nuevamente para el conocimiento y disfrute de la generación actual.

Es importante que la historia regional, la historia pequeña, la cual ayuda a formar la dimensión de un país, la conozcan sus lugareños. El héroe, el personaje y hasta el Quasimodo que deambula por las calles, debe tener un lugar en la memoria para poder enunciar con inmodestia y seguridad: “soy merideño”.

La microhistoria es la identidad regional, nos ubica en nuestro espacio; así como sabemos quiénes fueron nuestros abuelos o bisabuelos, y cuál es nuestro lugar en ese árbol genealógico familiar, así debemos tener sensibilidad para indagar y conocer los sucesos y aportes de nuestro estado en la historia nacional.

No deja de ser interesante la revisión y lectura de la “versión popular”, la que forma parte de la tradición oral, recogida por los cronistas, ahí está la raíz que alimenta parte de la historiografía, y ese es uno de los aportes de estos dos tomos. Apoyado en la memoria, documentos de su familia y en archivos públicos, Eduardo Picón Lares nos sumerge en algunos sucesos de nuestra ciudad, desde la época de la independencia hasta los años cincuenta.

Eduardo Picón Lares es hijo de Gonzalo Picón Febres y Josefa Antonia Lares, nació en Nueva York, odontólogo, poeta y periodista. Junto con su hermano Roberto Picón Lares, Rector de la Universidad de Los Andes, fundó varios periódicos y revistas culturales. Fue Secretario de gobierno, Cónsul de Venezuela en Málaga, director del conocido “Liceo Libertador”, diputado y miembro de la Academia de la historia. Publicó más de diez libros de poesía e historia.

En 1918, a los veintinueve años, acompañó a su padre a Curazao, quien se encontraba enfermo y muere en el Hospital Elizabeth. Hasta sus últimos momentos él tomaba notas de los apuntes dictados por su padre para sus trabajos y proyectos intelectuales¹.

1 En “Cómo murió Gonzalo Picón Febres”. Prólogo, Eduardo Picón Lares, Obras Completas. t. I. p. 43-51. 1919.

Durante esos días en la isla de Curazao, se enamora de una de las hijas del dueño del hotel Americano donde estaba hospedado. Posteriormente contrae matrimonio con Marina Badaracco con quien tuvo cuatro hijos y a partir de ese momento su vida gira entre Mérida, Caracas y Curazao.

Muere en Caracas un 9 de julio, después de una larga trayectoria política e intelectual para el beneficio de los merideños.

Como un homenaje a nuestra Mérida en la conmemoración de sus cuatrocientos cincuenta años, se pone a la disposición del lector la reedición de esta nueva publicación, con la cual se espera llenar el vacío de nuestros clásicos merideños y dejar un claro reconocimiento a la destacada labor en las letras de este intelectual merideño.

Luigi López
Septiembre 2 de 2008
17:30 horas

A LOS SETENTA AÑOS DE REVELACIONES DE ANTAÑO

Es grato para mí escribir el prólogo del libro *Revelaciones de antaño* del ilustre merideño Eduardo Picón Lares, hijo del también intelectual y primer crítico literario formal del país, Dr. Gonzalo Picón Febres. La Universidad de Los Andes tomó su nombre para tutelar los estudios de Investigaciones Literarias.

El libro fue publicado inicialmente en 1938 y constituyó un aporte significativo y fundamental para el acervo cultural del estado Mérida y del país, sobre todo, porque allí podemos ver y entender en el proceso histórico cómo ha sido el comportamiento y carácter de los hombre de los andes, particularmente de los merideños o de aquellos que sin haber nacido en estas tierras, dieron su aporte para el engrandecimiento y crecimiento de la ciudad; así mismo, nos devela algunos eventos de las luchas armadas tanto de la Independencia como de la Federación que resultan fundamentales para entender nuestro proceso histórico y por extensión, para entendernos y valorarnos.

El Dr. Eduardo Picón Lares destaca o señala detalles hasta ese momento pocos conocidos de nuestra historia; lo hace con documento en mano, lo que le da un valor de investigación histórica y científica a su palabra; en otros casos recoge la anécdota y señala las referencias en las que se fundamentó para su afirmación.

Su importancia radica en la posibilidad de mirarnos desde una perspectiva pasada y al mismo tiempo, actual, porque los hechos que se consideran tienen relación con la dinámica de nuestro desarrollo como nación; por ejemplo, la actuación y el lugar de la iglesia en nuestra sociedad, el papel del estado y los entes culturales, en general, respecto a los héroes nacionales y al patrimonio histórico, así como otras consideraciones ya de un peso histórico local, pero que reconoce la labor efectuada por algún prohombre hoy sumido en el olvido o la ignorancia por sus conciudadanos, como por ejemplo, la señora María Simona o el albañil Juan Milla.

Escrito en ese estilo de la crónica que va entre el discurso de la historia y el literario, para forjar verdaderas piezas en las que nos entretenemos, divertimos, cultivamos y gozamos del placer estético de una obra bien escrita, de un texto literario.

Estas crónicas rescatan parte de nuestro ser y nos brindan la posibilidad de confrontar con otras versiones sobre eventos determinados, de discutir nuestro pasado, de darnos otras interpretaciones, aclarar sucesos; ese oficio que la crónica se encargó de ir dilucidando con el correr del tiempo y por el forjamiento de una cultura que hoy, en el mundo global, quiso ser arrasada por un fin de la historia y con ella de las identidades y las nociones de pertenencia a una tradición, a una cultura, a un legado de valores y a un espíritu que se niega de distintas formas a morir.

Esta obra se aventura nuevamente a salir a recorrer nuestros espíritus, al ser rescatada del abandono por iniciativa de los Talleres Gráficos de la Universidad de

Los Andes y de su director profesor José Rolando Corredor Trejo, quien dentro de su política de salvar obras fundamentales para nuestra cultura que, sumidas en el olvido se puedan perder en la noche de la indiferencia, el desconocimiento y la ignorancia: pretende levantar un edificio donde los emeritenses en particular y, los venezolanos en general, podamos reconocer las líneas de una historia, una tradición y por tanto, de nuestra cultura, de nuestra identidad, de nuestro ser.

El trabajo del Dr. Eduardo Picón Lares es importante por recoger, rescatar y resaltar, de los distintos episodios de nuestra historia, hechos, personajes y anécdotas que engrandecen y hablan de la calidad de los hombres de estas tierras y del valor de la historia regional.

Estas crónicas permiten asomarnos a un trozo de nuestra historia, de personajes y del urbanismo que enfrentó problemas y orientaciones que ocuparon nuestros días y que hoy, muchos de ellos parecen volver a amenazarnos, por ejemplo la desidia en que ha caído gran parte de nuestro patrimonio cultural, entre otros males que usted descubrirá en sus páginas.

En la presente edición se publican los artículos escritos en el primer tomo del libro original, entre los que tenemos títulos como:

“El escudo de la Patria”, “La quinta del canónigo”, “Clérigos de misa y olla”, “Un gran combate de la libertad”, “Las campanas de las Tapias”, “Don Juan de Milla”, “La última cabeza enjaulada”, “El asalto de Chachopo”, “El combate de las laderas de Mucuchíes”, “La Mano Poderosa”, “Erección de la Real Universidad de San Buenaventura de Mérida de Los Caballeros”, “La devoción

a San Emigdio”, “Los tres bustos de Bolívar”, “El Fraile de la cuesta de los Tiestos”, “La caja de rapé de Sucre”, “El primer plano topográfico de la ciudad”, “El confesor macabro”, “El Capitán Santos Marquina”, “El caminante desconocido”, “Rectificaciones históricas”, “La Federación en los Andes”, “Los pesebres”.

Artículos que indican, claramente, la materia y la diversidad de intereses y los años que cubren su estudio, así como lo que el autor necesitaba exponernos como adendas, haciéndolo desde la perspectiva de un historiador, pero también desde la memoria juvenil que, cargada de añoranzas busca los restos de la patria sentimental, aparte de recoger la carga de la vivencia familiar, porque muchas de las anécdotas pertenecen a su entorno familiar, particularmente a su bisabuelo, coronel Antonio Ignacio Rodríguez Picón; es así como surgen estas aclaratorias para reorientar y dar justo lugar a los distintos episodios de nuestro diario que hacer, de nuestra historia y de nuestra cultura.

La intención del autor al publicar esos artículos y discursos, queda expresamente clara en el capítulo “El asalto de Chachopo”, en el que afirma: “Pero lo que acaso ignoren las generaciones venezolanas, y uno de los rasgos que más definen con más exactitud el carácter del merideño, es el Asalto de Chachopo, aquel acto admirable de patriotismo y de valor, gala entre mil de sus acciones militares”. Ese fue el acento que imprimió el Dr. Picón a su obra. Rescatando de la ignorancia episodios que permiten mirarnos a los ojos con la dignidad que la cultura forja.

En la dedicatoria del libro afirma que estos textos y su trabajo parlamentario en el Congreso Nacional lo hizo

“En beneficio del pueblo de Mérida”. Así lo recibimos y entendemos nosotros.

Aparte de estas razones, viene a mis recuerdos un artículo del Dalai Lama, en el que afirma que nuestra sociedad está sometida a tres venenos, estos son: el odio, el deseo y la ignorancia. El Dr. Eduardo Picón Lares lucha con su pluma, con su trabajo diario, meticulado y responsable, contra, posiblemente, el más importante y significativo de esos males, de esos venenos, el de la ignorancia, porque con resolver ese mal se puede disipar, en muchos casos, los otros dos.

Debemos manifestar nuestro agradecimiento al cineasta e Ing. Luigi López, por formular esta propuesta y facilitar una copia de la edición príncipe del libro con el cual se trabajó la presente edición; así mismo por la dedicación y el cuidado que ha puesto en la preparación de la presente obra.

Esperamos pronto ver en manos atentas y amorosas esta publicación que, debo reconocer, llenará un vacío editorial y será un punto obligado de referencia para el estudio de la ciudad y un gran aporte a la cultura de nuestra nación.

Héctor A. López

Dedicatoria

A la memoria de mi hermano Roberto, quien compartió conmigo muchas alegrías y tristezas en un largo camino de cincuenta y nueve años.

Eduardo

A MANERA DE PRÓLOGO

Bogotá, 25 de abril de 1939

Señor don Eduardo Picón Lares
Caracas
Distinguido señor mío:

Quiero agradecer a usted muy vivamente, mi querido señor, el amable envío de su volumen *Revelaciones de Antaño* y pedirle que no deje de acordarse de mí cuando dé a la luz el segundo volumen.

Vivimos una época de tal intensidad y angustia, que nuestra fisiología tiene una sed insaciable de todo lo que constituye un sedativo y se pone a mirar al cielo en la esperanza de que de allí le caiga un rocío bienhechor. Ruidos, odios, ambiciones irrealizables, miseria humana en todas sus formas caen sobre nuestra propia humanidad en cobarde gavilla. Y como si esto no bastare para llevar nuestro sistema hasta el paroxismo, andamos por todas partes buscando cines que nos acaben de intoxicar y libros que destilen lejía sobre nuestras llagas abiertas.

De allí que cuando uno da con libros como el suyo se los lea –y yo me he leído el suyo con sumo gusto– con la avidez con que toma uno bromural en una noche de insomnio. Sus historietas tienen un encanto delicioso que se aumenta al pensar con qué placer, con qué paz, con qué serenidad las ha ido escribiendo un autor a quien vemos sumergido hasta el cuello en uno de esos


“nostálgicos pozos” de olvido y de plácida distinción que se forman de manera espontánea en los pliegues de nuestras cordilleras y que toman el nombre de ciudades, y verdaderas ciudades son como la Mérida de usted.

Yo también soy serrano, de una población, Popayán, que cabe, como lo escribí en una ocasión, en el puño de la mano. Tiene el silencio de la suya, la distinción de la suya, el olor a incienso y a cedro viejo de la suya. Estas ciudades generalmente no escriben su historia, sencillamente, porque ellas la han hecho y en algunas ocasiones la de todo el país a que pertenecen, y dejan que otros la escriban.

He pensado mucho en mi Popayán leyendo su libro, mi distinguido señor, y de allí que al agradecerse una vez más, me ofrezca a usted como un amigo que quizás tenga un temperamento muy afín al de usted.

Jorge Ricardo Vejarano

LOS AVENDAÑOS DE MÉRIDA
Y UNA RESPUESTA ADMIRABLE

os capitanes Francisco y Gonzalo de Avendaño, que fueron de los conquistadores y pobladores de la Cordillera, dejaron en la ciudad de Mérida y sus campos larga descendencia. Francisco formó parte de la expedición que en 1558 hubo de acaudillar el capitán Juan Rodríguez Suárez, y Gonzalo en la que comandó en 1559 el capitán Juan Maldonado. También hallóse por entonces a las faldas de la Sierra Nevada, aunque transitoriamente, Juan de Avendaño, quien acompañó como amanuense al escribano-receptor Miguel de Molina, cuando fue a Mérida a instruir la probanza de Rodríguez Suárez, y con él regresó al Nuevo Reino de Granada. De ningún otro Avendaño se tiene noticia en lo que atañe a ese apellido en los orígenes merideños. Y de aquí que sean Francisco y Gonzalo los ascendientes de todos los Avendaños que moran en la región andina.

La progenie de los Avendaños es antiquísima, como que arranca de los tiempos caídos en las nieblas del pasado. Tiene su nacimiento en España, en el señorío de Zurbano, pues don Sancho García, que fue el que hubo de heredarlo, se desposó con la señora del solar de Avendaño. De ese tronco procede la casta de los Avendaños que se ha esparcido por el mundo. Su abolengo ha continuado perpetuándose generación tras generación. Y han sido ballesteros mayores de los reyes españoles, varones y vizcondes, condes y marqueses, así como caballeros de las órdenes de San Juan, Alcántara, Santiago y Calatrava.

El primero que vino a América fue Juan de Avendaño, conquistador de Cubagua, Quito, Popayán y el Nuevo Reino de Granada. Andaba como alférez de caballería del célebre Sebastián de Benalcázar, y se halló en la fundación de la ciudad de Tunja. Allí se le concedieron varias encomiendas, y en ocasión memorable, díjole el adelantado Alonso Luis de Lugo: *Sois persona hijodalgo*. Y seguro que lo era, no solamente por su linaje, sino porque según las ordenanzas de Felipe II, hijosdalgos eran españoles que habían andado descubriendo tierras y fundando poblaciones en América.

De este Juan andariego y de armas tomar, venían Francisco y Gonzalo, tunjanos de temple recio, a quienes como a él se les vio andando por aquí y por allá a lo largo de los caminos de la Cordillera, hasta que se asentaron en Mérida. Allí hubieron de dedicarse a construir y civilizar, plenos de voluntad para las empresas de monta. Y allí tuvieron casas, huertas, una caballería de tierra en La Pedregosa y una estancia de las mejores en los alrededores del pueblo de La Punta.

Entre los Avendaños de España hubo personajes muy notables. Un Juan de Avendaño, a quien llamaron *El Malo*, heredero de la casa de Urquiza, perdió la vida en 1356 por competencias con el conde don Tello, hermano del rey Enrique II. Otro Juan de Avendaño murió violentamente a manos de los Oñecinos, delanteros en los bandos que seguía su casa. Martín, ilustrado y discreto, fue predicador del rey y general de la Orden de San Benito. Diego, aparte de ser 13 de Santiago, distinguióse como arcediano de Cuenca, obispo de Jaén, presidente de Castilla, comisario general de cruzada y primer conde

de Villariezo. Francisco, además de regidor de Burgos y corregidor de Jerez de la Frontera, actuó como gobernador de La Habana y hubo de formar en la Orden de Santiago. Y Sebastián, que tuvo mucha nombradía en cuanto grande orador sagrado, hízole honor a la Orden de San Francisco, de la que fue Prefecto y Secretario General en Roma.

Los Avendaños de Mérida, los blancos, los legítimos, los que nosotros conocemos, le suprimieron el *de* al apellido desde época ya distante, y firman sencillamente Avendaño. Los hombres han sido de fisonomía distinguida, fuertes de complexión, emprendedores y valientes. Uno de ellos, el subteniente Nicolás Avendaño, fue héroe de la libertad americana, y en su pecho lució galardones honrosos. San Martín le concedió las medallas *Yo fui del Ejército Libertador* y *A la lealtad de los más bravos*, y Bolívar el *Escudo de Junín* y la *Medalla de Ayacucho*. El maestro Asunción Avendaño, al que nosotros recordamos con mucho cariño, llegó a ser el pirotécnico de más fama en Mérida y fue especialista en luces de colores, arbolitos, bombas y girándulas. Y el coronel Rafael Avendaño, que murió de más de ochenta años, fue vivo exponente de los militares de las guerras civiles venezolanas.

En lo que toca a las mujeres, hermosas han sido ellas, casi todas de piel como de nácar, de cabellos rubios y ojos azules. Así eran Tomasa, Filomena, Bárbara y María, a las que nosotros conocimos en El Vallecito, en una casa que se levantaba en medio de un bosque de sínaros y alisos, a las márgenes del río Mucujún. Allí hubimos de parar muchas veces, cuando subíamos al páramo de Quintana

por los repechos de El Pajonal. Y ahora recordamos a estas vallecitenses y a esa casa, al cabo de muchos años de ausencia de Mérida, con la alegría de la juventud lejana y la pesadumbre de las ilusiones muertas.

A los Avendaños del campo se les ha dado desde tiempo antiguo el apodo de *mongos*, porque su semblante sanguíneo trae a la imaginación el color de unos ajíes que así llaman los indios parameños. A cargo de los *mongos* de El Valle Grande, El Vallecito y La Culata, han estado siempre los arcos de ramas olorosas, flores y frutos que se erigen anualmente en la plaza de Milla el día de la octava del Corpus, en los que aparecen, colgados en el centro de los copetes, diversos ejemplares de animales: cachicamos, lapas, lochas y cuchicuchis. Y hay que ver la quema de pólvora que se gastan al paso de la procesión del Santísimo: son gruesas y gruesas de cohetes que culebrean por los aires, aturden con los estallidos y nublan el espacio con el humo que despiden.

Pero la historia de los Avendaños de Mérida quedaría incompleta, si no hablásemos de Trifón, pues que fue él uno de sus representantes de más extensa popularidad. En su pensamiento vino a concentrarse la agudeza filosófica de sus antepasados, y en su vivir modesto y laborioso cuanto de conformidad y paciencia exige la vida para hacerla menos amarga y llevadera. Era alto, delgado, rubicundo, vigoroso, y como los otros, rubio y de ojos azules. Su oficio era el de barbero, tocaba el violín a maravilla y su humor regocijado le hacía simpático y atrayente. Tenía una cantina, a la que llamaba *El Paraíso*, donde en la sala contigua solía poner bailes los sábados por la noche, ya que buscaba los modos de

vivir como mejor podía. Durante uno de esos bailes, a la hora que menudeaban los cantos de los gallos, unos cuantos vagabundos, de esos que andan a caza de fiestas para divertirse y cometer fechorías, embadurnáronle con sebo las cuerdas del violín y el arco, por lo que al ir a tocar el instrumento, se encontró con que no sonaba. Inalterable como era, no se disgustó, sino que hubo de reír la travesura. Y desde entonces surgió en Mérida el dicho que se hizo callejero: “Quedó como Trifón en *El Paraíso*, cuando le ensebaron el violín”.

Larga fue la existencia de Trifón, pero como a todos los humanos, le llegó el momento de morir. Una enfermedad lacinante, cruel, le redujo a la cama. Los médicos le habían desahuciado desde los primeros exámenes que le hicieron. Y la beata Isabel, enterada de sus quebrantos de salud, propúsose penetrar en su casa y acercarse a su lecho. Era ella propagandista del *Agua de Lourdes* que vendía don Pedro en su tienda de camándulas, novenas, estampas, escapularios y otros artículos religiosos. Don Pedro había encargado a Europa una garrafa del agua milagrosa, que le vino con certificado de autenticidad, y comerciante al fin, de ella echaba diez gotas en una botella de agua purísima del río Albarregas y la vendía por medios y reales. La beata Isabel ganaba en el negocio una pequeña comisión, y muy zalamera y mañosa, le dijo a Trifón:

—He venido a verlo, y ya sé que su enfermedad es incurable. ¿Por qué no prueba, Trifón, como último recurso, con el *Agua de Lourdes* que vende don Pedro? Cómprela y tómela con fe, que puede ser que lo sane.

Trifón se quedó mirándola desdeñosamente, y enseguida le respondió con una sonrisa volteriana:

—Sí, doña Isabel, el *Agua de Lourdes* de don Pedro es muy milagrosa, y él la vende por medios y reales. Pero... ¿quién vende la fe?

Ante la respuesta admirable, digna de los enciclopedistas del siglo XVIII, la beata se puso mohina y salió del aposento santiguándose.


“Las armas de los de Avendaño, las de la casa troncal de Vizcaya, que es la misma de Galicia, de donde fueron sin razón desterrados sus hijos, se componen por este motivo de un escudo campo de oro con banda sable que atraviesa el escudo.

“Los de Navarra, Mancha y otras partes, usan escudo sinople con una camisa de plata pasada de tres flechas de oro, en una banda, otra en palo y otra en punta.

“Y los de América tomaron escudo partido, a la derecha en plata banda sable, a la izquierda cortado, en lo alto en plata tres panelas sinoples, y en lo bajo en plata un lobo al natural enrejado”.

Los Avendaños de Mérida, los blancos, los legítimos, pueden usar el escudo de armas de su linaje, y pueden también aplicarle a otros, validos de los antecedentes que les acreditan, el concepto de Tito Livio: “Obedecer a los mejores es vínculo de fe, y que los iguales se aplaudan entre sí”.

EL DESCUBRIMIENTO
DE LA LAGUNA DE URAO

n su afán de penetrar en la Cordillera de los Andes, a pasos cautelosos y ojo avizor, el conquistador capitán Juan Rodríguez Suárez, a fines de 1558, había llegado al punto que denominó La Sabana, luego de haber batido y ahuyentado a los indios del pueblo que llamó El Arcabuco, más acá de Estanques, hacia la parte nórdica. Y siguiendo el derrotero que traía, avanzó en dirección a las Sierras Nevadas, que eran el vellocino de oro donde tenía puestas sus miras.

De La Sabana se encaminó Rodríguez Suárez al interior de la serranía, y rematando la jornada que había emprendido en la mañana, después de subir y bajar cuevas fragosas y atravesar llanuras y valles hermosos, llegó a *una agua*¹, como él mismo lo declara, llamándola La Lagunilla, nombre que le dio también al pueblo indígena de Mucuún, por estar junto a aquella agua. Había descubierto la célebre laguna de Urao, a la que llamaban los indios mucuúnes Yoama, y que para ellos era lugar sagrado. Y en el pueblo de La Lagunilla se rancheó, al que se le cambió más tarde ese nombre por el de Santiago de Lagunillas, quedándose por último con el de Lagunillas, como se le llama impropriamente, pues no son varias, sino una sola la laguna que allí ha existido desde el día de su descubrimiento.

1 Archivo Histórico Nacional de Bogotá. *Proceso criminal contra el capitán Juan Rodríguez Suárez*. Copias que reposan en el Concejo Municipal de Mérida y en nuestro poder. t. I. pág. 15.

La laguna de Urao, que parece un gran diamante engastado en el bronce de los cerros, tiene su leyenda mitológica, y del relato que de ella trae Don Tulio Febres Cordero en su *Archivo de historia y variedades*, tomamos la parte que dice así: “Cuando los hombres barbados de allende los mares vinieron a poblar las desnudas crestas de los Andes, las hijas de Chía, las vírgenes del Motatán, que sobrevivieron a los bravos timotes en la defensa de su suelo, congregadas en las cumbres solitarias del Gran Páramo, se sentaron a llorar la ruina de su pueblo y la desventura de su raza.

“Y sus lágrimas corrieron día y noche hacia el Occidente, deteniéndose al pie de la gran altura, en las cercanías de Barro Negro, y allí formaron una laguna salobre: la laguna misteriosa del Urao.

“La nieve de los años, como la nieve que cae de los páramos, cayó sobre las vírgenes de Timotes y las petrificó a la larga, convirtiéndolas en esos grupos de piedras blanquecinas que coronan las alturas y que los indios veneran en silencio, llenos de recogimiento y de terror.

“Un día los indios de Mucuchíes, bajo las órdenes del cacique Misintá, levantaron sus armas contra los hombres barbados y las piedras blanquecinas del Gran Páramo, las vírgenes petrificadas, se animaron por un instante, dieron un grito agudo que resonó por toda la comarca, y la laguna que habían formado con sus lágrimas se levantó por los aires como una nube, para ir a asentarse más abajo, en el Páramo de Mucuchíes, en los dominios del cacique Misintá.

“Y allí se detuvo, quieta e inmóvil, hasta otro día en que los indios de Mucujún y Chama volvieron sus flechas

contra el invasor invencible; y la laguna al punto se levantó por los aires al grito que dieron en la gran altura las vírgenes petrificadas, y fue a asentarse más abajo, al pie de los picachos nevados, al amparo de las Cinco Águilas Blancas, en el sitio de El Carrizal, sobre la mesa que circundan las nieves derretidas de la montaña.

“Y allí se estuvo, quieta e inmóvil, hasta otro día en que coaligados los indios de Murachí, Mucujepe y Quirorá, blandieron también sus macanas contra el formidable invasor. Nuevamente gritaron en el Gran Páramo las vírgenes petrificadas del Motatán, y nuevamente se levantó por los aires la laguna salobre de sus lágrimas, para ir a asentarse sobre el suelo cálido de Lagunillas, en aquella tierra ardiente, donde la caña brava espiga y el recio cují florece.

“Un piache maléfico reveló entonces a estos indios el secreto de poder retener la laguna en sus dominios, privándola de la virtud de transportarse como una nube; y el secreto estaba en un sacrificio humano que hacían anualmente, arrojando al fondo de sus aguas un niño vivo para aplacar la cólera de venganza en los altivos guerreros de Timotes, muertos por el hombre-trueno de la raza barbada. Y desde entonces está allí; en su última jornada, brindando a la industria su sal valiosa, que es sal de lágrimas vertidas en las cumbres solitarias del Gran Páramo por las vírgenes desoladas del Motatán, en la noche triste de la decadencia muisca, cuando la raza del Zipa cayó humillada a los pies del hijo de Pelayo”.

Don José Ignacio Lares, al referirse al sacrificio humano de que habla Febres Cordero, manifiesta en su *Etnografía del estado Mérida*, que “así como los muisca sacrificaban

un niño para marcar sus indicaciones, así los mucuunes y quiroaes sacrificaban otro, arrojándolo al fondo de la laguna de urao, para tener propicio al dios de sus aguas. Costumbre ésta que después, durante la colonización, “un prudente sacerdote que catequizaba a los indios se encargó de abolir, persuadiéndolos de que en lugar de un niño, era mejor arrojar a la laguna una gallina”.

Los indios mucuunes, lo mismo que sus vecinos los jamuenes, caseses, orcases y quiroaes, se beneficiaban del urao para los menesteres de la vida, que es el mineral llamado sesquicarbonato de soda, muy puro y por cierto bastante raro. Con él mezclaban el *mo*, que es una suerte de jalea de tabaco mermado al fuego, para producir el *chimó*, cuyo uso es casi general entre los habitantes de la Cordillera. Pero los indios no sabían mezclar bien el *mo* con el Urao, y no fue hasta 1781, el año de los Comuneros de Mérida, cuando el doctor Pedro Verástegui los enseñó a perfeccionar aquel menjurje, pues el ilustre químico español se propuso instruirlos en la materia, ya que era especialista en el ramo de tabaco, aparte de que había ido a Lagunillas a practicar estudios en la laguna de Urao y a seleccionar las plantas útiles que descubriese para establecer un depósito en Caracas y remitirlas luego a España.

La noticia más antigua sobre el urao la transmite Fray Pedro de Aguado, primer historiador de los Andes, en sus monografías tituladas *Fundación de Mérida y San Cristóbal*, al consignar que los indios de Lagunillas y sus alrededores eran “gente aventajada y respetada de los demás indios de la Provincia de Sierras Nevadas, como en la verdad lo son, por respecto de cierto lago o laguna

que estos indios tienen en su tierra, la cual, por las muchas tierras salobres que la cercan y hacen lago, se cuaja en el asiento y suelo de ella un género de salitre muy amargo, que ni es sal ni salitre, ni para el uno ni el otro efecto nos podría servir a nosotros; y de este género de salitre se hace en todo el suelo de la laguna, o en lo más de él, una costra que a partes es muy gruesa y a partes es delgada, de la cual los indios van quebrando y sacando para vender a todos los que se la vienen a comprar, que como he dicho son todos los indios de la Provincia de Sierras Nevadas y de muy lejanas tierras, porque su regaste llega hasta la laguna de Maracaibo y poblaciones de El Tocuyo y llanos de Venezuela.

“En efecto, para lo que los indios quieren este salitre es principalmente para comer, aunque en diferentes maneras se come, porque unos lo comen con las comidas en lugar de sal, y otros hacen cierto betún de ello, a manera de meloja, y aquello lo comen lambiendo y dando muestras de saborearse mucho en ello, y así son feudatarios y contribuyen a los que tienen esta laguna y sacan este salitre, que en su propia lengua llaman urao, y es moneda muy principal entre estos indios que he dicho, porque por ella dan y venden todo lo que tienen y les piden. También se aprovechan los españoles de este salitre o urao para darle a los caballos, que les purga y engorda mucho, pero no se lo dan más de hasta ponerlos en carnes, porque si los hacen a ello aflojan mucho y pierden parte del brío los caballos, a quienes de ordinario se acostumbra dar; y también lavan con ello la ropa de lienzo, aunque se ha hallado por averiguado que a pocas veces que con él la lavan, la quema y pudre y echa

a perder”. Y Fray Pedro Simón, segundo historiador de los Andes, en sus *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*, al tratar del descubrimiento de las Sierras Nevadas y de los pasos del capitán Rodríguez Suárez y sus compañeros, expresa que “después del río de los Estanques, llegaron, tres leguas más adelante, a Lagunillas, donde sacan el urao, que hoy llaman de Reinoso, y allí se quedaron rancheados”. El fraile Simón pasó por Lagunillas a principios del siglo XVII, y como el capitán Antonio de Reinoso era por entonces el propietario de aquellas tierras, se le dio su nombre a la laguna de urao, que entraba en las lindes de sus extensas posesiones.


El coronel Agustín Codazzi, al describir aquella laguna en su *Resumen de la geografía de Venezuela*, explica que es “una mina de *urao*, sustancia que viene a ser un carbonato de sosa particular, semejante al que se encuentra en Trona, en África; es el *Sesquicarbonato de Sosa* de los químicos, según lo ha analizado M. Boussingault. Se encuentra esta laguna a 1.040 varas sobre el nivel del mar, tiene 1.040 varas de largo, 350 de ancho y de 3 a 6 pies de profundidad. Una parte de ella está seca, otra llena de juncos y eneales y sólo una tercera parte tiene agua limpia; de ésta se extrae el urao y también se sacaría de las otras si estuviesen despejadas y con agua”.

La laguna de Urao está rodeada de casitas pintorescas, frondosos árboles y praderas que se mantienen siempre verdes, gracias al agua de la laguna que siempre las riega. Aquí y allá abren sus abanicos las palmas de los cocoteros, y son muy dulces las frutas de aquel suelo fértil, entre las que sobresalen los melones, piñas, mamones,

patillas y uvas. Allí cortan los indios el junco que utilizan para hacer esteras y se crían unos patos pequeños, de plumaje rojo y negro y pico amarillo, que no existen en otras lagunas y ríos de Venezuela. La pesca de carpas es en ella rica, lo mismo que la de anguilas y le sirve de balneario a los merideños, ejidenses y lagunilleros.

En tiempos pasados, la carga de urao llegó a valer cien pesos, como se decía entonces, y nosotros vimos salir de Lagunillas, de la casa colonial de La Trinchera, numerosos cargamentos de Urao con destino a San Cristóbal, Barinas, Trujillo y Barquisimeto, pues no solamente se le ha usado para la preparación del *chimó*, sino que la lejía que se extrae de su ceniza sirve para purificar el azúcar, fabricar jabón, fijar las tintas y preparar potasa. Pero hace bastantes años que no se explota el urao en grande, quedando apenas de las épocas que se fueron, con vigencia constante, las leyendas mitológicas, las tradiciones orales, las narraciones históricas y las voces quejumbrosas de los indios mucuúnes, jamuenes, caseses, orcases y quiroraes, que claman por volver a los tiempos mejores de su bonanza económica.

LA PIEDRA GORDA

ntes de llegar a la cumbre del páramo de Mucuchíes, al que los indios merideños llamaban de Miruganguichi y los conquistadores y primeros pobladores españoles de El Tuerto y de Cerrada, se encuentra subiendo de Apartaderos, a 3.750 metros sobre el nivel del mar, una piedra gigante, imponente, conocida desde tiempo inmemorial con el nombre de *Piedra Gorda*.

Rodeada de frailejones y menuda yerba y cubierta de líquenes, quichos y musgo, siglos lleva la gran piedra en ese puesto, inmóvil, helada, inmutable; y por uno de sus lados, el que da al antiguo camino real, convertido ahora en carretero, tiene una cueva que ha sido refugio de caballeros, caminantes y choferes en noches de niebla, lluvia, viento y nevada, así como en trances apurados de *mal de páramo* y en muchos otros de los que se les presentan a los que trajinan por aquel paraje desolado.

El sitio en que está la *Piedra Gorda* es maravilloso. Desde allí se contempla el panorama más espléndido que imaginarse pueda. Al frente se ven las cimas nevadas de la sierra de Santo Domingo, culminantes en los picachos luminosos de Mucuñoque y Mifés; hacia abajo, la cañada pintoresca de Barro Negro y Apartaderos, en la que se levantan frondosos eucaliptus, urumacos y alisos y ondean los trigales temblorosos de frío; hacia arriba, el camino viejo, que adelante se bifurca y abre como un compás, entrando en su abertura el monumento a

Bolívar en el alto del páramo y los picachos rocallosos que tienen su altura máxima en el llamado El Gavilán; y en contorno, planicies y faldas preciosas adornadas con las flores rosadas, amarillas y moradas de los romeritos y extrañas, y hondonadas y zanjonés umbríos, donde nacen los manantiales que se reúnen en un valle cercano para formar el encrespado río Chama, cuyas aguas se divisan a lo lejos como si fueran vidrios quebrados precipitándose unos sobre los otros.

Delante de la *Piedra Gorda*, mirándola con atención y curiosidad, muchas veces nos pusimos a pensar en la procedencia de su nombre, y ha sido ahora, al consultar unos documentos antiquísimos, cuando hemos venido a descubrir su origen. Por ellos supimos que fueron los conquistadores y primeros pobladores de Mérida los que la bautizaron con tal nombre, y que *Piedra Gorda* se le llamaba en 1563, pues a la encomienda de indios que el capitán Antonio de Monsalve tenía en el partido de Mucuchíes, el doctor Venero de Leiva, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada y presidente de la Real Audiencia, le señaló los siguientes linderos: “Por la parte de abajo la otra banda del río Chama, y por la parte de arriba hasta la *Piedra Gorda*”¹.

La historia de los Andes, desde las épocas más remotas, encierra en sus páginas acontecimientos muy notables que ocurrieron frente a la *Piedra Gorda* o cerca de ella. Del tiempo de la Colonia y la Independencia, entre esos acontecimientos se cuentan el paso de las fuerzas

1 Copias tomadas del Archivo de Indias que reposan en la Academia Venezolana de la Historia. t. 44.

merideñas que fueron a combatir al Tirano Aguirre en Barquisimeto en 1561 y a los piratas en Gibraltar en 1641, 1642, 1643, 1666, 1669 y 1678; el desfile de los Comuneros de Mérida hacia Timotes en 1781, que fue la primera tentativa formal en favor de la independencia de Venezuela; las marchas triunfales de Bolívar en 1813, 1820 y 1821; la retirada magnífica del general Urdaneta en 1814; la invasión del general Morales en 1823 y la derrota definitiva de las armas realistas en Cerro de Mariño; el ir y venir del general Paredes y las tropas merideñas a encontrarse y pelear aquí y allá con las españolas; y la ejecución de las primeras víctimas de la guerra a muerte, que fue ordenada por el Coronel Maza en 1813, precisamente a pocos pasos de la piedra paramaña.

Impresiones diversas, unas gratas y otras ingratas, hemos experimentado nosotros en el sitio de la *Piedra Gorda*. Recordamos que allí, en 1908, después de haber pasado una noche de ventisca en Barro Negro, hallamos sin vida en medio del camino a un infeliz negrito que se había *emparamado* la tarde anterior. Allí, en 1912, nos encontramos con el hermano querido e inolvidable, con el hermano ya muerto, que había ido a recibirnos al regresar a la tierra amada. Por allí pasamos, en 1918, con nuestro padre enfermo de gravedad, conducido en silla de manos, en busca de su curación, sin imaginarnos que lo que le esperaba era la muerte en la isla de Curazao. Y allí, en 1920, nos detuvimos con otros viajeros, de esos que se interesan por las grandes cosas de la naturaleza, para admirar la esplendidez del panorama, saboreando una taza de café del que llevábamos en un termo y un cigarrillo de los que por entonces llamaban *Fama de Cuba*.

Todo cuanto hemos recordado se ha quedado atrás y se ha perdido entre las nieblas de lo que nunca vuelve. ¡Qué de mutaciones ocurridas a través de más de cuarenta años! De la gente antigua no quedan ni los restos, y de la vieja que nosotros conocimos es contada la que existe. Sólo la *Piedra Gorda* permanece en su puesto, inmóvil, helada, inmutable, como ha estado en todas las épocas de la historia andina y como la hemos visto nosotros tantas veces, unas, con la alegría radiante de la primavera ida, y otras, con la tristeza infinita del invierno que se acerca.

LA VENTA



A 2.820 metros sobre el nivel del mar, a la vera del viejo camino colonial, escondida entre coposos alisos y urumacos de tierra fría, escoltada en sus contornos por los mil espadines de los frailejones y frente al río Motatán, se levanta en un recodo de la sierra la antiquísima casa de *La Venta*, que era en tiempos de antaño la única posada que servía de refugio a los caminantes que trajinaban por las ásperas cuestas de las alturas andinas. Y poco más abajo, a la propia banda de la casa, se ve el descascarado molino harinero, siempre bullicioso y alegre, al que oían moliendo desde el alba los viajeros que madrugaban para seguir adelante por la soledad de aquel paraje encantador.

Término de jornada, aquel lugar era forzoso para hacer noche, bien porque los caminantes se decidiesen a continuar viaje llegados a Timotes, o cuando el cansancio o las ventiscas, viniendo de Mucuchíes, les obligaban a buscar amparo dentro de las pequeñas y abrigadas habitaciones de la vivienda acogedora. Repetidas veces nosotros mismos, al atravesar por aquella comarca, hubimos de pernoctar allí en distintas ocasiones. Y esto, en cuanto a las personas que andaban a caballo, ya que para los arrieros y gente de a pie, paradero obligado era el de *La Venta*, puesto que ninguno se hubiera aventurado a entrarle al páramo después de caído el sol.

¿Pero a quién se le ocurrió situar ese mesón en puesto tan elevado y frío? ¿Qué finalidad se proponía el que

concibió la idea? ¿Qué significa *La Venta* en nuestra historia? No es muy costoso averiguarlo, y ya vamos a saberlo. Treinta y un años después de la fundación de Mérida, en 1589, inspirado en un generoso sentimiento de humanidad, el capitán Hernando Cerrada, a quien se había cedido la encomienda de los indios chachopos, solicitaba del Cabildo merideño, con muy juiciosas razones, que se le concediese un pedazo de tierra en sus aposentos del páramo para fundar una venta, no sólo “por ser como es de mucha necesidad y camino real”, sino porque “por allí pasa mucha gente”. Expresaba además el capitán Cerrada, que el campo por él escogido “está yendo de esta ciudad, a la mano derecha, donde hace una ensenada y llano”, agregando que aquello habría de utilizarse “para ayuda de recoger los caminantes y caballos, pues se entiende es de provecho y bien de esta República”. Y don Bartolomé Maldonado, que no era hombre de armas sino colonizador pacífico, declaraba “que recuas innumerables traficaban por ese retiro cargando tabaco, harina, cacao y otros frutos, los cuales son ocasión a mucho aumento de esta provincia y del Real Haber de Su Majestad”. El Cabildo, con esa sobriedad de palabras que se estilaba antes, accedió a la solicitud así: “Los dichos Justicia y Regimiento dijeron que le proveen el pedazo de tierra para el efecto que lo pide el Capitán Hernando Cerrada, según y de la manera que solicita su petición”. He aquí el origen de la existencia de *La Venta*, construida a la usanza española, sin que el tiempo haya podido abatirla. Y allí están firmes, con el sabor de los retablos antiguos, sus corredores de menudo empedrado, su ancho zaguán para la entrada de las bestias, su

espaciosa caballeriza, sus alcobas confortables y su patio cuadrado, eternamente florecido de claveles, extrañas, nardos y pensamientos.

A partir de fines de 1558, Mérida anduvo revuelta entre el forcejeo político de los bandos personalistas que no le han dejado levantar cabeza, subsistentes todavía a través de una trayectoria desdichada; y es bien sabido cómo el merideño, lo cual es sensible descubrir, no desperdicia oportunidad para hacerle la contraria al merideño, cuando en otras regiones del país no deja de observarse una relativa convivencia fraternal. Los personalismos merideños datan del propio momento de la conquista española. No ha habido enemigos más irreconciliables que se parezcan a los capitanes Juan Rodríguez Suárez y Juan Maldonado, los dos fundadores de la Ciudad de la Sierra, ni partidarios que más se odiasen como los de aquél y éste. El fraile Zamora, en su *Historia de la provincia de San Antonino*, refiere que la población “se fundó con bandos y parcialidades, una con el nombre de *Cerradas*, en favor del capitán Maldonado, y otra en el del capitán Rodríguez Suárez con el nombre de *Gavirías*, tan obstinadas, que con muchos sucesos y muertes lastimosas de ambas partes, y consumidas sus haciendas en pleitos, se atrasó el crecimiento a que pudiera haber llegado la ciudad”.

Acaso no sea fácil reflejar el ambiente de astringencia que en lo político y social imperaba en aquella época. El pugilato asumía proporciones verdaderamente singulares, y los hechos de sangre se perpetraban con demasiada frecuencia. Las rivalidades eran más agudas cada día, y debido a la exaltación de los ánimos, fue por lo que

ocurrió en 1665 la muerte de don Antonio de Gaviria y Ospina, personaje de mucha significación en la ciudad, quien envuelto en su capa negra apareció difunto en la plazuela de El Espejo, después de un duelo con don José Rodríguez Melo. Encarnizado debió haber sido el encuentro, porque al caballero fallecido se le halló con su espada en la mano. Y la tradición se ha encargado de propagar, con el timbre lleno de su voz, que don Antonio, aparte de un pleito que se traía con don José, rondaba en son de amores bajo los aleros de la casa de una hermosa mujer del partido de los *Cerradas*.


Sembrados de cruces, de esas que se enclavan en el sitio donde se ha victimado a alguna persona, veíanse los caminos de la Cordillera. Cada uno de los bandos tenía su cementerio en cualquier parte de la cinta polvorienta que enlaza las lejanías. Y recuerdo luctuoso de esas estaciones que fijaron la animosidad y el rencor, es el de *La Cruz Chiquita*, que se alza no muy distante de *La Venta*, sobre la peña de guijarros y padrenuestros que le han levantado los transeúntes que por allí circulan. En ese lugar, hace más de dos siglos, encontraron unos arrieros, cosido a puñaladas, a un jinete que parecía de muchas campanillas, si bien no se ha puesto en claro que fuese de los *Cerradas* o *Gavirias*. Allí mismo le enterraron, porque los buitres le habían comido los ojos y devorado las entrañas. Y desde entonces, dicen que el ánima del muerto vaga por aquellos alrededores, pues los viajeros que se internan en el páramo cuando ha cerrado la noche, al coger la pendiente de *El Almorzadero*, perciben pasos detrás de sus caballerías y una profunda espiración de cansancio al dar en la cruz que señala el tope de la

subida. Son muchos los caminantes que han sentido este *espanto*, y nosotros les hemos escuchado referir el cuento medroso, tan emocionante como inverosímil.

La Venta, así como ha sido refugio y alivio de caminantes, representa también el centro de combinaciones inicuas para acabar con la vida de los hombres. Sombríos son los hechos que hubieron de tramarse en su seno durante la Colonia y la Independencia y en el periodo de nuestras guerras civiles. Y cuántas leyendas y secretos atrayentes están encerrados dentro del marco de sus vetustos paredones.

Hoy, telarañosa y desierta, la casa colonial ha quedado rezagada en un rincón de la montaña, pues hubo de variarse el trazo de la ruta y el camino carretero se ve serpenteando apartado de sus lindes. Ya casi nadie toca su puerta, como que terminaron los días de los viajeros a caballo, de los arrieros y *macoretos* y de las jornadas de la gente a pie. Pero el descascarado molino harinero no para en su molienda, y su bulla y alegría se oyen a lo lejos, de día y por las madrugadas, igual que en los tiempos idos, en los tiempos que se llevaron para siempre a los caballeros de hábito, a los mohatra y a los de capa y espada.

FULANO CACHIRULO

 En el léxico español, con esa precisión que es característica de nuestra excelente habla, se define a Fulano así: “Voz con que se suple el nombre de una persona, cuando se ignora o no se quiere expresar”, o “persona indeterminada o imaginaria”. Una definición maravillosa, que presenta el ente desnudo a la vista de los que quieran conocer y envuelve el sentido filosófico que pone de resalto la psicología del incógnito en el continuo lucubrar de sus múltiples maquinaciones.

¿Quién no ha oído hablar de Fulano? ¿Quién no ha advertido sus pasos, su presencia, su persecución? ¿No han percibido los humanos la intromisión en sus vidas de este ágil entrometido? Fulano, que no sabe de dónde viene ni para dónde va, es bueno, mediano o malo, según sus simpatías o antipatías. Cada quien tiene su Fulano. El bueno es bobalicón, meloso, acomedido, conforme con la poca paga que recibe y constante en la alabanza y defensa de sus preferidos; el mediano es peligroso, porque tira más a la maldad que a la bondad; y el malo es camastrón, ponzoñoso, voraz y ducho en el género de las artimañas y emboscadas. Los tres urden sus tramas en el obraje de sus habilidades, pero el que abunda es el malo, en razón de que las zarzas siempre se dieron silvestres.

El Fulano malo es conocido por el mundo entero. Es un intrigante sin escrúpulos, un insidioso que se debate en el fango de la impostura, un espía de la peor catadura

y un infamador de los que rechaza la infamia, porque la ha superado con demasía en los manejos de la iniquidad. Jamás se vio un sollastre más menguado para el espionaje vil, para la calumnia y el chisme que se transmiten a escondidas y a pujos, para la envidia negra y la estocada traición. Aguanta las hincadas de las espinas de la conciencia, antes que rendirse a su dolor insoportable. No cesa en sus rondas de murmurador, y metido está en todas partes. Penetra por puertas, ventanas, agujeros y rendijas, y es el vehículo de cuantos son enredos, falsedades y celadas sorprendentes. Lo que concibe y realiza, es siempre con intención y finalidad aviesas. Y errante anda por dondequiera en acecho de sus víctimas, sobre todo de las virtuosas, puesto que gusta de beber sangre inocente para calmar la sed abrasadora que le producen la envidia, el odio y el despecho.

El Fulano malo de tipo general, nos ha hecho recordar en particular a uno de su misma calaña que vivió en Mérida, en nuestra ciudad noble y amada, allá por mediados del siglo XVII. Era un italiano de Mesina, llamado Cachirulo, a quien se le debe por hablador, el que los merideños contribuyeran desde entonces a la formación del folklore colombiano y venezolano, componiendo una de las coplas más viejas que registra la tradición andina, acaso de las primeras en este aspecto de las manifestaciones populares durante la Colonia. Y esa copla, que es de una agudeza cáustica y reveladora de un ingenio perspicaz, rima como sigue:

*Zamuro que vas volando
con el pico Cachirulo,
llévale muchos recuerdos
a la gente de otros mundos.*

Al flujo y reflujo de una de tantas marejadas europeas, de las que trajeron bastantes aventureros a las playas de América en la época de la conquista y la colonización, fue a parar a Mérida el tal Cachirulo. Sus habilidades eran las de la intriga, la insidia, el espionaje y la difamación, como las del Fulano malo, y los merideños, considerándolo pernicioso, le tuvieron desconfianza desde que lo conocieron. Llegó echándose de catadrático en artes y ciencias, cuando no era sino un consumado charlatán. Cachirulo levantó en Mérida la bandera de la charlatanería, intensificando con ella la división que existía entre los bandos de los Gavirias y Cerradas; y aunque sabía disimular su disociador tejemaneje, a la postre fue sorprendido en su tarea bajuna. De donde por él, igual que por otros muchos de su jaez que trashumaban a sus anchas por tierras americanas, resolviera el Rey de España que sólo podían pasar a América extranjeros marinos, mecánicos y mineros. Y tomó esta providencia, porque grandes capitanes de la talla de Vasco Núñez de Balboa y Francisco de Montejo, le habían pedido encarecidamente que no permitiese viajar a Tierra Firme a ninguna clase de abogados, bachilleres en leyes y forasteros dudosos, pues “llevaban vida de diablos” y procuraban formar mil pleitos y cometer los mayores desafueros y maldades.


A esta pandilla de pícaros pertenecía Cachirulo, cuyo nombre estuvimos buscando en diversas fuentes para poner en claro la significación de la copla que hemos copiado. ¡Cuántos momentos perdidos en el otear infructuoso, a objeto de esclarecer este detalle minúsculo de la historia merideña! Pero al fin apareció Cachirulo en un documento viejísimo, en su testamento, otorgado

en Mérida en 1635, en el que además de las cláusulas de rigor, se contienen descripciones curiosas que ponen de presente las costumbres merideñas de la antigüedad.

Hace ya luengos años, de publicar hubimos un trabajo folklórico titulado *El Zamuro*, en el cual figura el avechucho de plumaje fúnebre en muchas coplas y decires del vulgo, sin que entonces aclarásemos lo de Cachirulo. Pero ya enterados de su presencia en el pretérito y del tizne con que fue señalado, aquella página olvidada ha quedado completa. Cachirulo era un charlatán, un cuentero, un infamador, y los merideños hallaron que iba a las parejas con el zamuro, principalmente en lo de desgarrar las carnes ajenas. Por manera que suponiendo al animal menos agresivo, le pusieron el pico de Cachirulo, indudablemente convencidos de que así sería mayor su eficacia en el oficio de lleva y trae, tan fecundo en engaños, injurias, celadas, enredos y deshonras.

Por supuesto, del Fulano malo, que no tenía apellido, y del Cachirulo despreciable que había perdido el nombre, ha venido a surgir un anónimo siniestro: Fulano Cachirulo. Y hay que ver lo que esto significa para la paz política, para la paz religiosa, para la paz social y para todas las paces. El malhechor será siempre el mismo, y todavía peor, si logra situarse en posiciones de ventaja. Pero no debe descuidarse y procurar la enmienda, pues en el correr incesante y vertiginoso de los días, conviene tener fresca en la memoria la sabia sentencia de Bolívar: “Todo es efímero en este mundo”.

EL CONDE DE GERENA

a historia de Mérida estaba incompleta. Le faltaba un detalle de suma importancia, cuya ausencia resultaba extraña en tratándose del gobierno colonial. Ese detalle era el de un gobernador noble, con sobra de títulos, hábitos y condecoraciones. Añorábase en Mérida esa falla, porque a fuer de quisquillosa y de parangonarse en su tesoro histórico con el de otras ciudades del país, no se conformaba la de la montaña con que Caracas y Barinas hubiesen tenido un grupo de estirados y fachendosos marqueses y condes, y ella no. Pero el noble, el título existía. Era un conde, todo un señor de la rancia nobleza española, adornado con larga cauda de otras investiduras nobiliarias. Hundido y disecado entre viejos papeles de archivo, hubo que desenterrarlo. Y apareció lleno de polvo y de polilla y con olor a moho, como las hojas de aroma y esas flores que llaman pensamientos, a los que se usa acomodar dentro de los libros para que se aplanchen y perduren como recuerdos vivos de tiempo lejano.

“Don Miguel de Ursúa y Arismendi, Caballero de la Orden de Alcántara, Conde de Gerena, Vizconde de Ursúa, Barón de Oticorena, Señor de los Palacios de Gentania y Arismendi, Gobernador y Capitán General del Gobierno de Mérida y sus provincias”. He aquí al hombre del día en su época, a toda indumentaria de pontifical, flamante el hábito de Alcántara con su vistosa cruz verde floreteada, pesado de collares, condecoraciones y bandas,

en actitud de recepción y de mando. He aquí su aspecto en la fase pública, acaso elegante y atractivo, y que debió haber sido el mismo cuando concurría a la iglesia en los días solemnes de la Semana Santa para recibir la llave del Monumento, adorar al *Lignum Crucis* y aparecer siempre como el primero en dignidad y honores en todos aquellos sitios en que su presencia se hacía indispensable. Una aristocrática figura de Corte. Un personaje distinguido en relieves de campanillas y etiqueta.

¿De dónde procedía el caballero? ¿Cuándo hubo de llegar a Mérida? Venía de España, y para fines de 1662 ya estaba en los Andes ejerciendo su destino, en el que había reemplazado a don Tomás Torres de Ayala. Quién sabe si don Miguel habría de ser pariente, por lo de Ursúa, del famoso don Pedro, tercio de hazañas y aventuras. Y antójasenos observarle, tal vez un poco reumático y friolento, porque en la Ciudad de los Caballeros la temperatura bajaba por entonces a menos de diez grados, arrellanado en su sillón frailerero en un rincón de la sala de su casa, presidiendo la tertulia familiar, a la luz de una araña de velas verdes de incinillo o de una lámpara alimentada con aceite de corozo, de tártago o de coco. Es de suponerse que el Gobernador y Capitán General tenía su residencia en una de las esquinas de la plaza Real, quizá frente a la iglesia. Y en cuanto a su traje casero, a buen seguro que su gorra bordada en hilo de oro y con borla profunda de lentejuelas, su vistosa bufanda de colores, su chaqueta de pana oscura y pantuflas confortables de capellada doble con dibujos de estambre, le comunicaban esa gravedad que caracteriza a personajes de tanta significación y señorío.

Bien puede precisarse, en relación con la permanencia del Conde de Gerena en los dominios que se le habían encomendado, que su duración fue escasamente de tres años, por cuanto para 1666 ya estaba al frente del gobierno el maestre de campo Gabriel Guerrero de Sandoval, otro personaje de muy significadas ejecutorias. Mas lo interesante de todo esto no es la figura del conde, sino lo que hizo o dejó de hacer por los pueblos que estaban sometidos a su bastón de mando. Y a fe que no se comportó mal, dado el corto periodo de su gestión gubernativa.

No son muchos los documentos y las referencias que existen acerca de la administración del conde, pero según los que han sido hallados, se deduce la buena intención de que estaba animado y las iniciativas que hubo de tomar para resolver situaciones difíciles a todo lo ancho de la tierra merideña. El año de 1662, cuando se emprendía el traslado y reedificación de la ciudad de Pedraza por el capitán Alonso Jimeno de Bohórquez, tuvóse necesidad en Mérida, dada la escasez de carne que había, de hacer una saca de ganados mostrencos de los llanos de Orú, como antes se denominaban a los que se extienden al pie de la Sierra Nevada por sus faldas del Oriente. El comisionado para tal empresa fue el mismo capitán Jimeno de Bohórquez, pero por circunstancias diversas, lo que obtuvo fue un ruidoso fracaso, habiendo perdido en su entrada a los Llanos el caudal que había invertido en la conducción de un tren de soldados, pertrechos, avío, caballos y mozos de vaquería. Encontróse el Conde con este problema, y tanto por resarcir al arruinado capitán, como porque se imponía cubrir aquella necesidad, autorizólo de nuevo para que intentase una segunda prueba


al llegar el verano, a condición de que “el ganado que saque lo ha de conducir a este Gobierno” y que “por ningún pretexto entre en ninguna de las naciones de indios” y “los deje quietos y pacíficos en sus tierras”. Y fue así como dio comienzo el Conde al incremento de la ganadería y a velar por el cuidado de los indios, víctimas de la voracidad especuladora e inhumana de aventureros empedernidos en correrías de presa.

Conjuntamente con su acción económica y social, el Conde desarrollaba otra de mayor importancia, cual era la de preparar la seguridad y defensa del puerto de Gibraltar y costas de la provincia contra el ataque de los filibusteros que merodeaban por el lago de Maracaibo. Y había razón para ello, pues por esa parte ribereña, como lo manifiesta un antiguo cronista, “desembocaban caudalosos ríos de agua, vino, aceite, leche, miel, azúcar, oro y plata”. La real cédula por la cual se reiteró al Gobernador y Capitán General de Mérida la orden de dedicarle la mejor atención y actividad a esa campaña, fue recibida por el Conde en el mes de mayo de 1663, y en forma protocolar, con la solemnidad de estilo, “la tomó en sus manos, besó y puso sobre su cabeza y obedeció con la reverencia y acatamiento debido y mandó se cumpla, guarde y ejecute”. A esas providencias del Conde se debe el que Mérida hubiera podido presentar pruebas irrefutables, cuando de ellas hubo menester, acerca de su derecho en la costa Sur del lago de Maracaibo.

Y queda aquí suspendida la actuación del Conde, sin que se sepa para dónde cogió ni qué destino se le encomendara después. Se marchó en humanidad como había venido, sin mayor ruido ni ostentación, y nada

más se sabe de él. No dejó atrás cultivo de rencores ni elementos que permitieran reacciones que lo afectasen. Pero se quedó viviendo en Mérida en su firma, que es como si fuera su persona misma, porque el nombre en letras es expresión de vida, de lo que no muere, si se piensa en que el acto de escribirlo en el papel, a plena conciencia y voluntad, envuelve la manifestación del equilibrio biológico: este soy yo, y ese yo perdura completo e invariable para la historia y la posteridad.

LA CAMPANA MAYOR
DE SAN FRANCISCO

 El origen de las campanas es desconocido y en torno a él impera el silencio. No se sabe en qué tiempo aparecieron en el mundo esas copas invertidas de metal que dan toques de atención y llamada, repiques de alegría y dobles de pesadumbre. En la India y China fueron usadas las campanas grandes cuando en Europa no se conocían, y el uso de las campanas pequeñas precedió al de las grandes. En China había, allá por el año 2262, antes de Jesucristo, doce campanas graduadas en el sonido que podían expresar los tonos de la música, según lo asientan noticias históricas milenarias; y en los pueblos asiáticos y egipcios las campanas eran generalmente de reducidas dimensiones, como lo explican los historiadores griegos y latinos.

En los comienzos del cristianismo, las campanas tenían el nombre de *signum*, y no se las llamó campanas sino del siglo VI en adelante, por suponerse que habían sido inventadas en Campania, provincia italiana, cuya capital era Capua. El primero que escribió sobre las campanas cristianas fue Gregorio de Tours, en 585, y en las *Constituciones de San Cesáreo de Arlés*, en la *Regla de San Benito* y en la *Vida de San Columbano*, se menciona el toque de la *campana-señal*, habiendo sido el Papa Sabino quien introdujo, en 604, el uso de las campanas en el culto de las iglesias.

La historia de las campanas es larguísima y complicada, y las ha habido de diversas formas y tamaños,

destinándoseles a usos distintos. Las primeras campanas que vinieron a Venezuela fueron traídas de España, y en Mérida existen, en el Museo Arquidiocesano, tres antiquísimas de los años 909, 912 y 1195. La primera es un poco menor que la irlandesa llamada *Chumascach*, de Annagh, considerada como la más antigua de las que quedan de épocas remotas, por haber sido fundida en las postrimerías del siglo IX. La segunda aventaja en vejez a la española del Museo de Córdoba, tenida por mucho tiempo como la que le seguía en antigüedad a la *Chumascach*, pues su data corresponde al año 925. Y la tercera, en la que se aprecia la evolución de las campanas en cuanto a figuras, letras y relieves, es mayor que la francesa de Fontaneille del Museo de Bayeux, catalogada como la más vieja entre las de su clase. Estas campanas pertenecían a la iglesia trujillana de Jajó, y por circunstancias especiales y gestiones distintas, fueron a parar al Museo Arquidiocesano, a fin de que allí se conservaran y expusiesen a la vista de sus visitantes.

Otras campanas existen en las torres de las iglesias de Mérida que merecen citarse por sus méritos, entre ellos el de haber sido fundidas en talleres de la ciudad. La campana mayor de la catedral es de 1804, y salió de la fundición que tenía el canónigo Uzcátegui a orillas del río Albarregas, frente a la Universidad de los Andes; la que hace de segunda en la iglesia de San Agustín fue fundida en 1846; todas las campanas de la capilla del Carmen datan de 1872; y la que hace de segunda en la catedral fue fundida en 1920. Pero a la que vamos a referirnos en particular es a la campana mayor de la antigua y desaparecida iglesia de San Francisco, que fue


importada de España por los frailes franciscanos, once años después de haberse establecido en Mérida. Esa campana es contemporánea de la que tenían los jesuitas, en la capilla de la hacienda de Las Tapias, y recuerda los tiempos de la evangelización de los indios. Es un bronce fino y de muy claro sonido, y en él se leen las siguientes inscripciones: *Ste. Francisce, ora pro nobis. –Siendo Guardián Fray Andrés Quintero–. Año 1688*. La primera inscripción está en la parte superior y las otras dos en la inferior, destacándose entre ellas, en uno de sus lados, una cruz grande al relieve con variados adornos.

Esa campana lleva dos siglos y ochenta y cinco años como pregonera de la voz apostólica, y ha estado presente en cuantas han sido alegrías y pesadumbres de Mérida. Ella llamó a las misiones de los frailes franciscanos en la época en que ellos doctrinaban a los indios, a diario tocó a misa en la iglesia de su convento, repicó alegremente la llegada de monseñor fray Juan Ramos de Lora, primer obispo de Mérida, en 1785, y la erección de la Catedral en 1786, habiendo doblado pesarosamente por el fallecimiento de aquel prelado civilizador. Ella repicó la instalación del Colegio Seminario de San Buenaventura en 1790, y luego, en 1810, su transformación en Real Universidad de San Buenaventura de Mérida de los Caballeros. En el arco principal de su campanario estaba, cuando cayó, junto con la iglesia y el convento, el día aciago del terremoto de 1812; y muda entonces, fue recogida de entre los escombros y llevada al campanario de la iglesia de San Agustín, que era la de los frailes agustinos, tornando a su dignidad de campana mayor y señoreando allí por su vejez y merecimientos.

Pero lo extraordinario de los toques, repiques y dobles de la campana benemérita, fue en la época de la Independencia nacional. Ella repicó, el 16 de septiembre de 1811, el primer *Tedeum* republicano que se cantó en Mérida y la bendición de las primeras banderas de la República, acto que se efectuó pomposamente en la iglesia de San Francisco, en su iglesia, y el 17 la jura de la Independencia de Venezuela, ceremonia celebrada de modo imponente en la plaza Mayor; sus toques llamaron a reunión, en la misma iglesia de San Francisco, a los representantes del pueblo merideño que en la Asamblea Constituyente de 1811 dictaron la primera constitución política de Mérida; sus repiques se sintieron a maravilla en 1813, cuando el Libertador entró victorioso a la ciudad ilustre y su Ayuntamiento le dio, antes que el de Caracas, el título de Libertador; sus dobles lloraron clamorosamente la pérdida de la República en 1814; los grandes triunfos de Boyacá, Carabobo, Junín y Ayacucho, tuvieron en sus tañidos vibraciones de oro; y al morir el Libertador en San Pedro Alejandrino, sus dobles fueron tristes y hondos, como triste y honda era la desaparición del genio de América.

De entonces acá, cuántos toques, repiques y dobles ha dado esa campana que representan manifestaciones distintas. Y allí está, en la iglesia de San Agustín, llamada ahora de San Francisco por haberse establecido en ella la Orden Tercera, añorando tal vez sus pretéritos días gloriosos y siempre dispuesta a repicar por las grandezas de la Patria y a doblar por las desgracias de la República.

ORÍGENES DE LA CIUDAD DE EJIDO

ntre los primitivos pueblos de indios de la región andina, de la que pertenecía antiguamente al Nuevo Reino de Granada y después a la Capitanía General de Venezuela, uno de ellos era el de Las Guayabas, llamado así por los indios guagues, que en él tenían el asiento de su clan. Ese pueblo fue descubierto por el conquistador capitán Juan Rodríguez Suárez a fines de 1558, al mudar la ciudad de Mérida que había fundado en los llanos de Jamuén, hoy llanos de San Juan de Lagunillas, a la mesa de Tatey, conocida ahora con la denominación de La Punta; y a principios de 1559, cuando el capitán Juan Maldonado vino a Mérida, comisionado por la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, a deshacer lo que había hecho el capitán Rodríguez Suárez, a reducirle a prisión y a mudar la ciudad al puesto que hoy ocupa con el nombre de Santiago de los Caballeros, antes de entrar en la población, “se rancheó en el pueblo de Las Guayabas, y estando allí rancheado, pusieron fuego a la sabana los indios de la tierra y se quemaron unos bohíos”¹, según manifestación que le hizo el capitán Juan Esteban, el mismo año de 1559, al capitán Miguel de Trejo.

1 Archivo Histórico Nacional de Bogotá. *Proceso criminal contra el capitán Juan Rodríguez Suárez*. Copias por duplicado que reposan en el Concejo Municipal de Mérida y en nuestro poder. t. I. pág. 216.

Tanto Esteban como Trejo habían sido compañeros del capitán Rodríguez Suárez en la conquista de las Sierras Nevadas y fundación y primera mudanza de Mérida, y su noticia acerca del pueblo de Las Guayabas, que es la única que hemos encontrado al consultar documentos muy antiguos, es clara y precisa en cuanto a su existencia prehistórica. Esto, además de que la voz *guayabo*², nombre del árbol que produce las guayabas, parece ser original del idioma de los aborígenes de la Cordillera, y en la sabana a que se refiere Trejo hubo siempre muchos *guayabos*, por lo que la industria criolla del bocadillo de guayaba ha sido de mucha importancia y nombradía.

Sobre las sabanas de Las Guayabas, desde épocas remotas, se comenzó a levantar la ciudad de Ejido, a la que se le dio este nombre por hallarse en el ejido de Mérida, en “un pedazo de tierra y muy bueno, en tierra bien templada y más caliente que fría”³. Y ese gran pedazo de tierra, que mide más o menos una legua de extensión, fue utilizado en los primeros tiempos de la colonización española para hatos de distintos ganados, después para plantaciones de cacao y frutos menores y luego para el cultivo de la caña de azúcar, que es el que ha constituido la riqueza agrícola de los campos ejidenses.

En ese ejido, en 1589, se le repartieron tierras a don Juan de Vergara, “desde la quebrada de Las Ceibas o Las

2 Julio César Salas. *Tierra Firme*. Primera edición. Mérida. 1908. pág. 447.

3 Declaración del capitán Miguel Baltasar de Vedoya, Procurador General del Cabildo y Regimiento de Mérida. 1590.

Ceibitas, hasta la primera quebrada del ejido”⁴, o sea la que hoy se conoce con el nombre de Montalbán; y “de Las Ceibas para abajo”⁵, a don Luis Rodríguez, don Andrés Martín Calvillo y capitanes Gonzalo García de la Parra y Diego Sánchez Calvillo. Pero el repartimiento de aquel ejido venía de atrás, de 1564, y lo ocupaban el capitán Antonio de Reinoso y don Pedro del Castillo para pastoreo de sus ganados.

En 1590 se le concedieron a Fray Antonio del Clavo, vicario del Convento de San Vicente Ferrer de Mérida y vicario provincial y visitador de la Gobernación de Venezuela, “tierras para dicho convento en el ejido, a mano izquierda del río Albarregas, y una caballería para fundar un hato, hacia el Agua Caliente, en el rincón del camino de Villapando”⁶, llamado así en recuerdo del capitán Francisco de Villapando, que fue propietario de tierras y encomendero en términos de Mérida. Y en 1625 y 1631, se le repartieron terrenos allí mismo a don Juan de Carvajal Mejía y a los capitanes García Becerra de la Parra y García Varela, figurando entonces por primera vez el nombre de Ejido como pueblo, pues en la concesión hecha al Capitán García Valera, se expresa que se le señaló “un pedazo de tierra, como de media estancia de ganado mayor, corriendo la loma arriba, desde la falda del llano de Ejido hacia Jají”⁷.

4 Repartimiento de tierras. Archivos del Concejo Municipal de Mérida y del Registro Principal.

5 *Ibíd.*

6 *Ibíd.*

7 *Ibíd.*

Erigida la parroquia de Ejido en las penúltimas décadas del siglo XVII, se le dio por patrono a san Buenaventura, y en 1691 y 1692, cuando estuvo en las ciudades y pueblos merideños el presbítero doctor Onofre de Baños y Soto Mayor, visitador general eclesiástico, al visitar la iglesia de Ejido, se encontró con que el cura, que lo era el presbítero Francisco Abril de Collazos, “habiéndose caído la iglesia, la levantó y fomentó lo más de ella con su dinero”⁸. Y en 1697, al visitar la misma iglesia el presbítero doctor Diego de Arteaga y Velasco, visitador general eclesiástico aquel año, apreció que la pila bautismal era de piedra labrada, siendo todavía cura el sacerdote Abril de Collazos.

Rodeado de los ríos Albarregas, Montalbán, Portuguesa y Chama, Ejido avanzó en su progreso desde fines del siglo XVII, al que le hizo hombro favorable la naturaleza fecunda que le tocó en suerte. Pero no perdió del todo su nombre matriz, pues hoy mismo, a la población la llaman a veces Las Guayabas y a sus pobladores generalmente guayaberos.

Y a mediados del siglo XVIII, Ejido estaba en pleno desarrollo, y el presbítero Basilio Vicente de Oviedo, al referirse a él en su obra *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*, que terminó de escribir en 1761, se expresa así: “A dos leguas de la ciudad de Mérida, a la banda de Santa Fe o Pamplona, que es la del Norte, está el curato de la parroquia de Ejido, con buena iglesia y

8 Copias del Archivo Arzobispal de Santa Fe de Bogotá que reposan en Caracas en el Archivo General de la Nación. *Historia eclesiástica*. t.V.


bien ornamentada. Puede tener quinientos vecinos. Es su temperamento cálido, ameno y sano, con todos los frutos de tierra cálida: cacao y muchos trapiches, y su principal trato, muchos dulces, azúcares, conservas y panelas que llaman melotes, que conducen a Maracaibo, y produce algodón, yucas, plátanos y demás frutos de tierra caliente”.

A propósito de los trapiches de Ejido, que son numerosos, nos dijo un día el doctor Miguel Febres Cordero, en ese su lenguaje simpático y atrayente, que al bajar de La Punta y pasar el puente del río Albarregas, los que por ese camino transitan sienten como si les metieran una pelota de papelón en la nariz. Y así es la verdad, pues desde allí se ven los penachos de humo de las chimeneas de los trapiches de Las Cruces y Casa Honda, y se percibe el olor del guarapo de caña hervido y del papelón caliente.

La parroquia de Ejido fue erigida en villa en 1811, y de villa pasó a ciudad en 1877, año en que quedó establecida la parroquia urbana de Montalbán, a la que se señaló por patrona la Virgen del Carmen y de la que fue primer cura el presbítero José de Jesús Dávila.

Ejido es la capital del Distrito Campo Elías del estado Mérida. Tiene tres hermosas plazas, en las que se levantan los monumentos del Libertador, del héroe de Mosquiteros y del general Justo Briceño, y dos plazoletas, una con el busto del mariscal Antonio José de Sucre, y otra con el del arzobispo Ignacio Fernández Peña. Ejido es centro agrícola y comercial de importancia en la parte occidental de la República.

UNA DESCRIPCIÓN DESCONOCIDA
DE CARACAS

ntre las descripciones antiguas que existen en la ciudad de Santiago de León de Caracas, todas ellas de un rancio sabor colonial, habíase quedado rezagada una de mucho colorido y expresión, con la cual nos hemos tropezado en un códice amarillento de principios del siglo XIX.

Trátase de los *Apuntamientos diarios* del coronel Antonio Ignacio Rodríguez Picón, teniente justicia mayor de Mérida por aquel tiempo, quien con permiso del Gobernador y Comandante General de la provincia de Maracaibo, visitó la metrópoli venezolana el año 1803.

Al cabo de un mes de camino a caballo, después de haber cruzado por los pueblos y campos de Trujillo, Barquisimeto, Yaracay, Carabobo y Aragua, el patricio merideño, que era de esos de afilada reciedumbre, arribó a Caracas el 24 de febrero. Su vista hallábase plena de panoramas hermosos y su corazón de un robusto sentir nacional. Las ventas en que hacía noche, el encuentro con los caminantes, jinetes, arrias de mulas y puntas de ganado, así como la entrada a las poblaciones, la salida de ellas y el trato que con las gentes de banda a banda del país había tenido, infiltráronse en su pecho en una profunda inspiración de integridad patriótica. En él se destacaban marcadamente los rasgos del hombre interior, de la sierra, de lo de más adentro y más alto, que penetraba a pasos de exploración y esparcimiento en lo de más afuera y más cerca del mar.

Observador atento, al par que consciente y muy acucioso, Rodríguez Picón recogió impresiones diversas en su viaje, y ellas le sirvieron a poco para ofrecer a la posteridad un cuadro criollo de expresión añeja, en el que los matices corresponden a la vivacidad del colorido que se propuso comunicarle a su pintura. Y si es verdad que las referencias de Humboldt y Depons, quienes por aquella misma época visitaron a Caracas, son más detalladas y prolijas, lo es no menos que ellos se situaron en posiciones de comparación con lo suyo y con lo de otros países de Europa, valiéndose de la política que se gastan los extranjeros para lograr sus miras, en tanto que el merideño pensaba y escribía en vnezolano puro. De allí que comenzara sus apreciaciones por pintar el carácter de los españoles, encadenando luego a Bogotá con Caracas por medio de los eslabones de las ciudades y pueblos que conservaba en la placa de su recuerdo.

Sentado en una silla de suela claveteada con calamonos de cabecilla de cobre, los brazos apoyados sobre la mesa que en su alcoba le servía de escritorio y a la escasa luz que lo alumbraba, el viajero solitario, un tanto nostálgico por la separación de su hogar y de su suelo nativo, dejaba correr la pluma. Era la noche del 17 de marzo. Y he aquí, en buen estilo castellano, la estampa de la Caracas colonial, cubierta por esa pátina severa que le imprime mayor atractivo a las cosas viejas: “Me habían hablado con tantas y tales ponderaciones de Caracas, como de algo nunca visto, que no me he quedado con la boca abierta, ni avergonzado de mi tierra. Exagerar es vicio de los españoles, y de ellos descendemos en carácter, tradiciones, costumbres, religión, política

torcida, vanidades, fanfarronerías y todo. Caracas es más grande, más abierta que Mérida, por su posición topográfica. Está situada en una abra inmensa, y Mérida en una altiplanicie estrecha. La domina el monte Ávila, que es bello y majestuoso, pero que vale poco si se le compara con nuestra Sierra Nevada. La ciudad, hasta hoy, no es muy extensa. Por el Norte, va hasta el puente de La Trinidad; por el Sur, hasta San Pablo, los Cipreses y Santa Rosalía; por el Orto, hasta el Cují, y después, pasando cuevas y muchos despoblados, hasta la Cruz de la Candelaria; por el Ocaso, hasta tres cuadras más allá de la esquina Noroeste de la plaza. Lo demás se reduce a pedazos de campos, con zanjones, bajadas y subidas. En esos trechos, dos o tres casas juntas y solares llenos de árboles frondosos. Algunas de las iglesias aparecen como aisladas. Al Ocaso está la ermita del Calvario, cerro pelado, árido, amarillo de tierra y sin mayor vegetación. Las casas de la ciudad son como las nuestras, y es muy poco en lo que las exceden. Aceras de ladrillos, calles mal empedradas, cuadras en las que se cuentan ocho o diez casas apenas. Las cuadras del centro, dos o tres hacia los puntos cardinales, son las mejores y las aristocráticas. Aquí vive el señorío, los fidalgos, los condes, los marqueses. Fuera de la población está generalmente el Capitán General. Se advierte mucho lujo en el interior de las casas cuando abren las ventanas, o sea los domingos. No hay ventana en que no haya celosía. En la parte superior de algunos marcos de portones, se ven escudos de armas. Y en los zaguanes, sobre los anteportones, los retablos de los santos patronos de las casas. Grandes perillas de cobre, clavadas en ringleras, tienen los portones

de las gentes ricas y con azul en la sangre. Las adornan, además, aldabas como badajos de campanas. El aspecto general de la ciudad es de tristeza y soledad. Abundan los negros, los mulatos y los isleños. La plaza Mayor sirve para el mercado, como la de Mérida. Existen varios conventos de frailes y de monjas, y a todas horas suenan las campanas de las porterías y de los campanarios. Hay bastante lujo en el señorío, sobre todo en las mujeres mantuanas, que van a misa con ostentosos pañolones de seda muy tramada y largos flecos, acompañadas de negritas, con funda negra y paño de muselina blanca, que les llevan la alfombra para hincarse.

“Hasta ahora, nada público he visto que divierta. Riñas de gallos los domingos, como en Barinas, como en Mérida, como en Pamplona y Bogotá, como en todas las ciudades a las que he ido. A la gente del extranjero se le agasaja mucho aquí. A la del interior, se la ve con protección, de reojo y alzando mucho los pelos del copete. Lo mismo sucede en Bogotá. Los notables son estirados, orgullosos, ricos en vestimenta. Hay demasiadas fiestas de iglesia, y por eso no cesan las campanas, y los templos siempre están llenos. En no pocas esquinas se ven nichos con imágenes, que son alumbradas por la noche con faroles de vejiga y de vidrieras. Es frecuente encontrar en las esquinas grupos de ocho o diez personas decentes, conversando largo tiempo; y vaya uno a oír... chismografías y política. Los que absorben toda la atención pública, son desde luego el Capitán General, el Obispo, el Cabildo Eclesiástico y el Ayuntamiento. Las boticas, después del toque de oraciones, son lugares de tertulia. Cuando no hay luna, cada quien lleva su farol, porque el alumbrado público no existe. A las nueve de la


noche, Caracas duerme con ventura. He presenciado la Semana Santa. El Domingo de Ramos salió la procesión del templo de la Trinidad, costeadada por los mulatos; el lunes santo, de Altagracia; el martes, de San Mauricio, a cargo de los negros; el miércoles, de San Pablo, que es quizás la mejor, porque la dirigen y pagan los isleños; el jueves, de la Catedral, y ya en buen trecho de salida, cayó un aguacero torrencial que hizo meter a todo el mundo en los zaguanes; y el viernes, también de Catedral, con el Obispo, el Cabildo Eclesiástico, el Ayuntamiento y los Tribunales. En resumen, que no me he pasmado con Caracas. Todos somos unos, más o menos: hijos de Eva y de la Madre España”.

Ya para regresar a Mérida, el coronel Rodríguez Picón, el 26 de abril, anotaba en sus *Apuntamientos diarios*: “Volví a La Guaira, con el objeto de embarcar mis cargas, que son varias, pues llevo todo lo de moda y utilidad que hay aquí. Para despercudir la barbarie del interior de Venezuela, es preciso llevarse de Caracas todos los jabones de la civilización, que por cierto no son hechos en Caracas”. Y se llevaba también su importante cuadro de la ciudad del Ávila, ese aporte valioso al estudio de la evolución caraqueña, que tan lenta y tortuosa ha sido a través del tiempo y de la historia.

Cuando el hombre del interior, de la sierra, de lo más adentro y más alto, hallóse de vuelta en su hogar, en su región, después de haber apreciado lo de más afuera y más cerca del mar, escribió satisfecho, en raptó de indescriptible alegría: “Otra vez en mi casa, con mi familia, con los árboles de mi huerto, con el aire tan puro de mis campos, al amor de los tizones solariegos”.

Ese era el hombre que habría de contribuir después, con el mayor desinterés, actividad y fe, a la independencia de la patria, a la formación de la nacionalidad, pagando a precio de prisiones, de destierros, de combates, de ruina, de emigraciones y de muerte en la pampa anchurosa, su fervor por la libertad y su inmenso cariño por la tierra venezolana.

LA PATRIA DEL PADRE
TALAVERA Y GARCÉS

l concepto de patria abarca campo de dilatadas proporciones, y en las modalidades del pensamiento y la expresión ha llegado a extremos verdaderamente encontrados. Todos decimos a menudo: la Patria. Pero no son todos los que pueden darse cuenta y apreciar lo que significa la Patria. La lucidez e interpretación de esa idea es cuestión de entendimiento. Está en razón directa de los alcances intelectuales de cada persona y del sentimiento de cada quien. Para la mayoría, la patria es la patria, o mejor dicho, la palabra, y nada más, si bien esa misma mayoría siente la patria a su manera.

Estas consideraciones se nos antojan, ante los conceptos y opiniones de los hombres que nos precedieron en la *patriecita*. Releyendo la primera Constitución de la provincia de Mérida, nacida en 1811, o sea el *año de las Constituciones*, como podríamos llamarlo, hacemos alto y nos detenemos a meditar al encontrarnos con el artículo 12 del capítulo XI, que textualmente dice: “La patria no debe entenderse el lugar en que hemos nacido, sino la congregación de hombres que viven bajo un mismo gobierno, sujetos a las mismas leyes y que siguen los mismos usos y costumbres”. Importa saber, como habrá podido comprenderse, que se legislaba para los pueblos de Mérida, región del país que se las daba por aquella época de pequeña República o Estado.

La primera Constitución de Mérida fue redactada en su mayor parte por el padre Talavera y Garcés, *es orador sagrado más grande de Colombia*, hombre de ilustración maciza y de seso en su puesto. Y es por ello por lo que nos llama la atención su peregrino concepto sobre la patria. Sería baladí entrar en explicaciones. Pero debemos concluir en que la patria del padre Talavera y Garcés es la patria fría del legislador, la patria surgida de la discusión parlamentaria, que no es por cierto la del corazón, sino la fase menos conmovedora de ella. Y si nos llama la atención el concepto del padre Talavera y Garcés sobre la patria, más todavía nos intrigan las apreciaciones del historiador José Gil Fortoul sobre la consabida Constitución de Mérida, pues al hacer el análisis de su contenido y calificar su lenguaje de *sobrio, preciso y luminoso*, pasa muy campante por encima de la definición establecida en ella sobre la patria, guardando un silencio inexplicable.


Por el contrario, el padre Carlos Borges concibió la patria así: “Un pedazo de tierra bajo un pedazo de cielo: la tierra en que nacimos y el cielo bajo el cual queremos morir; tierra y cielo a cuya imagen y semejanza nos ha modelado la naturaleza, y que por esto mismo, guardan con nuestro corazón, con nuestra alma, con nuestra sangre y nuestros huesos, las más fuertes, las más profundas, tiernas y misteriosas armonías”.

Dos clérigos, dos épocas bastante lejanas la una de la otra y dos conceptos distintos sobre la patria: el político y el poético, el árido y el sentimental. No era de la Constitución de Mérida el que entrara a definirse en ella la patria, confundiéndose su entidad de múltiples aspectos con la entidad limitada de nación.

Hay que convenir en las diversas fases de la patria. Para nosotros, a pesar de la sapiencia del padre Talavera y Garcés, la patria es la tierra en la que hemos nacido o a la que hemos llegado de niños y nos hemos arraigado, de la cual llevamos en el pecho, hondos en la intimidad, los recuerdos más dulces y dolorosos de la vida. En ese haz de vibraciones es donde se encuentra la patria de la ternura y del amor. No creemos que sean muchos los venezolanos que estén por la patria definida por el ilustre hijo de Coro. En cambio, todos amamos el rayo de sol que se mete a despertarnos por el postigo entornado de la ventana de nuestra casa, en el cual vemos brillando el polvillo que se levanta de la alcoba querida cuando abrimos los ojos. Es el rayo de sol que penetra por los postigos de todas las ventanas de las casas de los pueblos y ciudades de Venezuela, amado por todos los venezolanos, y que como el rayo solar que se descompone en la lluvia para formar el arco iris, se transforma en un solo sentimiento en el alma nacional, produciéndose en el fenómeno colectivo que se condensa virtualmente en el iris de la patria: los tres hermosos colores de nuestra gloriosísima bandera.

Esa es la patria en que nosotros creemos.

UN SOLDADO PATRIOTA

l año de 1811 fue en los Andes, y particularmente en la ciudad de Mérida, profuso en actos patrióticos. La libertad encendía sus candelas en el corazón de los merideños, y un hombre del pueblo, pleno de entusiasmo por ella, fue el protagonista de una acción admirable.

Llamábase José de la Cruz Castellanos, y era del pueblo de Timotes. Fuerte, ágil y activo, como lo son los hombres de tierra fría, veíanse en su rostro los rasgos específicos de la gente serrana. Todo en él era curtadura del sol y el aire de los páramos, y había nacido para cruzar detrás de la bandera de la Patria, a pasos de cotizas de cuero crudo, los largos caminos de América, en expectante actitud de asalto y batalla.

El 21 de julio de aquel año, se instaló en Mérida la Asamblea Constituyente de la Provincia que sancionó la primera Constitución Provincial el 31 del mismo mes. Bajo los principios políticos declarados por el Congreso Nacional el 5 de julio, la Constitución de Mérida resultó magnífica, y el 16 de septiembre se juró con gran pompa y regocijo, contribuyendo a comunicarle mayor realce a la jura solemne, la bendición en la iglesia de San Francisco de las primeras banderas patrias que ondearon a viento de páramo en las alturas de la Cordillera.

Por supuesto, no debía faltar en el nuevo orden constitucional la formación militar, y se organizó con nombre largo y ostentoso el *batallón miliciano de granaderos de*

la provincia de Mérida, en el que se alistó Castellanos como soldado de una de sus compañías.

Todas las manifestaciones efectuadas en Mérida con motivo de la transformación provincial y en pro de la libertad e independencia de Venezuela, llevaron a Castellanos, exaltado ya en su más profunda fibra patriótica, a dirigirse al Presidente del Supremo Poder Ejecutivo, que lo era en turno el sacerdote doctor Mariano de Talavera y Garcés, por medio de las letras emocionantes que copiamos: “Mérida 28 de noviembre de 1811. –Excelentísimo señor: José de la Cruz Castellanos, soldado al servicio de las armas de la provincia, deseoso de hacer a la patria una demostración del gran afecto que le tengo y en que procuro serle útil en todas ocasiones, ofrezco a V. E. y pongo a disposición del Estado, para sus mayores urgencias, la cantidad de sesenta y tres pesos cuatro reales. Suplico se sirva V. E. administrar este pequeño donativo en obsequio de mi amada Venezuela”¹.

Así, lacónicamente, con palabras contadas, se desprendía Castellanos de su único haber en beneficio de la patria: de la pequeña marusa de fique llena de monedas que a fuerza de trabajo y privaciones había economizado de tiempo atrás. Para la adquisición de unas cuantas onzas de pólvora y de varias docenas de piedras de chispa habría de servir la dádiva. Y lacónicamente, con ese estilo sobrio de la gente de antes, le contestó el doctor Talavera y Garcés, adornada su firma con borrascosa rúbrica: “Palacio del Supremo Poder Ejecutivo. –Mérida: 28 de noviembre de 1811–. Señor José de la Cruz Castellanos:

1 Archivo Histórico de la provincia de Mérida.

Se admite la donación y se dan las gracias al exponente por su patriotismo, pasándose al Intendente este documento para que se cobre esta cantidad”².

¿Qué se hizo después Castellanos? ¿Para dónde cogió? ¿Hasta qué hechos heroicos le llevaron su patriotismo de cristal y su pasión por su amada Venezuela? No se sabe. Debió haber estado presente, si no murió temprano, en muchos combates y batallas de la epopeya, luchando hombro a hombro con los demás soldados de pecho al plomo, con sus compañeros de dolor y de gloria, entre los que seguramente se distinguió como uno de los más activos y valientes.


En Mérida hay una plaza llamada del Soldado Desconocido, en cuyo centro se levanta un imponente monolito. Es la primera que se le ha dedicado en Venezuela al héroe anónimo, al que todo lo dio por el ideal de la libertad, sin que tuviera más recompensa que la del olvido, si había quedado muerto en el campo de batalla, o la del licenciamiento en la miseria, si había quedado vivo al concluir la guerra magna de América. Castellanos fue uno de esos héroes anónimos. Si murió en alguna acción de armas, puede afirmarse que lo enterraron de prisa en un hoyo cualquiera, o que insepulto se lo comieron los zamuros; y si licenciado regresó a su casa, no es de dudarse que fue a pie, con la sola muda de ropa que tenía puesta y la capotera del avío al hombro.

La plaza del Soldado Desconocido es triste, porque linda con el cementerio de Mérida. Es la plaza de José

2 *Ibíd.*

de la Cruz Castellanos, de Toribio Rangel, de José de los Santos Albarrán, de Candelario Paredes... de todos los soldados que acabaron con la Colonia y crearon la República. Es la plaza de muchos, y sin embargo, es la plaza de nadie.

EL GENERAL FRANCISCO TOMÁS
MORALES EN MÉRIDA

os reveses sufridos por las armas de la República en 1822, que harto lamentables fueron, situaron al general Francisco Tomás Morales, quien había sido nombrado Capitán General de Venezuela en reemplazo del general Miguel de la Torre, en condiciones ventajosas frente a las batidas fuerzas patriotas en el Zulia y Coro. Estos triunfos, que tan engreído le tenían, lo llevaron a poner por obra la invasión a los Andes, y a su regreso de Coro, planeó su campaña en Moporo, marchando de allí a Betijoque en persecución del general Lino de Clemente, comandante general del departamento de Zulia, que había permanecido en aquel pueblo, todo corrido y desorientado, después de haber sido derrotado por Morales en Salina Rica.

El general de Clemente, al enterarse de que tenía encima a su implacable enemigo, se retiró a Trujillo, y de allí a Carache, y Morales, viendo la actitud miedosa de su adversario, desistió de perseguirlo y resolvió seguir a Mérida y Táchira, no sin antes dejar al general Sebastián de la Calzada con una columna de tropas en Trujillo, cosa de que vigilase a de Clemente y combatiera con él si lo demandaban las circunstancias.

En Mérida estaban sosteniendo la situación el coronel Juan Antonio Paredes, gobernador político de la Provincia, y el teniente coronel Carlos Castelli, comandante de Armas y jefe de Operaciones. Pero al informarse de la aproximación de Morales, no sintiéndose fuertes para

resistirle, desocuparon la ciudad el 3 de enero de 1823, dejándola a merced del invasor, si bien mandaron a incendiar el puente sobre el río Mucujún, a fin de impedir su acceso a la población, lo cual no surtió efecto, pues las avanzadas realistas apagaron el fuego.

Por cierto que Castelli, a quien derrotara Morales en Paso de Zuleta, se hallaba en Mérida desde principios de noviembre de 1822, y atendiendo a las penalidades que estaba sufriendo el batallón Caracas a su mando, se dirigió a Paredes, un tanto contrariado, para manifestarle que “el cuartel o caney que se le había destinado a la tropa estaba húmedo, muy mal abrigado y lleno de pulgas y niguas, y que si seguía en él algunos días más, enfermaría toda o quedaría inútil de los pies, como ya estaba sucediendo, según se lo habían puesto de presente los oficiales y soldados y lo había visto él de sus ojos”¹.

Le pedía Castelli a Paredes que remediara aquella necesidad, proporcionándole “una casa capaz que no tuviera tales inconvenientes, por la importancia de conservar la tropa sana y la demás que se reuniera”². Y le agregaba: “Los paisanos que Su Señoría envió al cuartel están locos, y no sé cómo pasaron la noche, por lo mismo de las pulgas y niguas”³.

Dos días después de la desocupación de Mérida por Paredes y Castelli, “el 5 de enero, a las doce del día, llegó Morales al puente del río Mucujún, y viendo que muchas

1 Archivo Histórico del Estado Mérida. Oficio de 16 de noviembre de 1822.

2 *Ibíd.*

3 *Ibíd.*

personas curiosas estaban arriba, asomadas a las bocacalles de la mesa de la población, trató de retrogradar, creyendo que eran soldados; pero luego bajó un hombre que le aseguró que eran mujeres, y entonces depuso el miedo y subió con las fuerzas que traía, pasando en derechura al Llano Grande, en cuya sabana fijó su campamento”⁴.

El jefe realista entró en la ciudad de muy mal talante, y a unos curas y frailes que estaban reunidos en una esquina de la plaza Mayor, les dijo: “Yo no persigo a los eclesiásticos, porque soy generoso y liberal, y no como los cuatro zambos que gobiernan a Colombia. Luego bajó al campamento y subió en la tarde a comer, y mudando de lenguaje, le dijo a Fray Agustín Ortiz: si al meterse el sol no me racionan la ropa, la suelto, y lo primero que mando allanar es el convento de esas pícaras monjas, y mañana me han de entregar mil doscientos pesos. Pero al fin se amansó y se largó el 7 con sus soldados, dejando en la plaza veinticinco hombres, los que también se fueron el 9 por la noche llenos de miedo, pues ni éstos ni los que se llevó tenían casi ningunos cartuchos”⁵.

Llegado que hubo a Estanques, “se escapó Morales de haber perdido la vida por un maldito muchacho, el cual le avisó que no entrara a la casa, porque la tenían minada, como en efecto estaba. Pero al momento hizo quitar la mina y se salvó”⁶. Así lo consigna también el mismo

4 *Archivo del general Carlos Soublotte*. t. I. Academia Nacional de la Historia. Carta desconocida del merideño don Dámaso Ovalle para su hermano, el presbítero José Luis Ovalle, cura de El Morro.

5 *Ibíd.*


6 *Ibíd.*

jefe realista en su *Relación histórica*, agregando que el atentado se dirigía a la vez contra la plana mayor de sus fuerzas.

De Estanques siguió Morales a Bailadores y La Grita, sabiendo que iba a encontrarse en el camino con el general Rafael Urdaneta, quien mandaba las tropas que custodiaban la frontera de Cúcuta. Pero noticioso en aquella ciudad de que Urdaneta había avanzado hasta Táriba y de que el coronel Cruz Carrillo, comandante general expedicionario, estaba en Mérida con una fuerte división, habiéndose reunido con Paredes y Castelli para atacarle por la espalda, decidió volverse a Bailadores, y dejando allí su retaguardia al mando del teniente coronel Juan Caula, retrocedió con el resto de sus fuerzas, tomando luego el camino de Onia y Santa Bárbara de Zulía, donde se embarcó para Maracaibo.

Por supuesto, informados los jefes republicanos de aquellos movimientos, salieron apresuradamente en busca de Caula, al que vencieron primero en Puente Real, después en la parroquia de Bailadores, hoy Tovar, población distinta del pueblo viejo de Bailadores, luego en La Loma, y por último, el 25 de enero, en el reñido combate de Cerro Mariño. El héroe de las cuatro jornadas fue el sargento mayor Miguel Crespo, a quien le tocó la gloria del triunfo. Sus cargas contra los realistas, a la cabeza de compañías de los batallones Caracas, Trujillo y Bravos de Orinoco, y de piquetes de los escuadrones de lanceros y dragones, fueron arrolladoras y mortíferas. La victoria fue completa, huyendo Caula hacia tierras zulianas. Y desde aquel día memorable, los Andes quedaron libres para siempre de la dominación española.

EL GENERAL JUAN ANTONIO PAREDES
Y SU PLAN DE DEFENSA
DE LA PROVINCIA DE MÉRIDA EN 1830

 ecía Bolívar, en momentos en que necesitaba de un hombre de acción para enfrentárselo a los españoles, que el general Juan Antonio Paredes era el primer jefe militar de los Andes. El héroe, que poseía el don de penetrar en el interior de los hombres y calarlos a fondo, habíase informado a su paso por Mérida, el año 1813, de los esfuerzos de aquel merideño en pro de la libertad, del relieve que había adquirido como miembro de la Junta Patriótica en 1810, de sus persecuciones y prisión en Puerto Rico y de sus destacadas actitudes guerreras. Y fue por ello por lo que vino a encomendarle la Comandancia de Armas de Mérida, a las órdenes del coronel Antonio Ignacio Rodríguez Picón, que era el gobernador político de la Provincia.

De linaje de conquistadores y de otros personajes de armas, Paredes, durante los últimos meses de 1813, batió a las tropas realistas en Lagunillas, Chiguará, Bailadores y La Grita; y en 1814, en el reñido encuentro en el portachuelo de Estanques, José Antonio Páez, Antonio Rangel y Francisco Conde pelearon bajo su mando. Hombre de cálculo y de gran carácter para la guerra, afrontó circunstancias difíciles, y así, hubo de asumir en la Trinidad de Arichuna, en 1816, la Presidencia de la Junta de Oficiales Venezolanos que depuso a Francisco de Paula Santander de la jefatura del ejército libertador en derrota. En las jornadas heroicas de El Yagual, Mata de la Miel y Achaguas, combatió hombro a hombro al lado de Páez y sus

lanceros, y no menos importantes fueron sus servicios como Comandante del Departamento del Bajo Arauca y del de Guasdualito, los que le valieron su exaltación a la *Orden Militar de Libertadores de Venezuela*. Más tarde, nombrado Gobernador Político de la provincia de Mérida, representó al pueblo merideño en el Congreso de la Gran Colombia y contribuyó eficazmente a darle el golpe de gracia a Francisco Tomás Morales y Juan Caula en los combates de Puente Real, Bailadores, La Loma y Cerro de Mariño, expulsándoles para siempre de los Andes, si bien es cierto que sufrió los reveses de Motatán y Voladorcito.

A grandes rasgos, esa es la hoja militar de Paredes durante la guerra de Independencia, y ella habría de llevarle después, aunque en un plano distinto, a ocupar posiciones de vanguardia en los años de 1830 y 1831. Paredes era bolivariano, y desde 1824, en que le hizo entrega al coronel Ramón Burgos de la Gobernación Política de Mérida, vivía retirado en su hacienda de *La Quebrada*. Pero empujado a la fuerza por los acontecimientos separatistas, acaso temeroso de verse envuelto en alguna intriga que lo comprometiese, ofrecióle sus servicios al general Páez, quien los acogió con el mayor interés y complacencia, dados los vínculos de compañerismo y amistad que con él le ligaban de antaño.

Eran momentos de discordia, de pasiones vehementes, y en Venezuela, donde la reacción antibolivariana era impopular, Páez y la camarilla de demagogos que le rodeaba, no hacían sino tramar planes sombríos contra el Libertador y la Gran Colombia, fingiendo que emanaban del pueblo los actos engañosos que tramaban en la cámara oscura de su ambición. A esto hay que agregar,

la influencia que por entonces tenía en el ánimo del caudillo llanero el general Santiago Mariño, hombre de muy escasa mentalidad y cultura, de carácter díscolo, enemigo acérrimo de Bolívar y en todas las épocas factor negativo en la formación de la nacionalidad grande y una. Y las disposiciones procedentes de Caracas se cumplían, puesto que la dirección de las provincias estaba en manos de sargentones sin escrúpulos, incondicionales, como el general Judas Tadeo Piñango, quien no tuvo empacho para vejar al mariscal Sucre y al obispo Esteves a su llegada a Táriba y La Grita, cuando de Bogotá venían como emisarios de paz del Congreso de Colombia.

Paredes había actuado siempre en el ejercicio de las armas. Era militar por temperamento y tradición, y hallaba gusto en esas prácticas de fuerza y aventura. Su prestigio se extendía desde el Táchira y Barinas hasta Trujillo y Maracaibo. Por ello, en aquellos instantes críticos, ante un conflicto que no se sabía a dónde pudiera llegar, destinado fue por Páez para el desempeño de la Comandancia de Armas de la provincia de Mérida, en la que no existía ningún entusiasmo por la separación de Venezuela de la Gran Colombia, aun cuando quisiera aparentarse lo contrario, porque los merideños fueron primero neogranadinos que venezolanos y después decididos bolivarianos.

Paredes conocía palmo a palmo todos los caminos, todos los rincones, todos los campos de su tierra. El cargo que se le confiaba y que aceptó, tal vez un tanto contrariado y receloso, lo situaba en una situación de responsabilidad suma. Y de allí su *Plan de Defensa de la provincia de Mérida*, el cual formulara de orden de

la Comandancia General del Departamento del Zulia, a cuyo frente estaba interinamente el coronel Agustín Codazzi, quien cumplía a cabalidad las disposiciones de la Secretaría de Estado en el Despacho de Guerra y Marina.

La comunicación de Codazzi para Paredes tenía fecha de 10 de septiembre de 1830, y el 23, ya concluido su trabajo, despachaba con una posta expreso, muy bien lacrado y con carácter urgente y reservado, el pliego contenido de su plan militar. Los sucesos se precipitaban día a día. El rompimiento de hostilidades entre las armas colombianas y venezolanas era inminente. Y he aquí, textualmente, el *Plan de Defensa de la provincia de Mérida* de Paredes, que desconocido hasta hoy, acredita su capacidad militar y lo hace sobresalir entre los hombres de armas de su época que estaban del lado de Páez: “Art. 1º— La fuerza de la primera línea que debe defender la frontera del Estado, es favorecida en esta Provincia por una infinidad de obstáculos naturales que precisamente encontrará el enemigo al aproximarse. Art. 2º— Tales son los desfiladeros, estrechos y montañas que presenta el terreno desde el Táchira hacia el interior de la Provincia. Art. 3º— Cualquiera fuerza puede obrar con libertad de movimiento y sobre multitud de puntos ventajosos que se ofrecen a la elección del jefe. Art. 4º— Establecida la línea desde el Táchira hasta La Grita, que será su mayor longitud, se defenderá vigorosa y activamente el primer puesto, que es como el vértice común de muchos ángulos que derivan progresivamente franqueando entradas diferentes en el territorio. De esta manera, el ejército se aprovecha de la subsistencia que prestan los fértiles campos de San Cristóbal y sus pueblos inmediatos. Así

se priva la ocupación de un punto como San Cristóbal, desde donde el enemigo puede extender sus operaciones por los Llanos, acometiendo por el camino de Teteo. Art. 5^o— Tomado San Cristóbal, debe presuponerse la existencia de una fuerza en Guasdualito, con sus avanzadas sobre el puerto de Teteo, para que éstas impidan la comunicación que pudieran establecer o entradas que puedan hacer por Arauca, sobre la costa de la serranía. Art. 6^o— El río de La Grita presenta dos desfiladeros que forman un estrecho en el sitio del puente, a una legua de distancia de la ciudad, cuyo punto sería ventajosísimo, fortificándolo, pues su longitud es como de treinta o cuarenta varas. Art. 7^o— Desamparada La Grita, el ejército puede venir obrando por el centro en multitud de puntos ventajosos que presenta el terreno, al mismo tiempo que molestando al enemigo con guerrillas que pueden destacarse a derecha e izquierda por el camino de Guaraque y por el de Onia, las que fácilmente se reúnen al ejército en diferentes puntos, hasta la Parroquia de Bailadores, sirviendo también para proteger las emigraciones hacia Maracaibo y los Llanos. Art. 8^o— En seguida se presentan las laderas de Estanques y el Chama, donde sin duda sucumbiría cualquier pie de fuerza que trate de acometer, advirtiéndose que en este punto está privado el enemigo de todos los recursos por la guerrilla que obra hacia los Llanos denotada arriba: la del camino de Guaraque. Art. 9^o— El resto de la provincia sigue ofreciendo campos escogidos para vencer serranías y páramos, para aniquilar al enemigo en guerra franca. Art. 10^o— Como la fuerza que ha de servir a la defensa de esta Provincia es relativa a la que obre el enemigo, y no sería conveniente situar un gran ejército que abrumaría tal vez sin necesidad a

la Provincia, la posición de aquélla parece que está indicada en las bocas de los Llanos, desde donde pueden fácilmente y con oportunidad reforzar la primera línea, según lo exijan las circunstancias referidas. Art. 11^o— Estando los almacenes de la primera línea en Maracaibo, la inmediación y fácil comunicación de esta plaza con la fuerza de la primera línea por los puertos del lago, es una circunstancia que favorece la actividad y el vigor con que debe obrar. Art. 12^o— El entusiasmo, en fin, de estos pueblos, excitados con la hermosa idea de la libertad, por sí solo será formidable a los que atentan contra la conservación del Estado. Y este resorte poderoso debe tenerse presente para hacerlo coadyuvar a un solo objetivo, no permitiendo que se relaje por defecto de unidad entre el ejército y el pueblo”¹.

Páez, por intermedio del Despacho de Guerra y Marina, le dio amplia aprobación al plan militar de Paredes, y hubo de ordenar que se le expresaran las gracias y se le nombrase jefe de las fuerzas que iban a obrar sobre el Táchira. Y quienes conozcan la región andina, aunque no sea sino a través de la vía pública que conduce de Mérida a San Cristóbal, podrán apreciar la importancia de las sugerencias de Paredes, la técnica que empleó para formularlas, su experiencia en la conducción de tropas, sus probados conocimientos tácticos y su indiscutible habilidad en los menesteres de la estrategia.

Paredes ascendió en 1832 a la Comandancia de Armas de Maracaibo, y allí murió el 17 de diciembre de 1834, ya

1 Archivo General de la Nación. *Sección Guerra y Marina*. Papeles sin catalogar.

bastante avanzado en edad. Su temple era de acero, igual al de todos los de su casta, que nacieron entre espadas y murieron con ellas en las manos. Y Venezuela debe recordar su nombre preclaro, ya que su plan militar de 1830, que entonces surtió el efecto que se deseaba, no ha de considerarse tan solo como limitado a la necesidad y urgencia de aquel ciclo luctuoso, sino que puede servir algún día para su aplicación en la defensa de la patria.

EN TORNO A LA PERSONALIDAD
DEL GENERAL MARIÑO
(POLÉMICA PARRA PÉREZ-PICÓN LARES)

Caracas, 29 de diciembre de 1943

Señor doctor Eduardo Picón Lares
Caracas.

Mi querido Eduardo:

Siempre me interesó la personalidad de Mariño, su papel en la guerra de la Independencia y, alrededor de éste, el examen de varios problemas como, por ejemplo, el de las tendencias autonomistas de las provincias orientales de Venezuela que, como se sabe, venían directamente de la tradición e historia coloniales. Y tal vez por cierta quijotesca tendencia mía a enderezar entuertos, que me impulsó a estudiar a Miranda, resolví hace tiempo escribir una biografía del héroe margariteño. Sólo ahora, sin embargo, he podido reunir papeles y trazar las líneas generales de un libro que ignoro cómo podré terminar.

Cuando se hacía el Monumento de Carabobo recibí instrucciones del gobierno de vigilar y acelerar la factura, encomendada al escultor español Rodríguez del Villar, y cuya parte principal hubo de realizarse en Florencia por ser insuficientes los talleres de Barcelona. El primitivo proyecto, grandioso y bastante bello, preveía, además del grupo central que representa al Libertador, quince estatuas ecuestres de los grandes jefes que, del lado patriota, tomaron parte en la batalla. Pero el escultor había con-

traído un compromiso desmesurado, y como no hubiera tiempo para llevar a cabo la obra entera en el plazo fijado y como Villar asomara pretensiones nuevas en cuanto al costo, el gobierno resolvió reducir a cuatro el número de los jinetes, amén de otras modificaciones. Tuve, pues, orden de hacer fundir en Italia, bajo la dirección personal del escultor, bien entendido, el grupo central y los cuatro caballeros que están a sus lados y sobre cuyo mérito artístico real hice entonces, por escrito, y continué haciendo expresas reservas. El doctor Eduardo Calcaño Ardila fue nombrado para asesorarme en el trabajo y prestó servicios que me es grato recordar. Acaso algún día se decida él a narrar lo que ambos llamamos luego la última epopeya de Bolívar, es decir, el viaje por carretera de Florencia a Génova, del supradicho grupo central.

Ahora bien: los jinetes que Villar tenía orden de esculpir eran Páez, Cedeño, Plaza y Urdaneta. Empezaba el artista su trabajo cuando llegué a Florencia con Calcaño y grande fue mi asombro al ver que se iba a glorificar al insigne zuliano por una batalla en la cual no estuvo: Urdaneta, en efecto, es tipo del género de Alejandro, es decir, que no ha menester hazañas apócrifas, y pensé que él sería el primero en protestar contra aquella falsa atribución de méritos.

Dije al escultor:

—Hay error: el general Urdaneta no estuvo en Carabobo. El personaje más notable del ejército patriota, después del Libertador, era el general Santiago Mariño, jefe del Estado Mayor; ponga usted aquí a Mariño, que ya se levantarán a Urdaneta todas las estatuas que merece, en otras partes.

Villar titubeaba:

—¿No será menester pedir instrucciones?

—Inútil: asumo la responsabilidad del cambio, e informaré al gobierno.

El gobierno aprobó, y he allí por qué figura el general Mariño en el Monumento de Carabobo. Y cuento esta pequeña historia para demostrar que me intereso en aquél desde mucho antes de lo que ciertas buenas gentes han dado en imaginar.

El jefe de los paladines de Chacachacare había sido separado del ejército por una de aquellas intrigas de que fue víctima con frecuencia y que entonces se debieron en gran parte al equívoco Zea, y ello, precisamente, cuando acababa de alcanzar la gloriosa victoria de La Cantaura, último y decisivo triunfo de las armas patriotas en Oriente. Fue mucho más tarde, en abril de 1821, cuando firmada por Briceño Méndez y en el Cuartel General de Barinas, se publicó la orden siguiente: “Su Excelencia el Libertador Presidente ha tenido a bien nombrar otra vez Jefe de Estado Mayor Libertador a Su Excelencia el General en Jefe Santiago Mariño, su antiguo compañero de armas; y tanto el Gobierno como el ejército recibirán una verdadera satisfacción por el nombramiento de este Ilustre General, en circunstancias en que se van a emprender las operaciones más importantes, de cuya decisión están pendientes los más grandes intereses y la suerte de la República”.

La viuda de Mariño contaba a sus amigos íntimos, y por uno de éstos lo sé, que el Ilustre General conservó hasta sus postreros días la amargura de haber visto omitido su nombre en el parte y citación de la batalla que

ayudara a preparar y dirigir con su ciencia militar, como ayudara siete años antes a ganar la primera Carabobo a la cabeza del ejército que trajo de Oriente al Centro.

Porque, quiéraselo o no, Mariño fue uno de los más notables capitanes que tuvo la causa de Independencia americana, y es probable que sus servicios a la particular Venezuela sólo puedan compararse con los prestados por Páez. Sacrificó a la patria su brillante juventud y una de las fortunas más considerables que existían en Oriente. Inquieto y rebelde a toda tiranía, acaso en virtud de la sangre irlandesa que tenía de su madre, fue en el combate bravo entre los bravos y en la victoria generoso como pocos. Estudió ingeniería, hablaba inglés y francés y estaba por eso muy encima de la mayor parte de sus gloriosos compañeros. Entonces, querido Eduardo, ¿cómo no leer con algún estupor cierta frase de tu artículo sobre el general Juan Antonio Paredes, publicado recientemente en *El Universal*? Dices: “El Gral. Santiago Mariño, hombre de escasa mentalidad y cultura, de carácter díscolo, enemigo acérrimo de Bolívar y en todas las épocas factor negativo en la formación de la nacionalidad grande y una”. Ese es el clisé, lo generalmente repetido, creído y recibido como juicio definitivo sobre uno de los personajes más altos, complejos y fascinantes de la historia de Venezuela. En mi libro *Bolívar*, escrito hace treinta años, copié dicho clisé, como cualquier hijo de vecino y, al citar a Mariño, empleé el socorrido calificativo de díscolo y algún otro peor. Muy pronto, sin embargo, comencé a rectificar. La verdad histórica presenta, por fortuna, gran variedad de matices y casi siempre se deja encontrar entre la escoria de la calumnia y, sobre todo, a pesar del resplandor de la legítima gloria ajena.

En el vasto escenario de la historia patria caben cómodamente cuantos a la patria sirvieron. En el barullo, a varios de éstos se les cambió de asiento y algunos se quedaron sin él. Acomodemos las sillas y ya verás cómo el general Mariño ocupará una de las primeras, sin estorbar a nadie pero también sin que nadie le estorbe.

Mas, esta carta no está destinada en particular a volver por el mérito del prócer a quien Bolívar llamó sucesivamente “joven héroe salvador de su patria”, “libertador de Oriente” e “ilustre general”, sino a revelar un episodio de la vida venezolana en que aparecen ligados los nombres de Mariño y de tu eximio antepasado el general Paredes. Digo revelar, porque los papeles de que voy a servirte existen inéditos en el Archivo Nacional y me han sido comunicados, en copias, por el laborioso y muy competente historiador doctor Héctor García Chuecos.

Se sabe que por enero de 1830 eran Gobernador de la Provincia de Mérida el general Judas Tadeo Piñango y el general Juan Antonio Paredes, Comandante de Armas de la misma. No se entendían bien estos próceres y de su oposición resultaban dificultades para la política que en favor de la separación de Venezuela tenía encargo de aplicar en Occidente el general Mariño, Comandante General en comisión del Departamento del Orinoco y muy pronto General en Jefe del Ejército de Vanguardia. Aquella política consistía en unificar los ánimos y estimular el levantamiento de actas favorables a la constitución de un Estado venezolano independiente, según el sistema consuetudinario desde 1810. La autoridad política o militar, o las dos juntas, convocaban al Ayuntamiento y a algunos vecinos notables, se formulaban quejas, se

discurría sobre principios y se concluía firmando una declaración en el sentido que deseaban las autoridades o el grupo que había resuelto cambiar la situación y tenía influencia y fuerza para lograrlo. En aquel año de gracia, en que llegaba a su desenlace el largo y complicado proceso separatista iniciado en 1822, a raíz de la promulgación de la Constitución del Rosario, las declaraciones municipales iban todas contra Colombia y contra la dictadura del Libertador.

El 24 de enero, y desde su Cuartel General de Guanare, Mariño escribía al general Paredes: “La confianza que me inspiran el nombre y crédito de V. S., mi deseo ardiente por la dicha y la paz pública y mi propio deber como venezolano, como general y como defensor de la tranquilidad y libertad de este departamento, me pone en el caso de hablar a V. S. en esta vez con el lenguaje de la verdad y la franqueza... Al expirar el año 29 expiraba también la dictadura y el 2 de enero de este año volvía la soberanía a su origen, que es el pueblo. El de la antigua Venezuela, que largo tiempo ha suspirado por ejercer la suya, por independencia, vió esta ocasión como especialmente oportuna para satisfacer su deseo y a un tiempo, como por encanto, espontánea y simultáneamente, hayáseles o no mandado o permitido, se han reunido los venezolanos en asambleas públicas, así en las capitales de provincia como en las cabeceras de cantón y hasta en las simples parroquias, se han pronunciado unánimes y resueltamente por la separación de la antigua Venezuela y por su consolidación en un sistema republicano, popular, representativo, alternativo, electivo y responsable...” Y Mariño, después de exponer y defender el

derecho que, según él, tienen los pueblos de Venezuela de darse el régimen que deseen y, en caso concreto, de rechazar la dictadura y de separarse de Nueva Granada, excita al general Paredes a no impedir que Mérida diga su voluntad. “Aquí –dícele– llamo doblemente la atención de V. S. Los ciudadanos dicen que es por el temor de que las armas se empleen para impedir o disolver las asambleas y para castigar el patriotismo (por lo que los merideños y, en general, los habitantes del Departamento del Zulia no se han reunido) y ¿será justo que estando las armas de ocho provincias respetando la voluntad de dos, algunos militares opriman o atropellen en estas dos la voluntad de todos los ciudadanos?... Yo he contestado a las instancias y al encarecimiento con que esos ciudadanos me han pedido protección asegurándoles que sus temores eran vanos en la Provincia de Mérida, porque el general Paredes no podía olvidar en un día sus principios y sus deberes para convertirse de ciudadano y defensor de la patria en esclavo y opresor. No he podido prescindir de ofrecerles, como es mi obligación, que no permitiré que se castigue en ellos el amor patrio y el liberalismo; pero les he asegurado que V. S. está animado de los propios sentimientos, que en V. S. tendrán el más firme apoyo. Cumplo con transmitirlo a su conocimiento y concluyo invitándolo en nombre de la patria a que destruya la desconfianza pública con una conducta digna de su reputación, haciendo entender cuán lejos está de oprimir a sus conciudadanos ni de oponerse al torrente de la opinión”. Esta nota fue confiada a una comisión formada por el coronel Francisco Conde, Jefe de Estado Mayor y Comandante de Armas de

Barinas, y el señor Juan José Pulido. Una semana antes, Mariño había pedido explicaciones al Comandante de Armas de la provincia de Trujillo sobre los preparativos militares que allí se hacían, y le advertía que no podría evitar las consecuencias de la indignación popular en el resto de Venezuela ante aquellos preparativos. “Y menos aun –agregaba– puedo sujetar el fervor patriótico y generoso con que estos habitantes y soldados desean marchar a romper las cadenas de sus hermanos y echar por tierra este sistema absurdo en que un hombre sólo porque ejerce la autoridad, quiere hacer que todos los demás callen y no digan ni lo que quieren”.

Maracaibo y Trujillo acababan de pronunciarse por la separación y Mérida lo hacía precisamente ese mismo 24 de enero, fecha de la comunicación de Mariño, y según el acta que vemos publicada en el reciente interesante folleto del señor Marcos Figueroa sobre el general Paredes. La que Mariño, en nota a Páez de 26 de enero, anunciaba como “la verdadera voluntad de los hijos de Mérida y de todos los pueblos heroicos a quienes divide el Táchira”, se manifestó en el acta citada con alusiones al Libertador y a Colombia. Resolvióse la separación “del gobierno de Bogotá” y el desconocimiento “de la autoridad del general Bolívar como emanada de un origen ilegal”, al propio tiempo que se reconoció a Páez como jefe de Venezuela, condenándose el “absurdo despotismo, el yugo ignominioso de una aristocracia nueva, la vil abyección, etc.”. El general Paredes, uno de los firmantes del acta, decía a Mariño, con fecha 2 de febrero: “La premura de las circunstancias en que me hallo a consecuencia de informes calumniosos elevados a la Comandancia General de

este Departamento por el señor general Piñango, actual gobernador político de esta provincia, me obliga a dirigir a V. E. esta comunicación que conduce mi propio hijo Ignacio, que por las circunstancias he creído que sea el único medio seguro de que llegue a manos de V. E. Éste lo impondrá de los últimos acontecimientos que antes de la transformación pública de esta provincia y desde muy antes de ellas ha tenido dicho general Piñango para declararse mi enemigo. Posteriormente ha habido ocurrencias con otros individuos que, no aviniéndose con algunas providencias que el mando de las armas que he tenido en esta provincia me han obligado a tomar, también se han declarado mis enemigos, y el Jefe de esta enemistad que buscaba oportunidad para cebar su saña ha movido todos estos resortes sin perdonar los medios más calumniosos...”. El general Paredes está por completo de acuerdo con la política de Páez y Mariño en cuanto a desmembración de Colombia, es decir, en cuanto a “nuestra gloriosa y heroica transformación”, protesta una vez contra quienes “han tratado de sacarlo de esta provincia por los medios siniestros y arteros que están a la vista” y concluye apelando “a la alta comprensión” de Mariño para apreciar la querrela.

El Comandante General respondió, con fecha 8 de febrero que, habiendo el general Paredes ocurrido a Páez, Jefe Civil y Militar de Venezuela, debía esperarse que éste resolviese sobre la permanencia de Paredes en el mando militar de Mérida o su salida de él. En su nota, Mariño reitera su esperanza de que pronto cese la desaveniencia y elogia la conducta de su corresponsal: “El señor coronel Ignacio Paredes ha puesto en mis manos

la comunicación oficial de V. S., fecha 2 del corriente, en que ha tenido a bien informarme de las sensibles desavenencias que han tenido lugar en esa ciudad en los precisos momentos en que nuestra gloriosa transformación y los sagrados intereses que ella promueve se han cumplido y exigen el sacrificio de todas las animosidades, de toda división interior y hasta del bien y la fortuna de cada venezolano. Pero han mitigado en gran parte este dolor y las seguridades con que V. S. protesta su firmeza y resolución para sostener el voto patriótico y liberal de los meridianos por la separación y libertad de la antigua Venezuela, y la oportunidad y acierto con que me dice V. S. que ha ocurrido al Excmo. Señor Jefe Civil y Militar para que se sirva poner un término a las desavenencias que mortifican el patriotismo en Mérida. Lejos de haber dudado un momento de la fidelidad con que el general Paredes correspondería a las esperanzas de sus compatriotas y de la firmeza con que sería consecuente a sus deberes, a su honor y a su antiguo patriotismo, he confiado ciegamente en esta prendas y asegurado en todas ocasiones que no las desmentirá”. Y Mariño ratifica su confianza en el *venezolanismo* de los merideños.

Entretanto, Piñango informaba a Mariño de “los movimientos hostiles del gobierno de Bogotá” y recibía, en respuesta, esta orden categórica, datada del Cuartel General de Trujillo el 23 de febrero: “...y es mi deber prevenir a V. S., con arreglo a las instrucciones que tengo de mi gobierno, que si se verificase la aproximación de tropas de Bogotá a nuestras fronteras, se dirija V. S. oficialmente al jefe que las acaudille protestándole que si da un paso más allá del Táchira, Venezuela lo reputará como una

declaratoria de guerra; que ella se ha pronunciado libre, espontánea y generalmente por la separación del resto del territorio de Colombia, y que no hay sacrificio, por cruento que sea, que no esté resuelta a consagrarle a este voto nacional; y, en fin, que esta tierra de valientes le conjura a que no la profane, so pena de que el mundo le haga culpa y cargo de la sangre que se derrame por esta agresión”. Quince días más tarde, instruido Mariño de que el Congreso de Colombia enviaba comisionados a Venezuela, dio órdenes de que: “siendo de paz la misión de las autoridades que dirige a Venezuela el Congreso de Bogotá, que se denomina Constituyente, no debemos ponerles obstáculos en su marcha a Valencia, cerca del gobierno”, sin que tal conducta fuese obstáculo para “impedir que se introduzca la insidia” en los cantones venezolanos, a cuyo fin se haría que dos oficiales acompañaren “constantemente” a los comisionados.

Pero no ha sido mi intención narrar en esta carta la historia de la acción de Mariño en el Occidente del país durante aquella época. El expediente es considerable y será oportunamente utilizado. El Ministro de la Guerra de Colombia, general Pedro Alcántara Herrán, había comunicado a Mariño, con fecha 8 de febrero, su reemplazo como Comandante General del Departamento del Orinoco por otro Paredes, el llanero “centauro” de Las Queseras y héroe de Ayacucho, el coronel José de la Cruz, quien era a la sazón subordinado del jefe oriental como prefecto en Barinas. Tal reemplazo no llegó a efectuarse porque Mariño no dependía ya de Bogotá sino de Caracas. La separación estaba consumada, y la República de Venezuela sólo esperaba la sanción constitucional

del entonces ya próximo Congreso de Valencia. No sería este lugar para tratar y juzgar de la desmembración de la Gran Colombia, bastando comprobar que Páez y Mariño son los principales fundadores de la cuarta y actual República venezolana. La solidaridad de ambos próceres hacía resaltar, con marcada intención el oriental en una proclama de Guanare, el 2 de febrero, cuando hábilmente evocaba con los triunfos personales de Páez sus propias personales victorias: “Separación y libertad habéis gritado –decía– separación y libertad tendréis. Los vencedores de Mucuritas, Cumaná, La Miel, Bocachica, Las Queseras, Gúiria, Yagual, Margarita, Naguanagua, Maturín, Carlos López, La Cantaura y tantos lugares santos... Todos hemos dicho: exista Venezuela y Venezuela existe... Es irrevocable nuestra suerte porque todos la hemos fijado; y la opinión es el destino. Sin esclavos no hay tiranos”. Y al reunirse el Congreso, Mariño dirá, en otra proclama dictada en la frontera: “Venezuela es libre, Venezuela es independiente... De hoy en adelante un gran pueblo se levanta en América... Ninguna gloria fue más inmarcesible que la nuestra... Sólo vosotros hicisteis de vuestras lanzas y bayonetas un escudo a la libertad”.

A partir del 15 de marzo y en varias comunicaciones sucesivas, dio Mariño precisas y detalladas instrucciones para la defensa del territorio venezolano, para el caso de que fuese atacado por tropas provenientes de Nueva Granada. Por gran fortuna se evitó la guerra y ello se debió, sobre todo, a la prudencia y moderación de Mariño quien, entonces como muchas otras veces en el curso de su carrera particularmente atormentada, aplicó métodos pacíficos y usó de generosidad antes de apelar

a la suerte de los combates. El Congreso lo reconocía cuando al felicitar a Páez por las medidas tomadas por el gobierno para que “no fuera turbada la paz que debe reinar entre los pueblos hermanos de la Nueva Granada y Venezuela”, mencionaba “el interés y eficacia con que ha obrado el señor general Santiago Mariño”.

Pero me dirás: ¿qué resultó de las acusaciones que fueran hechas contra Paredes y llevadas ante el tribunal de Mariño? Tanto Paredes como Piñango habían sometido su disputa a Páez y éste, por órgano del general José Antonio Valero, encargado de la Secretaría de Guerra y Marina en ausencia de Soublotte, facultó a Mariño “para arreglar estas diferencias”. No conozco las comunicaciones dirigidas entonces al Jefe del Estado por los contrincentes, pero aparte de lo que contra el general Paredes haya podido escribir el general Piñango y que se deduce de la sentencia de Mariño, vemos que el secretario de éste estaba entre los que atacaban al ilustre merideño. Dicho secretario era para la fecha nada menos que Antonio Leocadio Guzmán, pues Rafael María Baralt no se incorporó al ejército sino a principios de abril, en Mérida, para pasar muy luego a servir la secretaría del Comandante General. El 21 de febrero escribía a éste el general Valero: “S. E. (Páez) me manda decirle, además, que por el secretario de V. E. ha sabido que el general Paredes, residente en Mérida, ha ofrecido al general Urdaneta 500 hombres para obrar en contra de nuestra causa, y que como V. E. se halla autorizado para transigir las ocurrencias que han tenido lugar entre éste y el general Piñango, debe tenerlas a la vista para obrar en este negocio; pero que , sin embargo, esto no se presenta con todo el carácter de

verdad, y que en fin, V. E. obrará con la circunspección que demandan nuestras circunstancias”. Se ha visto cómo, desde el principio, tuvo Mariño al general Paredes como partidario de la separación de Venezuela y soldado sin tacha.

He aquí, para terminar esta cordial pero ya larguísima misiva, la decisión de Mariño, tal como fue transcrita a Caracas:

“Estado de Venezuela. Comandancia General del Ejército de Vanguardia. No. 74. Cuartel General en Mérida, a 22 de junio de 1830. Honorable Sr. Secretario de E. en el Departamento de la Guerra. Había deferido hasta ahora comunicar a V. S. la sentencia que dicté en la causa del señor General J. A. Paredes y el Coronel Ignacio Paredes, su hijo, en conformidad de la autorización que para ello me dio el Gobierno, porque mi paso al otro lado del Táchira y las multiplicadas atenciones de esta Comandancia General, me lo habían impedido. Lo hago hoy, transcribiendo a V. S. a continuación la sentencia indicada, que es como sigue:

“Visto. Resultado 1º. Que las informaciones producidas en este expediente, tienden a averiguar hechos, que si bien están acusados de excesos de arbitrariedad cometidos por el señor General J. A. Paredes, como comandante de armas de la Provincia de Mérida contra la persona del Alcalde 2º. Municipal de aquella capital, Manuel A. Izarra, no menos están en contacto con el deber que redujo a aquel Jefe a tomar providencias serias y activas para alojar las tropas y proporcionar un cuarto de banderas, con toda la decencia que exige un lugar destinado a la custodia de las insignias sagradas de un cuerpo de

tropa y al arresto de sus oficiales, cuando por otra parte el mismo Alcalde se manifestó renuente para franquear una pieza de las de su casa, escogida como más a propósito y cómoda para este efecto; 2º. Que la justificación producida por el señor General J. A. Paredes desde el fo. 3, al 8 vuelto, comprueba exuberantemente que este Jefe impartió el auxilio a la autoridad civil, a fin de que se le suministrasen cuarteles y pabellones para los cuerpos de Milicias, que le fueron negados, cuya negativa dio lugar a que el Jefe de las armas ocurriese a los medios que iguales casos dicta la necesidad y la costumbre; 3º. Que aunque se acusa al señor general Paredes de consentidor de juegos prohibidos en su casa de Billar, este hecho no está corroborado de un modo que persuada a la prudente credulidad, ni aun a la semiplena probanza, de haber sido tolerante de ellos el mismo señor general Paredes por la ocurrencia de que hubiese tenido lugar en su Billar, que no debe reputarse como casa, y si, por un lugar de concurrencia pública. 4º. Que prescindiendo del más o menos mérito que prestase este asunto, su conocimiento tocaba exclusivamente a la autoridad civil, ya por haber acontecido en una casa pública, y ya porque en tales casos, todo fuere está derogado; de que se deduce que ha mediado una punible connivencia y tolerancia por parte de los Magistrados; 5º. Que los cargos hechos al coronel Ignacio Paredes y teniente Rangel, aunque estuviesen plenamente comprobados, acaso mediaron circunstancias que así lo exigieron; y atendiendo a que no estando justificada la acusación con los datos que la comprueban, no convendría aventurar un fallo perjudicial a ninguna de las partes, cuando es más justa y santa cosa, absolver al culpable que castigar al inocente; 6º. Y en fin, que

atendidas las circunstancias de aquella época, y comparadas con la variación de las presentes, que exigen una unión perfecta, entre los ciudadanos de Venezuela, para no dar acceso a discordias domésticas, que agriarían los ánimos entre algunos individuos, cuando todos deben estar íntima y recíprocamente unidos para ocurrir a la salvación de la patria en su presente transformación política; usando de las facultades con que S. E. el Jefe Civil y Militar de Venezuela me ha autorizado para transigir y fallar las disenciones de la Provincia de Mérida, en cuanto sea compatible con la equidad y la justicia, se declara el presente asunto, cortado en providencia y al señor general J. A. Paredes y a su hijo el coronel Ignacio absueltos de los cargos que se les han hecho. Transcríbase a quienes corresponda. Cuartel General en el Táchira, a 3 de mayo de 1830”.

Sírvase V. S. elevarla al conocimiento del Gobierno para los fines convenientes.

Dios guarde a V. S.

S. Mariño”

Sea el punto final una felicitación muy cordial por tus brillantes y muy plausibles trabajos en el campo de la historia nacional y particularmente de nuestra querida provincia.

Un abrazo de tu afmo.

C. Parra Pérez

RESPUESTA AL DOCTOR
CARACCIOLO PARRA PÉREZ

Caracas, 25 de enero de 1944

Señor doctor Caracciolo Parra Pérez
Ciudad.

Mi muy querido Caracciolo:

Con el interés que en mí ha despertado, al par que con el cariño fraterno que siempre he sentido por ti, me he impuesto de la carta que desde las columnas de *El Universal* me has dirigido, de la que también me enviaste una copia acompañada de una afectuosa tarjeta tuya.

Meses hacía que no conversaba contigo, ya que la postrera vez en que juntos nos hallamos, fue la noche de la instalación de la Asamblea Nacional del Partido Democrático Venezolano. Mas en estos días, al caer de una despejada tarde marina, de encontrarnos hubimos en el aeropuerto de Maiquetía, en donde estuvimos hablando del general Santiago Mariño, a propósito del libro que acerca de él preparas, como lo hiciéramos en dos oportunidades en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Y a fe que es laudable tu intento, porque bien puede suceder que con el aporte de noticias nuevas y de las luces de que dispones, puedas, según tú mismo lo reconoces, *enderezar ese entuerto*, es decir, modificar la opinión pública respecto a la figura del complejo militar, lo que no deja de ser un tanto laborioso y de paciente consagración.

Quién nos hubiera dicho a nosotros, cuando en la edad moza empezábamos la carrera de las letras en nuestra querida Mérida, que estuviésemos hoy, ya de los cincuenta años arriba, cargando en nuestros hombros a un muerto tan pesado como el general Mariño y conduciéndole al gran salón de puertas y ventanas abiertas en que se velan los hombres públicos entre los cuatro blandones de la justicia histórica. Pero en el girar constante de ese molino aplanador que es el tiempo, he aquí que los dos estamos, puesto que por venezolanos somos herederos del prócer, hurgando con curiosidad en el embrollo de su testamento militar y político, porque las cláusulas no son claras y los *ítem más* se prolongan de manera contradictoria y confusa.

Ahora recuerdo que en la época en que el mucuchicero doctor Rafael María Torres, que fue uno de los mejores maestros que ha tenido Venezuela, instruía a sus discípulos en las primeras nociones de historia patria, que estudiábamos en el texto de doña Antonia Esteller Camacho Clemente y Bolívar, al finalizar la clase de preguntas y respuestas, nos explicaba ampliamente los hechos que correspondían a la lección, y una vez, al tratarse de la Batalla de Carabobo, nos pintó a los héroes de la jornada con colores de bandera al sol, entre los que aparecía el general Mariño como de los más cercanos a las nubes de la gloria. En aquellas mañanas que añoro emocionado, me seducía la figura del venezolano de Oriente, y con tanto más entusiasmo, cuanto que le veía como jefe de los cuarenta y cinco de Chacachacare, de donde surgió el manifiesto patriótico que hubo de suscribir junto con Azcúe, Bermúdez, Piar y Valdés, integrantes a poco de

su Guardia General; le veía radiante de heroísmo en Güiría, Cumaná, Agua Negra, Bocachica, Yaguaraparo y La Cantaura, así como indiferente ante la tragedia de la Casa Fuerte y cabizbajo y a paso de derrota en El Arao, Barcelona, Carlos López y Cariaco. Mas a la postre, a medida que fui conociendo a conciencia nuestra historia y estudiando a los hombres de esa historia, el concepto en que tenía al general Mariño empezó a palidecer, no solamente por ese modo extraño con que procedía en sus actos y sus continuas mutaciones militares y políticas, sino porque mi admiración por el Libertador, a quien venero desde lo más hondo de mi vida, me ha mantenido siempre en guardia para defenderlo y magnificarlo.

Intervención oportuna y eficaz fue la tuya, que eres de nuestros más sobresalientes historiadores, en lo que me haces conocer acerca del Monumento de Carabobo. Hubiera sido una injusticia el que no apareciese en él la escultura de Mariño, aunque su papel en la relampagueante batalla que libertó a Venezuela, se redujo a acompañar a Bolívar en el cerro de *Buena Vista* como jefe del Estado Mayor. Era él, indiscutiblemente, el que ocupaba el segundo lugar en el comando militar, por lo que tú afirmas que “el personaje más notable del ejército patriota, después del Libertador, era el General Santiago Mariño”, y sería también injusto quitarle a Páez ese puesto, su puesto máximo, la cumbre de sus glorias, porque Páez hizo la acción de Carabobo y la plasmó a punta de lanzas y a casco de caballos en la greda colorada en que se perpetúan los hechos inmortales. Y ahora me contento de haber estampado en mi artículo sobre el general Juan Antonio Paredes las apreciaciones referentes al general

Mariño que han dado motivo a tu carta, puesto que así se ha sabido lo que se ignoraba, han salido a relucir deficiencias de otros y apareces tú corrigiendo un yerro que de fijo habría hecho imperfecta la obra, si el escultor Rodríguez de Villar lo hubiese cometido por atenerse a instrucciones descabelladas.

No habría de ser yo quien le regatee merecimientos al general Mariño ni trate de quitarle o ponerle más lejos o más cerca el asiento que le corresponde “en el vasto escenario de la historia”. Parco he sido en eso de estorbarle a los demás, y en tratándose de un venezolano que en nuestro pasado emancipador se distinguió con relieves heroicos, lo que mi sentimiento venezolano querría es que estuviese en el pedestal en que tú deseas colocarle. Ojalá le viera yo al lado del Libertador, junto con Sucre, Urdaneta y Salom. Pero su sitio se lo señaló él mismo, y allí fijó su silla con remaches como de acero, de acuerdo con su actuación intrincada a través de los dos caminos que hubo de seguir y que fueron a perderse en direcciones distintas.

No es solamente que el Libertador llamó al general Mariño “joven héroe salvador de la patria, “libertador de Oriente” e “ilustre general”, sino que le ofreció la Presidencia de la República, lo propuso para comandante general de Venezuela, le hizo consejero de Estado y extremó sus palabras de elogio para con él en los mejores tonos de su voz y de su pluma. Estos detalles de la política de Bolívar surgían, cuando Mariño marchaba por el primero de sus dos caminos, que era el ancho y despejado del deber patriótico, del heroísmo creador, de la cohesión disciplinada, de la lealtad diáfana, del

uno solo que habría de condensarse en sólo uno para que fuera uno el ideal y una la patria en la síntesis de la unión en la unidad. Entonces todo era esplendoroso. Pero cuando Mariño cogía por el otro camino, por la trocha oscura cubierta de malezas espinosas de rebeldía y de insubordinación, de despecho y de egoísmo disociadores, Bolívar irritábase con sobra de razón y sus órdenes eran terminantes para reducir sus pretensiones insensatas. “El General Urdaneta me escribe de Cumana-coa –participábale el héroe a Piar– que Sucre había ido a Cariaco a obligar a Mariño a reconocer mi autoridad”¹. A Sucre le recomendaba que “si, por desgracia, Mariño desconoce su deber, ustedes emplearán todos sus ardidés para atraer sus tropas; y si no, procurarán emplear la fuerza; pero de modo que no sea con escándalo ni perjuicio. Sólo sí recomiendo a usted mucho que, si el general Mariño se somete voluntariamente, se le trate con la mayor dignidad, y como a un hombre que acaba de hacer un importante servicio con no haber manchado las armas de Venezuela con la guerra civil. Pero si, por el contrario, el general Mariño resiste a sus órdenes, y ustedes logran aprehenderlo, es preciso enviarlo aquí con toda seguridad. Este es mi ultimátum”².

Al cabo de dos años, ya sometido Mariño y enfermo como estaba en Angostura, Bolívar, con la sinceridad que es atributo en la constitución del genio, le confesaba a Santander: “aun no sé qué hacer con este hombre”³.

1 *Cartas del Libertador*. t. I. pág. 269.

2 *Ibíd.* págs. 319 y 320.

3 *Cartas del Libertador*. t. II. pág. 128.

Y desde San Cristóbal, en abril de 1820, le ordenaba al Vicepresidente de Venezuela: “V. E. intimará inmediatamente al general Mariño que se restituya al territorio de la República si hubiese salido de él, y que se traslade a mi Cuartel General en el término de la distancia, advirtiéndole que si no obedece esta orden será *proscrito*”⁴.

El “algún estupor” con que has leído mis conceptos sobre el general Mariño me ha inquietado, porque no era eso para extrañarse mucho. He dicho lo que de él pienso y creo con firme convicción, después de haberle seguido en sus andanzas públicas y fijado por medio del análisis el juicio que me merece, sin que haya usado de otro *clisé* que del mío propio, hecho a líneas de franqueza con el agua fuerte de lecturas diversas. Su escasez de mentalidad y cultura le llevó a extremos lamentables y hubo de influir en la valorización de sus aptitudes, porque los hombres de inteligencia e instruidos, o cuando menos prudentes, no yerran en la forma en que él erró. Su volubilidad, el continuo cambio de sus ideas, su imprecisión, sus fluctuaciones, sus procedimientos encontrados, el desacierto militar y político con que en tantas ocasiones obró y la falta de confianza en sí mismo, así como su obstinación en querer parangonarse con el Libertador y constituirse en su rival, son gajes inequívocos de su limitado entendimiento. Su morosidad calculada para atender a los llamados de Bolívar, cuando más en peligro estaban las armas de la libertad, y su actitud el año de 17, que fue de anarquía, de obstrucción, de intrigas, de carencia del sentido de integridad, son altamente censurables. El hombre era muy

4 *Al margen de la epopeya*. Eloy González. pág. 85.

trabajoso. Y para remate de sus traspies, cargaba como secretario a Antonio Leocadio Guzmán, a quien todo el mundo conoce por lo astuto que era, pues lo necesitaba para que le dirigiese, le redactara su correspondencia particular y sus documentos públicos y cumpliera sus comisiones. Bolívar decía que “Guzmán se ha apoderado del alma de Mariño”. Era verdad. Y lo es también que a este hombre talentoso y perverso, que con tanta destreza y agilidad manejó la felonía y el oportunismo, debióle muchos de sus éxitos y casi todos sus fracasos.

No menos reveladoras de los alcances intelectuales y de la ilustración del general Mariño, son las apreciaciones de que sembrada está la historia con referencia a su personalidad. El detalle de Guillermo Palacios es categórico. La madre de éste era hermana del Libertador, “y por sugerencias de Mariño y Zaraza, tuvo la debilidad de prestarse a suscribir un memorial reservado con el falso testimonio de los dos Generales”, para comprobar “que su hijo muerto en la batalla de La Hogaza, tenía grado de Coronel, con el objeto seguramente de obtener alguna recompensa”⁵. Y hay que ver la impresión que le causó a Bolívar este procedimiento, pues le encarecía a Santander decirle a Pedro Briceño Méndez, que se había alegrado mucho de que hubiese peleado con su hermana por cumplir con su deber “y que si hubiera hecho otra cosa me hubiera parecido infame, como me han parecido los testigos falsos de tal justificación”⁶.

5 *Archivo Santander*. t. XI. págs. 195 y 196.

6 *Cartas del Libertador*. t. XIII. pág. 312.

Para el año 25, Mariño deseaba ejercer la Intendencia de Caracas, y así se lo hacía saber Santander al Libertador, cuando, según los rumores que corrían entonces, “estaba desopinado”. A esto le respondía el grande hombre desde Potosí, que “el General Mariño no sirve para Intendente, y más bien sirve para Comandante General, aunque el General Clemente lo haría mejor”, quien “es preferible en todo al General Mariño para cualquier destino, como ya dije a usted en carta anterior”⁷. Y en los días en que tanto sonó el proyecto de una expedición libertadora a La Habana y Puerto Rico, aun habiendo ofrecido Mariño sus servicios para comandar la última, Bolívar no pensó sino en Sucre y Páez para conducir las.

Ya de vencida el año de 25, como Santander sintiese los venablos que en contra suya partían de Venezuela, le explicaba al Libertador que “Caracas es el foco de la agitación. Todos los hombres sensatos como Mendoza, Escalona y demás, tiemblan por aquel país. Páez, rodeado de chisperos, es su juguete, y Mariño... ya usted lo conoce mejor que yo”⁸. Luego, en carta posterior, le descubría que “Caracas se hace cada vez más insoportable. Una facción enemiga de la *Unión* de Bogotá, y principalmente mía, está apoderada de la imprenta, y por su medio descarga tempestades sobre el Gobierno, que da horror leerlas. Mariño pertenece a ella, y ha trabajado para ganarse a Páez. El medio de que se han valido es lisonjearlo mucho, adularlo servilmente, y llegar a proponerlo para

7 *Archivo de Santander*. t. XIII. págs. 225 y 242.

8 *Ibíd.* pág. 122.

Presidente de la República en vez de usted”⁹. Y el propio Santander le ponía de presente a Bolívar, que “Clemente y Mariño son hombres débiles; a cualquier cuento ceden fácilmente y tan pronto son amigos de la administración como enemigos, con la diferencia de que a Clemente por demasiado honrado lo engañan, y a Mariño porque tiene el flaco de la vanidad, por donde se deja atacar con la mayor facilidad”¹⁰. Quizá fue por eso por lo que José Domingo Díaz, posesionado de la más notoria de sus deficiencias, le llamó en la *Gaceta de Caracas* “el ignorantísimo Mariño”¹¹.

En los días en que se hizo necesario nombrar un nuevo Comandante General del Istmo, dada la importancia de aquel Departamento, Santander le propuso a Bolívar que se designase a Salom, porque “no tenía a otro a quien confiarle esa Comandancia General”¹². Y concluía el Vicepresidente: “A O’Connor y Luis Urdaneta los necesitamos por acá para el Estado Mayor General, y confío que usted nos los mande; con Córdoba, Sandes y Silva tiene usted bastante por allá, en esas dos Repúblicas. La mayor parte de nuestros jefes son lo que Dios los hizo, y a veces peor. A Mariño y Arismendi... ya usted los conoce”¹³.

Y Santander, aunque muy hipócrita, intrigante y enemigo de los venezolanos, era compadre de Mariño, según él mismo lo confesaba, sin que por esto se detuviese para denunciar sus defectos y medir su capacidad, como

9 *Archivo Santander*. t. XIII. pág. 178.

10 *Ibíd.* t. XIV. págs. 31 y 32.

11 *Gaceta de Caracas*. Reproducción fotomecánica.

12 *Archivo Santander*. t. XIV. págs. 269 y 270.

13 *Ibíd.*

cuando no concurrió al Congreso de 1826, “faltando así a su deber”, por estar metido dentro de la conjuración de *La Cosiata*, “en la que Páez y Mariño hacen el papel de instrumentos”¹⁴.

El año de 1826, Caracas, que estaba bajo la protección de las leyes de Colombia, “el 5 de mayo se veía a la merced de un jefe –Páez– cuya autoridad venía de la rebelión y de la fuerza. Esperábase por momentos en aquella ciudad ver llegar al general Mariño acaudillando parte de los revoltosos, para obligarla a prestar su adhesión al escandaloso atentado de Valencia”¹⁵. La expectativa era agobiadora. El hombre incorregible del tumulto y de la desobediencia aparecía de cuerpo entero. Y entonces atizó el fuego en el Oriente, por lo que le expresaba a Carabaño, “que todas las provincias de Barcelona y la mayor parte de los pueblos de Cumaná se hallan en perfecta insurrección a favor de nuestra causa”¹⁶, que era la de la insurrección de Páez. “En Caracas –condensaba el General Urdaneta– todo era pasquines contra Mariño, contra la facción”¹⁷. En Valencia, Mariño y Carabaño violaban la correspondencia e impresos que venían de Colombia para los particulares, según testimonio del padre Blanco. Francisco Conde revelaba, que “Mariño en la ausencia de Páez está haciendo dos mil disparates que tienen los ánimos tan irritados que estamos expuestos a tener otra convulsión”¹⁸. Y Bermúdez le incluía a Santander “copia

14 *Ibíd.* pág. 372.

15 Manifiesto del Poder Ejecutivo de Colombia.

16 Archivo de Santander. t. XV. pág. 139.

17 *Ibíd.* pág. 179

18 Archivo de Santander. t. XV. pág. 211.

de una carta que el general Mariño dirigió a Margarita, cuyo documento comprueba evidentemente la incalificable conducta de este jefe”¹⁹.

Durante el mismo año 26, en el mes de diciembre, Mariño le escribía a Bolívar “instándole a que se hiciese príncipe soberano”²⁰, a principios de 1827, cuando el Libertador vino a Venezuela y todos sus enemigos quedaron reducidos a la condición de enanos, el héroe le participaba a Santander que “la autoridad del General Mariño ha reemplazado a la anarquía sanguinaria que había en el Oriente, y es increíble lo que ha trabajado por restablecer mi opinión y mi autoridad. Estaba resuelto a combatir contra Páez. Esto responde Guzmán de ello, en cuanto se puede asegurar lo que es factible. En una palabra, antes de saber nada se ha puesto a mis órdenes y abandonó a Páez”²¹. Pero aquella transformación fue transitoria, porque a poco volvía Mariño sobre sus pasos de empedernido reaccionario y se unía de nuevo a Páez contra el Libertador. En resumen, que la mentalidad y letras del general Mariño eran incomprensibles, lo cual se puso aún más de manifiesto en la frontera del Táchira, en 1830, cuando al frente de las fuerzas desmembradoras de la Gran Colombia, no sabía qué resolver ni alcanzaba a penetrar en el panorama militar y político del momento. Al Secretario de Estado de Guerra y Marina de Venezuela le oficiaba, con fecha 2 de mayo, en los siguientes términos: “Aunque es verdad que mis órdenes no me prohíben

19 *Ibíd.* pág. 281.

20 *Cartas del Libertador*. t. VI. pág. 118.

21 *Ibíd.* pág. 145.

pasar el Táchira, no sé si en el caso indicado, el grito de la humanidad será bastante para vencerme a pasarlo, sin que el Gobierno me lo haya mandado expresamente”²². Por supuesto, no demoró mucho por decidirse por la peor de las resoluciones, e invadió por su cuenta el territorio colombiano, sin recordar que desde el Cuartel General en Trujillo, le había ordenado a Piñango “que si se verificase la aproximación de tropas a Bogotá a nuestras fronteras, se dirigirá V. S. oficialmente al jefe que las acaudille protestándole que si da un paso más allá del Táchira, Venezuela lo reputará como una declaratoria de guerra; y, en fin, que esta tierra de valientes le conjura a que no la profane, so pena de que el mundo le haga culpa y cargo de la sangre que se derrame por esta agresión”²³. Había procedido de acuerdo con la ley del embudo. Creyóse él con derecho a violar el territorio colombiano, pero no les concedía a los otros el de penetrar en territorio venezolano. Y ya antes, cuando O’Leary recibió el oficio de Piñango contentivo de las órdenes de Mariño, de contestarle hubo por lo claro: “Las instrucciones del Gobierno superior serán la norma de mi conducta. El día que se me mande pasar el Táchira, lo verificaré, a pesar de las protestas del General en Jefe Santiago Mariño, a quien V. S. tendrá la bondad de decir que las jactancias son impropias de los valientes que, como caballeros, no usan de amenazar de fuera del alcance de sus espadas, ni como Generales más allá de sus avanzadas. Los temores de V. S. son tan infundados, como falsos los informes que

22 Archivo Nacional. Sección Guerra y Marina. Papeles sin catalogar. 1830.

23 *Ibíd.*

ha recibido de las personas que V. S. cita en su nota del 3 del corriente a que contesto. Así, la responsabilidad de que V. S. me habla es poco importante. Pese la responsabilidad sobre aquellos que, infieles a sus compromisos, han dirigido contra la Nación las espadas, con las cuales *juraron defenderla*”²⁴.

Al referirse a las ocurrencias fronterizas, Baralt, quien era oficial del Estado Mayor y le servía por entonces como secretario a Mariño, trató de defender a su jefe, argumentando que “la falta de auxilios y recursos fueron los que obligaron a pasar el Táchira, situando los cuerpos en los pueblos granadinos, pronunciados por la libertad, y quienes en recompensa de nuestra protección, ofrecieron mantenerlos. La necesidad obligó al general Mariño a tomar una medida, que era además, indispensable para la ejecución de un plan sabiamente calculado, y cuyas acertadas combinaciones se demostraron muy luego. La subsistencia del ejército llamaba imperiosamente la atención de su jefe; la seguridad de los pueblos granadinos, que tan decididamente se arrojaron en la lucha de la libertad, confiados en nuestra protección y auxilio, que por otra parte demandaban con urgencia; y sobre todo, la necesidad de llenar una condición indispensable para la ejecución de una empresa fecunda en bellas consecuencias, justifican una medida que la humanidad, a más de todo, hacía indispensable”²⁵. Estas

24 *Ibíd.*

25 Documentos militares y políticos relacionados con la Campaña de Vanguardia, dirigida por el excelentísimo señor General en Jefe Santiago Mariño. págs. 5 y 6.

declaraciones de Baralt están publicadas en un folleto suyo aparecido en 1830, impreso primero en Guanare y reimpresso en Valencia en la *Imprenta Venezolana* de Joaquín Permañer.

Por su parte, el Libertador le hacía ver al general Montilla, que “Mariño ha seguido para Cúcuta y allí mismo están todavía Fortoul, Soto y Concha. Todos estos elementos de daño, unidos a la voluntad del Cauca y a la triste situación de este país, pueden causar los mayores trastornos”²⁶. Y los causaron, porque por la violación que hizo Mariño del territorio colombiano y el haber atacado posteriormente el coronel Concha a las fuerzas de Colombia que custodiaban la frontera, el general Cruz Carrillo invadió el territorio venezolano y dio al traste con los agresores. El coronel Concha y un hijo suyo perecieron en el encuentro, y muy mal paradas quedaron las tropas merideñas que comandaba el coronel Ignacio Paredes, habiéndose contado varios muertos y heridos en el campo del combate. Y este fue el resultado de la “empresa fecunda en bellas consecuencias” que imaginara Baralt, de acuerdo con el “plan sabiamente calculado” por el general Mariño, volviéndose contra él la responsabilidad con que había amenazado a los colombianos por órgano de Piñango.

Baralt rectificó después en parte, en su *Historia de Venezuela*, las razones que antes expusiese para justificar la conducta del general Mariño; y es lo cierto que el Congreso Constituyente de la República, reunido para aquellos meses, le desaprobó la entrada en el territorio

26 *Cartas del Libertador*. t. IX. pág. 341.

colombiano. Y el historiador Restrepo, al comentar estos sucesos, los despeja con crítica serena, extendiéndose hasta emitir su opinión acerca del intelecto del discutido militar venezolano: “Cumplido este proceder aventurado y ofensivo, pues violaba el territorio granadino, Mariño al mismo tiempo que ofrecía al gobierno supremo que lo desocuparía inmediatamente que desaparecieran sus temores de parte del gobierno colombiano, aseguraba que no pretendía intervenir en los negocios de la Nueva Granada, como si ésta no fuera intervención, y como si también no lo fuese la pregunta que muy seriamente dirigía a nuestro gobierno, de que “si pensaba compeler por la fuerza a los pueblos a quienes Venezuela había ofrecido su protección, a que aceptaran la constitución colombiana”. Era muy sencilla la respuesta a esta indebida ingerencia del general venezolano, y no creemos que el gobierno de Colombia se degradase a darla. Tales contradicciones en una misma nota, presentan la medida exacta de los talentos políticos de Mariño, quien siempre tuvo altas pretensiones, sin aptitud para darles cima”²⁷.

Si afirmé que Mariño era hombre de temperamento irascible, lo hice a tono con la tradición y a la luz de los documentos históricos. Nadie podría negar sus violencias. En textos de historia de los que se han adoptado para la enseñanza en las escuelas venezolanas, al tratarse de Mariño y de Bermúdez, se les llama “los dos díscolos”. Su irascibilidad era congénita en él, e intentar suprimírsela, equivaldría a desfigurar su personalidad. No sería el Mariño que todos conocemos, el libertador

27 *Historia de Colombia*. t. IV. pág. 321.

producto de su medio que jugaba gallos a la sombra de un tamarindo o de una ceiba, que echaba los dados a maravilla y que manejaba el naipe hábilmente en la caída militar, interpolando en la conversación interjecciones sonoras de su venezolanismo inconfundible. Su genio díscolo fue una de sus más resaltantes características. Ese arrebató del ánimo le condujo a confrontar serios compromisos, como le aconteció en Los Cayos, que estuvo a riesgo de batirse en duelo formal con el Almirante Brión. Todas sus resoluciones súbitas y sus incontables altercados, a sus arranques impulsivos hay que atribuírselos. Su nota inmoderada a la Representación Nacional en 1830, de allí se originó. Hasta sus bienes de fortuna sufrieron descalabros por no haberse podido refrenar en sus ímpetus. Y para no alargar más con otras citas lo que de ellas no ha menester, me limitaré a reproducir lo que le manifestaba el general Sucre al Libertador desde Cúcuta, ya para clausurarse las célebres conferencias de paz que tan mala fortuna tuvieron: “Respecto a usted, yo respondí en los términos de la proposición que va en copia, y que alarmó a Mariño hasta enfurecerse. La ha tratado de asechanza, de insidia, y me quiso meter miedo para que la recogiera; pero yo insistí en que por lo menos se insertara en el protocolo que debe publicarse”²⁸. Y es que si a mí se me ocurriera escribir un libro sobre el general Mariño, explotaría el filón de su carácter díscolo, para hacerlo más Mariño, más héroe, más infidente y más genuinamente venezolano.

En cuanto a la enemiga que el margariteño le tenía a Bolívar, carne viva es esa fase suya en una humanidad de

28 Sucre a Bolívar. 20 de abril de 1830.

buena carne para la pugna y el incesante contrapuntear. Mala compañera es la rivalidad. “El hecho de Ocumare –descubre el Libertador– es la cosa más extraordinaria del mundo; fui engañado a la vez por un edecán del General Mariño, que era un pérfido... Iba a darme un pistoletazo, cuando Mr. Bidau volvió con un bote y me tomó para salvarme”²⁹. En Oriente, en el Centro, en Occidente, salvo ligeros paréntesis de amistad ficticia, Mariño no cesaba en su malquerencia al grande hombre. Pero ésta se acentuó todavía más, en la postrimería de la existencia del héroe, en los momentos en que enfermo y ya separado del mando, dejaba a Bogotá para no volver jamás, aparte de que era de desengaños y tristeza la corona de príncipe soberano que Mariño le propusiera. Desde el Cuartel General en San Antonio, a 2 de mayo de 1830, puntualizábale al Secretario de Guerra y Marina de Venezuela: “La opresión doméstica del General Bolívar y sus secuaces y el edificio ignominioso de la esclavitud que se elevara contra los hijos predilectos de la libertad, ha sido derrocado por un clamor de indignación general”³⁰. El 5 del propio mes le significaba el mismo funcionario: “El General Bolívar iba a dejar el país, y la transformación se hubiera consumado, cuando nuevos manejos y nuevas intrigas, apoyados de los acontecimientos mismos, la hicieron vacilar, y estuvo próximo a caer en sus manos”³¹, y recalca que era necesario “reunir un ejército respetable en la frontera, que desconcierte estos nuevos proyectos y proteja las libertades de la Nueva Granada. Así, rectificaremos su

29 *Cartas del Libertador*. t. IX. pág. 243.

30 Archivo Nacional. Sección Guerra y Marina. Papeles sin catalogar.

31 *Ibíd.*

revolución, haciéndola llegar a su término; libertaríamos aquel país de la presencia de los que conspiran su ruina; le salvaríamos, finalmente, asegurando al mismo tiempo a Venezuela de las pérfidas intrigas del General Bolívar y sus partidarios”³². Días atrás, cuando se hallaba en Trujillo, hacía llegar informaciones a Caracas, recogidas de otros, en las que se lee que Bolívar “hace uso del mismo lenguaje con que tanto tiempo ha logrado fascinar a los republicanos; respira sin embargo venganza y odio contra éstos; presenta su pérfida renuncia y el Congreso Admirable la recibe, y conjura al tirano para hacer el último esfuerzo y aherrojar la Nación”³³. Y en la misma forma se expresaba en sus cartas de 10, 13 y 17 de mayo. Mariño llamaba a Bolívar, el creador de la libertad, el tirano, el opresor, el intrigante, el pérfido, el conspirador, así como despectivamente el General Bolívar, en tanto que al referirse a Páez, escribía con letras mayúsculas” “Su Excelencia el Jefe Civil y Militar; Su Excelencia el General Páez”. Este era su modo singular de oponerse “inquieto y rebelde a toda tiranía”. Pero el Libertador ya lo había sentenciado, y en esta ocasión, como en tantas otras, sus palabras proféticas fueron: “Contra mí el General Mariño se perdió”, porque “parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales”³⁴.

Más bien que un integrador nacional, el general Mariño fue un regionalista, por lo cual no vacilé en definirlo como factor negativo en la formación de la patria grande y una, sin que llegara a cuidarse de las armas a emplear

32 *Ibíd.*

33 *Ibíd.*

34 *Cartas del Libertador*. t. VI. pág. 120.

para la realización de sus combinaciones separatistas: “La empresa militar es mi única y exclusiva profesión”, le declaraba a Santander en 1823; y por herencia le venía, quizá de tanto oírlo en su casa, esa tendencia a reducirse al Oriente, como que su padre, don Santiago Mariño, le hacía conocer a Emparan, cuando era éste gobernador de la provincia de Cumaná, que “el islote de *Chacachacare*, el cual con *El Pato* y demás forman las bocas que llamaban de *Los Dragos*, pertenecen a este Gobierno”³⁵, dándole a entender que consideraba la Nueva Andalucía sin mayores vinculaciones con la Capitanía General de Venezuela.

No son invenciones, sino hechos cumplidos, los que destacan al general Mariño como abanderado de las disgregaciones territoriales y de las divisiones políticas en Venezuela. Así lo comprueban el minúsculo Congreso de Cariaco, la hidra de *La Cosiata*, la desmembración de la Gran Colombia, la rebeldía frente al Congreso Constituyente de 1830, el Estado de Oriente, la Revolución de las Reformas y la fuga a Curazao. Esos son los siete pecados capitales de Mariño, a los cuales podrían oponérseles, para contrapesar vicios y glorias, sus siete virtudes como héroe de la epopeya. Y esos fueron los dos caminos que él hubo de recorrer, cuyo nacimiento se inició en el vértice de un ángulo y su fin en dos líneas separadas que nunca llegaron a encontrarse en el horizonte.

En respuesta a tu amable carta, como tú podrás apreciarlo, lo que he hecho es señalar puntos al vuelo, acaso bien distantes unos de otros, en la vida del general Mariño. Mas estos puntos son como las boyas en el mar

35 Archivo Nacional. Gobernación y Capitanía General.

o como los postes en la tierra, que indican direcciones hacia puntos más cercanos, hasta quedar todos en hilera a lo largo de la cinta complicada de la historia. Y es por ello por lo mucho que me complace, como ya te lo he manifestado de palabra, que hayas dado en la idea de escribir un libro acerca de la personalidad del general Mariño, el cual desde ahora espero anheloso, porque así, dadas tus excepcionales condiciones para lograrlo, la figura del caudillo oriental aparecerá tallada en buen bronce, entera, maciza, y la bibliografía nacional habrá de contar con una obra de empeño, completa y de la mayor importancia.

Muchas han sido mis letras y cansado estarás de leerlas, aunque me resta referirme a lo que se roza con las disidencias entre el general Paredes y el general Piñango en Mérida y a la intervención del general Mariño para cortar el disgusto. Del enredo de esas intrigas he de tratar en mis *Crónicas de la Colonia y la República*, para lo cual dispongo de papeles desconocidos que exaltan al merideño y desfavorecen al otro. Además, en los *Capítulos históricos de Mérida* que actualmente estoy escribiendo, nada de eso habrá de escapárseme, porque Paredes, Piñango y Mariño, representaron papeles de primeros actores en las horas en que roncadas campanas doblaban por la caída de la Gran Colombia y por la muerte del Libertador.

No he de terminar, mi querido Caracciolo, sin agradecerle las palabras de estímulo con que alientas mi labor histórica. Yo conozco tus sentimientos y tu sinceridad. Y es con otro abrazo fraterno, el que te lleva también los recuerdos de días inolvidables, como correspondo al cordial tuyo y a tus expresiones cariñosas.

Tuyo afectísimo,

Eduardo Picón Lares

SEGUNDA Y ÚLTIMA EPÍSTOLA A MI
PRIMO SOBRE EL GENERAL MARIÑO

Caracas, 8 de febrero de 1944

Señor doctor Eduardo Picón Lares
Ciudad.

Mi querido Eduardo:

Estamos por completo de acuerdo para comprobar nuestro completo desacuerdo sobre Mariño.

Leí con sumo interés tu carta de 25 de enero y la incluí, con carácter de acta de acusación puesta al día, en el voluminoso expediente que estoy formando del asendereado prócer. Por lo demás, tu diligencia judicial no contiene todos los cargos que pueden exhibirse contra él. Afortunadamente, hay muchos otros elementos de apreciación que, si no destruyen siempre aquellos, los equilibran muchas veces. Del cotejo se obtendrá una opinión exacta, o cercana a la exactitud, lo que sería muy estimable. Porque basta ya de juicios sumarios. Excelente, según los árabes, cuando se trata de colgar alto y corto a un malhechor, la justicia del cadí es inadmisibile en cuestiones históricas.

Es evidente que hay un “caso Mariño” que incita al estudio, y espero que de éste saldrá una figura bastante distinta del clisé de marras. Debo advertir que no me propongo a descubrir a Mariño, ni mucho menos inventarlo: voy, simplemente, a ensayar explicarlo. El héroe

neo-espartano no es ficción del espíritu, mito solar o cosa parecida: existió realmente, y fue uno de los personajes más considerables de la guerra de Independencia. No tiene, pues, nada de extraordinario que se intente su biografía, porque este género no está destinado exclusivamente a narrar las vidas de los hombres de genio. Ha habido pocos hombres de genio. Digo biografía y no apología, pues creo que esta última no tiene que ver con la historia. La adoración perpetua fue un estado de ánimo que se atribuyó a cierto grupo de “incondicionales” del general Guzmán Blanco, pero tal estado no es propicio para escribir historia, como tampoco lo es, y tal vez menos aún, la tendencia a convertir la historia en libelo.

Los innumerables lectores de *El Universal* y en particular los curiosos de historia se servirán aguardar mi libro para oír otro sonido de campana y decidir entre el que tú tocas y el que yo tocaré. En efecto, como no tengo la intención, ni la posibilidad actual, de publicar el libro en el periódico, continuaré dedicando a aquél y no a éste las horas dominicales que, cuando logre salirme del mar de papeles oficiales en que ordinariamente sobrenado, consagro de tiempo inmemorial a achaques de índole histórica. Sin embargo, allá van algunas indicaciones de mi manera de ver, actualmente, este asunto.

Te repito que es imposible aplicar a Mariño el calificativo de inculto, sobre todo si se le compara con sus compañeros de armas, ninguno de los cuales, salvo Sucre, Santander y Soublette, y tal vez Montilla, Clemente, Briceño Méndez y algún otro cuyo nombre me escapa en este momento dio jamás pruebas de haber hecho estudio iguales o análogos a los que, según sabemos, hizo Mariño

en Trinidad, bajo profesores ingleses. Allí aprendió física, literatura, agrimensura, ingeniería, inglés, francés y creo que también italiano. Luego ingresó como cadete en la milicia británica y así se inició en la ciencia y en el arte de la guerra. ¿Cuál de nuestros grandes generales era ingeniero? ¿Cuál, fuera, supongo, de Soubllette, Montilla o Clemente, hablaba algún idioma extranjero? Cito a estos, porque es cosa averiguada que los señoritos de Caracas, a pesar de “la oscura noche de la ignorancia colonial” y otras paparruchas, estudiaban lenguas, entre otras cosas.

Medir el grado de cultura de Mariño por un calificativo de José Domingo Díaz es tan peregrino como definir el carácter de los hombres del 19 de abril y el genio de Bolívar por lo que de todos ellos dice el terrible libelista en sus *Recuerdos de la Rebelión de Caracas*.

Que Mariño fuese ambicioso, nada más natural. No conozco ningún héroe sin ambición: el que menos, la tiene de gloria. Hasta los cartujos buscan la gloria, y la mejor que es la eterna. Pero Mariño amaba algo más que la gloria, amaba la patria, y lo demostró sirviéndola durante cuarenta años, sin ningún beneficio personal: nació riquísimo, dió su fortuna a la guerra y murió pobre. De todos los cargos que se le dirigen, hay uno que nadie se atrevería a formular: el de haber sido codicioso. ¿Ambición de mando? Y ¿crees tú que alguno de los generales de la Independencia no quisiese el mando, unos para hacer bien, otros para hacerse bien? ¿Del Libertador mismo no ha podido decirse, en frase magnífica, que amaba el poder con el amor de los que han nacido para ejercerlo dignamente?

Es necesario repetir que las tendencias autonomistas de los orientales no fueron inventadas por Mariño. En Cumaná existió hasta 1779, no sólo la autonomía sino la independencia respecto de Caracas. Luego, el Rey estableció la Federación venezolana, juntando bajo un Capitán General, un intendente y, poco después, también bajo una Audiencia, la Capitanía General de las Provincias Unidas de Venezuela. El primer federal, o mejor dicho, federador de Venezuela no fue el Congreso de 1811 ni, cincuenta años más tarde, el mariscal Falcón, sino, sencillamente, la Católica Majestad del señor D. Carlos III. En 1810, los cumaneses se creían y sentían autónomos, crearon su Junta Suprema, trataron con los ingleses y, de quien a quien, con la Junta de Caracas. Hay que ver las intervenciones de sus diputados en el Congreso de 1811 para apreciar el estado de espíritu y la política de los próceres orientales. Juzgar la conducta de un cumanés de entonces como se juzgaría a un barquisimetano habitante de la provincia de Caracas es arbitrario y falsea la interpretación de la historia. En 1813 Mariño había expulsado de Oriente a los reconquistadores, sin ninguna especie de intervención del Occidente, y casi automáticamente se había creado, o recreado, el Estado de Oriente, cuyo jefe era él y cuyo auxilio solicitó Bolívar.

Es probable que existan razones de carácter militar que expliquen bastante el retardo que se dice puso Mariño en traer su ejército al Centro en 1813 y 1814, sin que sea necesario atribuir dicho retardo a sentimientos mezquinos del jefe oriental hacia Bolívar. La rivalidad entre ambos surgió más tarde. No hubo, entonces, tal “morosidad calculada”.

La cooperación del ejército de Oriente en la campaña contra Boves fue completa. Mariño aceptó de buen grado el mando del Libertador, y tan así fue que se batió en La Puerta contra su propia opinión de dar allí batalla a la caballería llanera. El acuerdo de ambos generales era en aquel momento tan afectuoso y cordial que Mariño se alojó en Caracas en la casa de doña María Antonia Bolívar y, según carta autógrafa que poseo, prometía a ésta que nunca vendría a la capital sin pedirle su hospitalidad.

Mariño compartió entera y lealmente con el Libertador las desgracias, destierro y tentativas que marcan los años 1815 y 16.

Cuando Bolívar desembarcó en Oriente e inició nuevas operaciones militares, fue por instrucciones suyas que Mariño marchó a Güiría con el fin de levantar tropas, lo cual logró inmediatamente, pues él era, como Páez, un verdadero caudillo, es decir, contaba con hombres suyos, que se levantaban por él mismo. La facilidad con que, repetidas veces, organizó ejércitos de tres o cuatro y hasta de cinco mil hombres, es una de las características de su acción en la guerra. En aquellos años la reputación de Páez no excedía los límites de la provincia de Barinas, y a Monagas se seguía en Barcelona, Cedeño y Zaraza eran secundarios, y Piar comenzaba ya a formar banda aparte.

Los sucesos de Güiría en el último de los años citados, están aún por explicarse y no dejarán de serlo; pero desde luego puede decirse que su principal autor fue Bermúdez, quien estaba reñido con el Libertador y se había negado a acompañarlo en la expedición de Los Cayos, cosa que también hizo Montilla. Acaso la de Güiría

fue una de aquellas tres ocasiones a que Mariño aludía en la importante carta que dirigió a Páez en 1834, y en las cuales decía haber “salvado la vida” al Libertador. Refiriéndose a otra aventura, Bolívar dice que el edecán Mariño era un pérfido: el edecán, no Mariño.

Habría que poner una vez por todas en claro hasta qué punto el Congreso de Cariaco tuvo origen en las repetidas declaraciones escritas que venía haciendo Bolívar sobre la conveniencia de constituir gobierno, y si no fue decisiva en la acción de los próceres la insinuación hecha a Madariaga por las autoridades inglesas de las Antillas, las cuales dejaban entrever la posibilidad de reconocer un gobierno que no fuera exclusivamente militar y, en consecuencia, de auxiliar abiertamente la causa de la Independencia. Aquel Congreso, por otra parte, no fue obra única de Mariño sino también de hombres civiles eminentes, tales como Urbaneja, Zea y Mayz, sin contar al inquieto y embrollador canónigo de Chile. El movimiento de Cariaco no fue, propiamente, una revolución hecha contra la persona del Libertador: Fue una tentativa, muy inoportuna pero muy conforme con la tradición y hábitos de la Revolución, en primer lugar para “pluralizar” el gobierno y en segundo para separar del civil el mando militar. El Libertador jamás llamó traidor a Mariño: le dijo disidente, y la disidencia no es un crimen. Jurídicamente, el Congreso de Cariaco era tan legítimo, o tan ilegítimo, como las demás reuniones que en Caracas, en Margarita, en alguna otra parte, desde 1810, crearon juntas de gobierno o elevaron sobre el pavés a generales felices. Lo malo de Cariaco es que la tentativa que allí se hizo no correspondía, militarmente

hablando, a aquel momento de la Revolución. Por otra parte, en 1817 y sobre todo para los orientales, los títulos de Mariño como jefe de ejército podían sin marcada exageración balancear los de Bolívar. Las tropas orientales conocían poco a éste y no querían salir a guerrear fuera de sus provincias; en cambio, obedecían a Mariño, a cuyas órdenes habían luchado y triunfado. El Libertador trataba de invadir el territorio de Caracas, ocupar la capital; los orientales preferían limpiar previamente a Oriente de enemigos. Y por esa vez al menos no era pura cuestión de egoísmo, o resabio de autonomistas, sino asunto de estrategia. Sobre esto la documentación es abundante. El genio del Libertador se exhibió y confirmó después. Pero en 1817, los generales y los pueblos habían olvidado las brillantes victorias de la Segunda República, y sólo se acordaban –como fatalmente sucede en estos casos– de los desastres: La Puerta, Aragua, Ocumare. ¿Quién memoraba en Francia, por 1814, a Austerlitz y Jena? Lo que se veía era la retirada de Rusia, la perdida campaña de Alemania, los Aliados en París. Napoleón volvió de la isla de Elba y terminó en Waterloo. Bolívar volvía de Haití y terminará en Boyacá, Carabobo, Junín. Pero ni en Cariaco ni en los campamentos patriotas había profetas. Por esto, querido Eduardo, por esto y por mil razones más debe convenirse en que escribir historia, particularmente la nuestra, es cosa complicada.

“Es difícil –dice Anatole France– escribir la historia de los Pingüinos”.

La disidencia de Mariño y la rebelión de Piar son cosas distintas, sin conexión efectiva. El segundo buscó amparo y apoyo en el primero, y no la halló. Ni, de quererlo,

habría podido Mariño socorrer al rebelde, pues entonces carecía de soldados. Apenas si pudo él mismo librarse de las repetidas órdenes dadas por el Libertador de que se le apresara y enviase a Angostura. Cómo, después de entenderse con Bermúdez y de haberse retirado a Margarita con autorización de Bolívar, volvió Mariño a entrar en campaña y, reconciliado con éste, levantó de nuevo tropas, es uno de los episodios más interesantes de su vida.

Dos años más tarde, una intriga incalificable, le privó de nuevo del mando de su ejército y, como he notado anteriormente, le mantuvo alejado de éste hasta la batalla de Carabobo. Los historiadores hablan poco, o nada de la victoria de La Cantaura, que fue, sin embargo, de importancia decisiva en la última campaña oriental de la Independencia. Con la circunstancia de que el acto más notable de la batalla fue la carga épica dada personalmente por Mariño a la cabeza de ochenta jinetes, exactamente en las mismas condiciones de la de Páez en Las Queseras del Medio. No faltó ni el grito de ¡Vuelvan Caras! Nuestro admirable Eloy G. González no podría llamar a La Cantaura “afortunada escaramuza”: mil muertos quedaron en el campo.

Decir que la única participación de Mariño en Carabobo fue estar al lado de Bolívar en lo alto de una colina, como aparece en el cielo del Elíptico, vale tanto como apuntar que el Jefe de Estado Mayor de Napoleón no figuró en Wagram sino en el cuadro de Horacio Vernet. Eso, chico, es chicana. (Y perdona el galicismo, porque de otro modo no resulta mi inocente retruécano).

Mariño no propuso nunca a Bolívar que “se hiciera príncipe soberano”. Hay cosas que no se pueden regatear

a aquél: sus ideas liberales y decididamente republicanas. Mariño se dijo fue liberal (empleó varias veces esta palabra en sus papeles antes de 1820) hasta su muerte. Su carta de 21 de octubre de 1825, en la cual apoyaba el llamamiento de Páez al Libertador para que viniese a “salvar la patria” no tiene nada que ver con la monarquía. Ni tampoco aquella carta de Páez, llevada a Lima por Antonio Leocadio Guzmán. Páez proponía “ideas napoleónicas”, es decir, cesaristas, no propiamente “reales”, y en todo caso muy semejantes, acaso idénticas a las que el Libertador exponía por entonces en su Constitución de Bolivia, cuya exégesis se halla en el mensaje al Constituyente de Chuquisaca y sobre la cual escribió el propio Guzmán un comentario ditirámico. Ni Páez ni Mariño quisieron la monarquía. Páez pudo desear, antes de 1830, primero para Bolívar y, en segundo lugar para él mismo, la dictadura, el mando puramente militar, el exterminio de los abogados, lo que se quiera, en fin: pero no fue jamás monárquico. Los proyectos de establecer la monarquía en Colombia tomaron verdadero cuerpo a principios de 1829, en el seno del mismo gobierno, y su principal inspirador fue uno de los jefes más ilustres del ejército. Y entre los que veían en Caracas con buenos ojos la idea figuraba Briceño Méndez, quien sondeó en tal sentido a Bermúdez y tal vez a otros. Lo que yo pienso de todo ello está escrito en mi libro *Bolívar*, y, además, no es este lugar apropiado para extenderse sobre el tema. Pero todo lugar es bueno para rechazar una imputación manifiestamente falsa: no conozco ningún papel –y te ruego indicármelo si existe– en que Mariño aparezca enredado en la aventura monarquista. Al contrario, le veremos servir con violencia del argumento contra el Libertador y

en pro de la causa separatista. Como se sirvieron todos los hombres que fundaron la República de Venezuela en 1830: Páez, Soubllette, Clemente, Arismendi, Escalona, Juan Pablo y Ramón Ayala, entre los militares, y entre los civiles: Narvarte, Fortique, Ángel Quintero, Guzmán, Osío, Lanz, Felipe Fermín Paúl, Arvelo y centenares de otros. Porque el movimiento separatista tuvo carácter nacional y no fue obra exclusiva de “cuatro ambiciosos”, como se acostumbra afirmar.

La acumulación de textos contra Mariño, provenientes sobre todo de aquellos de sus conmlitones con quienes en un momento dado estuvo en desacuerdo, es asunto relativamente fácil. La cuestión es de saber si todos esos textos corresponden a hechos reales, si bastan para la formación de un juicio exacto sobre el personaje y si sus autores no obraron en muchas ocasiones bajo el impulso de la pasión momentánea o del interés político y quizá personal. Por ejemplo, no creo posible juzgar la conducta de Páez en la famosa Cosiata con el auxilio exclusivo de las cartas y papeles de Santander o de los editoriales de la *Gaceta de Colombia*. Así sucede con otros hombres. Mariño parece haber tenido pocos amigos íntimos entre sus compañeros, aunque de algunos fue compadre. La violencia con que muchos de ellos le combatieron podría ser prueba de que poseía personalidad fuerte y temible. Muchos colegas le atacaban traidoramente, porque lo hacían en cartas privadas que ellos imaginaban por siempre jamás secretas; al mismo tiempo que él, en las suyas y en documentos oficiales les elogiaba a veces sin medida. Cuando, en 1828, Salom le reemplazó en la Comandancia e Intendencia de Maturín, escribió a Bolívar una carta

contra él en la cual no brilla la nobleza que se está habituado atribuir al héroe de El Callao. Entre las lindezas que le acomoda está el calificativo de tahúr. En cambio, léase la nobilísima alocución en que Mariño pide a sus paisanos que apoyen a Salom y exalta el carácter y patriotismo de éste. ¿Amigo Mariño de los naipes? Tal vez, ¿pero qué tienen que ver los naipes con la gloria y los servicios inmarcesibles a la patria? ¿No hay acaso anécdotas que muestran a los hombres como Urdaneta y Montilla recibiendo las amonestaciones del Libertador por su amor inmoderado al paro pinto y topo a todo? ¿Y a quién se le ocurriría reprochar a Páez que tendiera la cobija y echara los dados con sus lanceros la víspera de El Yagual o Mucuritas? De más de un hombre célebre se ha dicho que tenía “hábitos de hidalgo”, por haber gustado de las mujeres, los caballos y las barajas. Bolívar cuando era joven no desdeñaba estas últimas, y ya maduro no olvidaba las primeras ni los segundos. ¡Textos! Hay por contra. Ya los veremos todos. Y entre otros los que, en alabanza de Bolívar, autorizó Mariño con su firma o hizo aprobar en los pronunciamientos de 1826 a 1828. Ninguno de los próceres llamados “fieles del Libertador”, escribió nunca en favor de éste y de Colombia cuando por aquella época dijo a Mariño en Oriente.

La Revolución de las Reformas es uno de los temas más inquietantes que ofrece la historia venezolana. La explicación esquemática que estamos acostumbrados a encontrar en los libros necesita verificación, en su parte esencial, es decir, en cuanto se refiere al origen y causa del movimiento y a los propósitos efectivos de los revolucionarios principales. La presentación: Carujo contra

Vargas, sobre ser inexacta es demasiado simple para satisfacer la crítica histórica. Carujo es la parte mugrienta de la aventura, pero ¿cómo puede atribuirse a hombres como Mariño, Briceño Méndez, Ibarra y otros varios, móviles y sentimientos idénticos a los de aquel individuo manchado, pronto siempre a la traición y al asesinato? Es arbitrario y osado juzgar las revoluciones sólo por su espuma y al metal que se acrisola por la inevitable escoria que en el fondo del crisol se queda. Si Carujo era un bellaco, próceres insignes como los nombrados o aludidos no lo eran. Los “hombres honrados” no estaban de un solo lado, ni los “guapos” tampoco. Uno de éstos, Páez, salvó a uno de aquellos, Vargas. Mariño estuvo contra la Constitución en 1835 y por la Constitución en 1849. Páez, al revés. En 1835 las campañas de Páez aplastaron la revolución mariñista. En 1849 las campañas de Mariño extirparon la revolución paecista.

Mas, nuestros amigos de *El Universal* van sin duda a encontrar que abusamos de sus columnas, aunque espero que, en cuanto a mí, les tranquilice el título que pongo a esta misiva. Ruégoles, sin embargo, que me permitan hacer una advertencia final que considero importante:


Mi biografía de Mariño no será una historia de Bolívar ni una historia contra Bolívar. Lo primero, porque al pensar y escribir evito siempre revolver temas y argumentos; lo segundo, porque la historia no se escribe contra alguien, y, además, porque sólo atacan al Libertador los necios y los ignorantes, los que son ambas cosas a la vez y los que no siendo ni una ni otra tienen interés determinado en trabucar las nociones para demolerlas. Tampoco me propongo resucitar el método de las *Vidas paralelas*,

desde luego porque Plutarco es inimitable y en seguida porque la síntesis de mis opiniones sobre el Libertador la expresé hace algunos años a cierto majadero llamado Casariego: Bolívar no se compara; Bolívar se separa.

Muy cordialmente tuyo,

C. Parra Pérez

SEGUNDA RESPUESTA AL DOCTOR
CARACCIOLO PARRA PÉREZ

 propósito de las cartas que nos hemos dirigido el doctor Caracciolo Parra Pérez y yo, respecto a la personalidad del general Santiago Mariño, desde el mes de marzo, a raíz de mi regreso de Mérida, escribí mi segunda respuesta al historiador merideño, con motivo de la segunda epístola suya en contestación a la primera mía. Pero por circunstancias diversas, hube de resolver no darle publicidad, sino dejarla en reserva para que apareciese, junto con todo el acervo de la discusión, en el segundo tomo de mis *Revelaciones de Antaño*, que actualmente preparo y que está ya casi listo para entrar en prensa. Así se lo dije entonces a Parra Pérez. Mas como han aparecido recientemente publicaciones de carácter opuesto a mi criterio, en las cuales se me cita y se me debate a porfía, me he visto precisado a dar a la estampa la carta en referencia. Ella contiene nuevas apreciaciones y comentarios míos, en los que me defiendo de las débiles críticas que me han hecho, a la vez que extrema y fija mi juicio acerca del discutido y glorioso héroe neoespartano.

Eduardo Picón Lares

Caracas, 25 de marzo de 1944

Señor doctor Caracciolo Parra Pérez
Ciudad.

Mi querido Caracciolo:

Atenciones diversas, y sobre todo mi estada en Mérida, adonde hube de marcharme a pasar unos días de descanso al rescoldo de los recuerdos de mi casa solariega, han demorado un tanto mi respuesta a tu *Segunda y última epístola a mi primo sobre el general Mariño*. Fue la víspera de mi viaje, ya entrada la noche, cuando llegó a mis manos la copia mecanografiada de tu carta que tuviste la gentileza de enviarme, antes de que apareciese publicada en *El Universal*, sin que me quedara otro recurso que el de echármela en el bolsillo para leerla y releerla a lo largo del camino. Y he de manifestarte que más deseo verte que escribirte, dada nuestra invariable intimidad fraterna, para que conversemos de la ciudad blanca de nosotros, de la transformación que a ritmo de progreso en ella se pulsa, de las contadas personas de tiempos mejores que allá quedan y de cuanto alienta en nuestros corazones con el sentimiento de la juventud bella y lejana.

De madrugada, bajo el cielo radiante de luceros, salí de Caracas para Mérida, mediando ya el mes de febrero recién fenecido. Ávido iba de que amaneciese pronto para darme a la lectura de tus renglones de crítica y de historia, y no bien hubo de abrir la mañana, cuando saqué tus cuartillas y púseme a leerlas, casi deletreando las

palabras, con ese cuidado y atención que le prestan los correctores de pruebas al material que ha de publicarse en los periódicos, porque sólo así es como se pueden evitar los errores en los tipos o en los linotipos, de igual modo que se impone la entera aplicación de la mente a lo escrito, que es el deletreo filosófico en las pruebas de alto coturno, para que el entendimiento abarque en detalles lo que en conjunto ha de producir la elevada función del pensamiento.

Pagado presto de haberte entendido, fijéme con curiosidad en las frases que has empleado para combatir mis apreciaciones en respuesta a tu primera epístola. Y es que me exhibes como un fiscal sombrío, implacable, puesto que llamas a mis letras “acta de acusación puesta al día”, “diligencia judicial” y “juicio sumario”, lo que podría influir en espíritus susceptibles, vidriosos, para que fuese a mí al que se colgara “alto y corto” en la horca de la animosidad, porque es difícil reducir a planos ecuánimes, desprovistos de sectarismo, a quienes están habituados a mirar el pretérito por rendijas estrechas que no permiten amplitud de penetración en los panoramas distantes.

Es incuestionable, y tú has atinado al distinguirlo así, que existe un “caso Mariño” fundamental, tanto más atrayente, cuanto que está formado por un concurso de casos accesorios, distintos, de una complejidad extraordinaria y enredados en demasía a fuerza de contradecirse. Entre ellos, además de los que hube de apuntar en mi respuesta anterior, hállanse el “caso Martel” y el “caso Uslar”, que patentes resaltan en el libro de actas del Congreso de Angostura. Un caso es un acontecimiento, una casualidad, un lance o un asunto. De casos de gloria como los

de Bocachica y La Cantaura, y de casos de ofuscación como los de Cariaco y Cúcuta, compuestas están la vida y la obra del hombre de la *Guardia General*. Y he aquí que se me antoja comparar a Mariño, igual que lo haría en tratándose de los otros héroes de la epopeya, con un diamante bien tallado, en el que la profusión de facetas produce el brillo que a la vista seduce por la irisación constante de sus aguas. Salida de manos del artifice, la piedra preciosa, hábilmente redondeada y puesta en engaste de oro cobrizo, en primer término ofrece la mesa, que es la parte principal del labrado, y alrededor de ella, esa serie de cortes proporcionados y limpios que la complementan en contorno. No importa que el diamante ofrezca en su interior diminutos carbones o algún jardincillo, pues su brillantez connatural, crecida por la labor de la talla, disimula lo que en su fondo representa una imperfección. Al recibir la luz, de la gema surgen los colores del iris, entre los que alternan el rojo y el verde, el amarillo y el violeta, el naranja y el azul, es decir, lo vivo y lo pálido, que es lo que constituye la armonía y belleza del espectro solar.

Esta figuración mía pudiera aplicarse a la escritura de cualquier libro de historia. Si tú te propones realizar una obra justa y trascendente acerca del general Mariño, ese sería el procedimiento indicado; y como ya anuncias una biografía del paladín oriental, el habrá de ser la piedra preciosa y tú el lapidario. En trabajos de esa índole, la cuestión es saber tallarlos, saber darles remate, para que los carbones o el jardincillo se vean lo menos posible. Y es por eso por lo que no me parece que haya desacuerdo entre nosotros, como tampoco diferente toque de campanas, según tu propia expresión, puesto que no se siente

la alegría del repique o la tristeza del doble, sino cuando todos los bronces suenan a un mismo tiempo y se percibe claramente la combinación de tañidos, desde el potente de la campana mayor hasta el agudo de la segundilla.

Si no hubiese sido porque tú niegas rotundamente que “Mariño no propuso nunca a Bolívar que se hiciera príncipe soberano”, tildando de falsa la cita que hice de una carta del Libertador, en silencio me habría quedado, poniéndole así fin a nuestra marejada de pareceres y comentarios. Pero tenía que defenderme, que es lo que he hecho desde el principio, de modo de no figurar en posición comprometida ante los venezolanos y ante los demás que hayan tenido la paciencia de leer nuestras largas escrituras. Tú afirmas categóricamente: “no conozco ningún papel –y te ruego indicármelo si existe– en que Mariño aparezca enredado en la aventura monarquista”. Y voy a complacerte, valiéndome del mismo documento bolivariano y de las mismas cartas del general Mariño que lo comprueban, para el propio Páez es la carta de Bolívar, y sin ninguna suerte de rodeos, el héroe exprésale con firmeza: “Usted sabe muy bien que Guzmán no ha ido a Lima sino a proponerme de parte de usted la destrucción de la República a imitación de Bonaparte, como usted mismo me lo dice en su carta, que tengo en mi poder original. Por el Coronel Ibarra y Urbaneja me ha mandado usted proponer una corona que yo he despreciado como debía. Tanto el General Mariño, como Carabaño, Rivas y otros de esos señores, me han escrito en el mismo sentido, instándome a que me hiciese príncipe soberano. Todo el mundo sabe esto en el Perú y Colombia; y, por consiguiente, es una necedad atribuirme un proyecto

tan diabólico, que yo he despreciado como la fiebre de la más vil ambición de unos satélites”¹. Desde Valencia, el general Mariño habíale escrito al Libertador, con fecha 21 de octubre de 1825, en tono muy expresivo: “la carta que nuestro amigo y compañero el General Páez dirige a usted duplicada, por conducto del señor Guzmán, es la expresión de mis sentimientos; por esta razón es que no los repito; ha sido escrita de acuerdo, y así como Páez, yo me refiero en la que se ha duplicado, a lo que Guzmán mismo debe decir a usted. El merece toda nuestra confianza, y como tal lo recomiendo a usted”². Y siete meses después, el 24 de mayo de 1826, ya en Caracas, ratificábase su pensamiento en la forma siguiente: “Ahora me refiero a lo que entonces le dije, asegurándole que para este objeto puede usted contar francamente conmigo, como un amigo y como un soldado”³. ¿Qué le había dicho entonces? Lo que es de deducirse lógicamente. Y respecto a lo que el emisario le dijera a Bolívar, O’Leary, que de aquella maniobra sabía como el que más, consigna en sus *Memorias* que “Guzmán había sido enviado por Páez y su cábala a proponer la monarquía al Libertador”⁴.

Si el genio es la condensación más alta y pura de la verdad, hemos de convenir en que Bolívar no era un embustero, ni mucho menos un impostor. Sus declaraciones no dejan lugar a duda. Y no nos confundamos y engañemos a nosotros mismos, que eso sería restarle valimiento a la urdimbre de la disquisición. Las “ideas

1 *Cartas del Libertador*. t.VI. pág. 718.

2 *Correspondencia*. t. II. pág. 460.

3 *Ibíd.* pág. 461.

4 *Ibíd. Apéndice*. t. III. págs. 77 y 78.

napoleónicas”, “cesaristas” o “reales”, considerada la finalidad que envuelven, diferéncianse muy poco en la forma y a las parejas andan en el fondo. Las coronas fueron siempre coronas, y las de los césares y emperadores, a fuer de mostrarse caprichosas y altivas, lo que hicieron fue patentizar el ensanche de las lindes del dominio y dar a comprender cómo se resume en un solo hombre la omnipotencia del poder.

No fuera de comentarse nuevamente, en virtud de la mengua que significa, lo de la agresión abortada del edecán del general Mariño contra el Libertador en Ocumare de la Costa. Pero he de replicarte que el sargentón alevoso, quizá bastante inconsciente, tenía que participar de la rivalidad de su protector frente a Bolívar, dada su condición de partidario decidido, de guardaespalda fiel, de perro de presa. En aquel hecho, la influencia psicológica se transparenta con toda exactitud. El Libertador expresó que el edecán de Mariño era un pérfido; el *edecán*, como tú lo apuntas. Muy bien. Mas esa perfidia se desprendía de algo más profundo. Nada más preciso y que dé a entender la realidad del atentado. Esa es la interpretación que impone la filosofía de la historia, si es que nos atenemos a los antecedentes y casualidad del suceso. Y el fenómeno histórico es clarísimo: es como el rayo que surge de las entrañas de las nubes.

También me discutes, valiéndote de un argumento muy deleznable, la situación que ceñido a la historia y a la tradición hube de señalarle al general Mariño en Carabobo, y me ha hecho mucha gracia el vocablo de *chicana* que para ello te gastas. No estás conforme con que haya sido su presencia al lado de Bolívar, en el mirador magnífico

de *Buena Vista*, “su única participación” en la lucha admirable. A relucir has sacado la pintura de Tovar y Tovar para rebatirme, como dándome a entender que anduve ligero al fijar en ese sitio al ilustre Jefe de Estado Mayor del Ejército de la Libertad. Sin embargo, no has expuesto ninguna referencia que acredite cualquier otra actividad del neoespartano durante la acción. Libros y papeles viejos he consultado, fuera de los generalmente conocidos, para instruirme en este pasaje; pero nada he podido hallar en ellos. Briceño Méndez, en el parte dirigido al Vicepresidente interino de la República, explica que desde el cerro de *Buena Vista* observaron y reconocieron las posiciones del enemigo, procediéndose inmediatamente a disponer los movimientos militares. Desde esa altura gloriosa, consagrada para la posteridad por el soplo del genio, partieron las órdenes bolivarianas que habrían de culminar en el triunfo; y allí debía de encontrarse el general Mariño, por cuanto así lo requería el cargo que desempeñaba en el ejército. El Libertador no bajó a la llanura sino ya decidida la batalla, sin que se oiga nombrar al héroe oriental hasta el día siguiente, en Valencia, al asumir la jefatura de las tropas vencedoras, de la que le encargó el grande hombre para adelantarse a Caracas con el general Páez. Y en el dibujo de Garneray que existe en la Academia Venezolana de la Historia, ejecutado con ajuste al relato de los sucesos y cuando vivos estaban los actores de aquel día memorable, *Bolívar y su Estado Mayor* —así se lee al pie del cuadro— aparecen situados en la eminencia de *Buena Vista*, que por cierto se destaca muy visible y de proporciones que hacen defectuosa la obra del artista.

Otro de los puntos que me objetas, del que apenas hice mención para determinar elementos de estudio, es el de la Revolución de las Reformas, cuya gravedad entraña responsabilidades tremendas. Allí entra el que yo llamaría “caso Carujo”, que si bien no es fundamental sino accesorio, sirve a descubrir profundidades tenebrosas, porque fue el criminal del 25 de septiembre, el instrumento de que se valieron los revolucionarios para llevar a cabo el golpe inicuo que derrocara al doctor Vargas. Carujo es inseparable de “la revolución mariñista”, como tú la titulas, y lo es aún más, si se tiene presente que consumada por él la agresión incalificable, fue ascendido a *General*, formando parte en seguida del gobierno de hecho establecido por lo insurgentes, en el que figuraron el general Mariño como jefe superior, Pedro Briceño Méndez como secretario general, Diego Ibarra como comandante de Armas de Caracas y Carujo como jefe de las tropas. La arremetida contra el doctor Vargas no tiene justificación histórica, como no sea la de la ambición desmesurada de los militares que constituyen el grupo director de aquel movimiento desdichado. Conviene apuntar que antes de encontrarse Carujo con el Presidente ilustre y sucederse entre los dos la escena dramática que todos conocemos, ya los generales Justo Briceño y Diego Ibarra, por medio de un piquete de tropa que comandaba Navarro, le habían hecho saber “que debía embarcarse ese mismo día, pues el Gobierno había caído por disposición de la fuerza armada”⁵. El doctor

5 Villanueva. *Biografía del doctor José Vargas*. pág. 293.

vargas negóse a cumplir aquella orden usurpadora, fortalecido por su carácter y la autoridad que investía, sin que nada detuviera al general Briceño, nuestro impetuoso conterráneo, para que le comunicase que quedaba arrestado en su casa. Un horror. Y lo lamentable es que hombres de tanto valer y fama como el general Mariño, Pedro Briceño Méndez, Diego Ibarra, Francisco Carabaño, Justo Briceño, José Laurencio Silva, José Tadeo Monagas y Luis Perú de Lacroix, hubieran podido transarse, habida cuenta de las hondas diferencias que entre ellos se interponían de atrás, para dar al traste con las instituciones que antes defendieran, unos del lado de la Gran Colombia y otros del de la República de Venezuela.

González Guinán, al referirse en su *Historia Contemporánea de Venezuela* a la Revolución de las Reformas, deja correr la pluma con honradez y justicia, en términos que con criterio bastante despejado expone: “La revolución de julio, acaudillada por el General Mariño, fue un extraordinario retroceso en el camino de la República, la muerte del poder civil y de la sabia e independiente magistratura, la entronización del caudillaje y la creación del funesto personalismo”⁶. Semejante a este juicio es el del historiador Laureano Villanueva, y Baralt muéstrase igualmente severo contra la facción. Pero esto de los reformistas y las reformas no es materia para tratarse a la ligera, y ya tendrás tú para largo, acaso como no lo imagines, cuando llegues a remover los escombros de aquella conmoción que desquició los fundamentos de la República. Y ahora

6 t. V. pág. 413.

recuerdo tus propias palabras: “escribir la historia, particularmente la nuestra, es cosa complicada”.


No hablemos más, querido Caracciolo, de la cultura de nuestros hombres de armas, ni de lo que aprendieran aquí o allá, pues la cultura comprende desde la de la inteligencia, hasta la que pone de relieve los modales finos de las personas y la manera de expresarse en la conversación. Nuestros militares de la guerra magna anduvieron de continuo de campaña en campaña, de combate en combate, de vivac en vivac, siempre al lado de la tropa y con ella confundidos. Tampoco tornemos a lo de la tardanza del general Mariño para acudir a los llamados encarecidos del Libertador, ya que esa actitud de retardo, de espera, es decidora de una intención que a todas luces se descubre, y más todavía, cuando el jefe margariteño marchaba hacia los valles de Aragua al frente de una fuerza de tres mil quinientos hombres. Menos aun toquemos nuevamente lo del juego, porque si hube de destacar ese detalle en el conjunto personal de Mariño, lo hice tan sólo a guisa de contribución pintoresca y simpática para exaltar su venezolanismo integral, como lo haría con Montilla o Urdaneta, quienes no se paraban en pelillos para satisfacer su gusto y eran maestros en el manejo del *tatuco*.

Pero voy a cerrar estas líneas, no vaya a suceder que me llames importuno. Clarificaciones históricas cordiales, sin ese sabor astringente de la polémica, ha sido las de nuestras cartas. Y que mis *puntos al vuelo*, que tanto te han inquietado, se conviertan en puntos suspensivos.

Tuyo afectísimo,

Eduardo Picón Lares

EL EMBALSAMIENTO DEL CADÁVER
DEL OBISPO ÚNDA

 El embalsamiento de los cadáveres es el arte o conjunto de operaciones destinadas a evitar su corrupción, mediante el empleo de diversas sustancias aromáticas y antisépticas, a fin de lograr su conservación artificial e indefinida”. Gannal en París y Trachina en Nápoles, idearon en 1830 la técnica moderna en tal sentido y usaron soluciones de tierras arcillosas que contenían ácidos sulfúrico y acético. Después, otros científicos emplearon el ácido arsenioso y las sales de zinc, y actualmente se da preferencia al cloruro de zinc, al bicloruro de mercurio y al aldehído fórmico.

Antiguamente no se conocía más que el alcohol como líquido conservador de los cadáveres, no sólo por la facilidad para obtenerlo, sino por su inocuidad para con las piezas anatómicas. Pero tenía el inconveniente de su penetración lenta y de su disminución gradual de fuerza alcohométrica, por lo cual era necesario renovarlo a menudo, al decir de los entendidos en estos menesteres macabros.

El arte del embalsamiento de los cadáveres alcanzó en Egipto su mayor perfección, y pertenecen a ese país las momias que datan de miles de años y se conservan en admirable estado. Por el procedimiento egipcio fueron embalsamados los cadáveres de Jacob y José, según lo asientan Diodoro y Herodoto. Y en ese procedimiento se empleaban el vino de palma, las sustancias aromáticas como la casia y la mirra, el carbonato de sodio, el aserrín

de madera, las resinas, los aceites de cedro y cinamomo, la goma y el betún.

A propósito del embalsamamiento de los cadáveres, hemos de recordar ahora, a los ciento once años de su muerte, el del ilustre guanareño monseñor doctor José Vicente Unda, séptimo Obispo de Mérida, fallecido en la ciudad sede de su obispado el 19 de julio de 1840, después de tres años y medio de meritísima labor episcopal. Y hemos de recordar ese detalle, porque además de haberlo silenciado sus biógrafos, ninguno de los cadáveres de sus antecesores había sido embalsamado, y porque pone de presente uno de los primeros ensayos practicados en Mérida en esa clase de lúgubres realizaciones.

El embalsamamiento del cadáver de monseñor Unda fue dispuesto por los capitulares diocesanos, y hubo de encomendarse a don José María Osorio, caraqueño residenciado de años atrás en la ciudad andina, instruido en varias ramas del saber humano, fundador de la litografía en los Andes y músico notable, quien acompañado de don Pedro Trejo como ayudante, cumplió de la mejor manera que pudo el encargo que se le había confiado.

El triste trabajo se efectuó en el silencio de la noche, a la luz de “cuatro lámparas”¹, y según declaraciones de Osorio y Trejo, el cadáver del prelado fue “echado en carga y media de aguardiente para disecarlo”², empleándose también en su embalsamamiento “dos botellas de espíritu de trementina y dos almudes de cal para encalarlo”³. El

1 Archivo Histórico de la provincia de Mérida. Mortuorias. Bulto número 21, estante número 2, cajón 4.

2 *Ibíd.*


3 *Ibíd.*

cráneo fue aserrado para extraerle el cerebro, y unos peones abrieron el hoyo y enterraron aquella misma noche el cerebro y las vísceras, excepto el corazón, que por mandato del preclaro muerto debía ser llevado a Guanare, su ciudad natal.

Los funerales de monseñor Unda fueron pomposos, y se le sepultó en la antigua capilla de los jesuitas, que con el nombre de Santo Domingo, por haber pasado a poder de los frailes dominicos, servía en aquel tiempo de catedral interina. Allí estuvieron los venerados restos muchos años, hasta su traslación a la nueva catedral, que se construyó bajo el pontificado de monseñor doctor Juan Hilario Boset, octavo Obispo de Mérida; y en 1942 fueron exhumados y traídos al Panteón Nacional, donde reposan cercanos a los del Libertador, en compañía de los de aquellos próceres de la República que yacen en el magno recinto de la inmortalidad. No podía ser otro el destino final de los restos del patriota eminente, del civilizador benemérito, del pontífice insigne.

Monseñor Unda perteneció a la generación venezolana de los fundadores de la República, y en la Real y Pontificia Universidad de Caracas fue condiscípulo de los patricios Juan Germán Roscio, Felipe Fermín Paúl, Ramón Ignacio Méndez, Mariano de Talavera y Garcés y Manuel Vicente de Maya. Y a nuestro juicio, una de las páginas más brillantes de su vida es la de su actitud en el Congreso de 1811, cuando puesto gallardamente de pie, habló contra el regionalismo disgregador y el divisionismo destructor, pronunciando palabras elocuentísimas que merecen ser grabadas en lápida de mármol y expuestas a la vista de la posteridad.

EL PRIMER MONUMENTO ERIGIDO
AL LIBERTADOR EN EL MUNDO

na manifestación que sorprende, por la intención dañosa que la inspira y la cortedad de espíritu venezolanista que envuelve, es la que acababa de hacer pública R.A. Quintero en las columnas del diario caraqueño *El Tiempo*, en un artículo que se dirige a amenguar las glorias nacionales. Con un cálculo premeditado, el articulista trata de echar abajo la verdad histórica, incommovible hasta ahora, en cuanto se refiere a la primacía que le corresponde a la *Columna Bolívar* de Mérida como el primer monumento erigido al Libertador en el mundo.

Lo dicho es suficiente para suponer el antipatriotismo de Quintero, y más todavía, cuando se vale de rodeos que disimulan su actitud para llegar a la conclusión que le interesa. Nada que revele mejor los sentimientos de un hombre de mala fe. Y es por ello por lo que nos hemos visto precisados a salirle al encuentro y a medirnos con él en el terreno del análisis, a fin de desmentirlo como se lo merece y que las cosas queden definitivamente en su puesto.

Dice Quintero, que la Junta de la Capital de Nueva Granada acordó, con fecha 9 de septiembre de 1819, que se levantase una columna a la entrada pública de San Victorino en honor de Bolívar, y da a entender que se levantó e inauguró, echándole mano amañadamente, para justificar lo que pretende, al pasaje de don José Manuel Groot contenido en su *Historia eclesiástica y civil*

de Nueva Granada, en el que se lee lo que sigue: “El paso ecuestre, después de rodear por las calles principales, que todas estaban engalanadas con cortinajes, se dirigió a la Plazuela de San Victorino, donde se habían levantado tres columnas, como emblema de los tres departamentos de Colombia, sobre cuyos capiteles estaban los jeroglíficos simbólicos de cada uno de ellos... El Vicepresidente General Santander, que al rayo del sol brillaba como una ascua por los bordados, charreteras y galones, se desprendió, el primero, del grupo que habían formado los del paseo, y acercándose en su fogoso caballo a la columna del medio, fijó en ella el nombre de Bolívar en letras de oro”. “Este acto se realizó el día 9 de agosto de 1821”, apunta Quintero, y remata con este comentario: “Con él se daba cumplimiento al numeral 5º de los honores acordados por la Junta de Bogotá dos años antes, que ordenaba levantar la Columna en la Plazuela de San Victorino”.

Consigna además Quintero, que “fue nada menos que Francisco de Paula Santander, Vicepresidente en ejercicio de la Presidencia de la República de Colombia, quien inauguró el monumento”; pero como la parte intermedia del pasaje de Groot antes transcrito, dada la abundancia de detalles que contiene, sirve a ilustrar el juicio sobre el punto histórico, lo silencia adrede, sin parar mientes en que a otros pudiera interesar la cuestión. El historiador colombiano refiere en la parte del pasaje silenciado, que “se habían hecho tablados en el triángulo de la plazuela”, y que “las colombianas a competencia, se habían presentado en los tablados llenas de adornos...”. Y los tablados dan luz, como la dan las tres columnas que se habían levantado en la misma plazuela, para llegar a la deducción lógica que impone la filosofía de la historia.

Es indudable que la Junta de la capital de Nueva Granada, acordó que se levantase *una columna* a la *entrada* de la plazuela de San Victoriano en honor de Bolívar, y no *tres*, como *dentro* de ella se levantaron. Es también innegable, que el acto del 9 de agosto de 1821 no fue para dar cumplimiento al acuerdo de la Junta, sino para conmemorar el aniversario de la Batalla de Boyacá. No hemos encontrado ningún documento en el que aparezcan las palabras *inaugurar* o *inauguración*; y el general Santander lo que hizo fue “acercarse a la columna del medio y fijar en ella el nombre de *Bolívar* en letras de oro” que serían más bien de papel dorado, como fijaron también otros jefes militares en las dos columnas laterales “los nombres de los bravos de Colombia”. De modo que el homenaje rendido en la plazuela de San Victorino fue colectivo, que no al Libertador únicamente, apareciendo allí las columnas “como *emblema* de los tres departamentos de Colombia”. Por otra parte, no existe publicación alguna en la que conste haberse levantado “a la entrada de la plazuela de San Victorino” un monumento formal de mampostería, perenne, con la altura y condiciones especiales de esas obras de arquitectura.


No se necesita tener mucho alcance de apreciación, para venir en cuenta de que lo que se hizo en 1819 en Bogotá fue de carácter transitorio, solamente para la conmemoración del aniversario de la Batalla de Boyacá; y tenemos entendido que *las tres columnas* se construyeron de cartón o de madera, de las que llaman de feria o de exposición, habiendo sido removidas al terminar los festejos, como se removieron los *tablados* de que hemos hecho mención. Además, nadie le ha discutido a Mérida

el haber sido la primera en erigirle ilustre monumento al Libertador. Don Tulio Febres Cordero, tan versado en historia venezolana y colombiana, nunca escribió sobre las tres columnas levantadas en la plazuela de San Victorino, detalle que no se le habría escapado. Y don José Manuel Restrepo, en su *Historia de la Revolución de Colombia*, se limita a comentar el decreto del Congreso por el cual se dispuso se “levantara una columna ática en el campo de Carabobo”, desde luego en honor de Bolívar. Si la Junta de la Capital de Nueva Granada acordó erigirle una columna perdurable al Libertador a la entrada de la plazuela de San Victorino, tal acuerdo no se cumplió, como no se cumplió tampoco el decreto del Congreso de que habla el historiador Restrepo.

Errado anda Quintero, cuando afirma que el decreto de erección de la *Columna Bolívar* de Mérida data del año de 1840. Una invención suya. Y ha de saberse de una vez por todas, que el documento relacionado con la columna merideña a que puede apelarse, está fechado a 25 de julio de 1842, y dice así: “Para eternizar el recuerdo de la gratitud de los merideños hacia su Libertador y la memoria ilustre de aquel héroe, se levantará un monumento sencillo y en el lugar de la ciudad que sea más al propósito. Consistirá en una Columna sobre cuya base se leerá: *Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia, nació en Caracas el 24 de julio de 1783 y murió en Santa Marta, de edad de cuarenta y siete años, el 17 de diciembre de 1830*. Sobre la caña se escribirán los nombres de las batallas en que Bolívar venció, y sobre el capitel se colocará la estatua de la Fama con sus atributos y la fecha de la erección de la Columna”.

Ya para terminar su artículo, Quintero, en tono de suma protección, puntualiza: “Tiene pues la *muy noble y leal* ciudad de Bogotá la gloria de haber erigido en el mundo el primer monumento al Libertador. Y confórme-se la ilustre ciudad de Mérida, en nuestros Andes venezolanos, con la de haberle erigido el primero dentro de las fronteras patrias”. Esta explosión de antipatriotismo huele a “tristeza del bien ajeno”, y por el apellido y por todo, no nos queda duda de que Quintero es merideño. El merideño, como lo dijimos en un artículo nuestro, le tiró siempre al ojo al merideño, y Quintero, merideño, por haber sido decretada y erigida la *Columna Bolívar* de Mérida por el gobernador de la Provincia Gabriel Picón, merideño, e inaugurada por él mismo el 17 de diciembre de 1842, le tira al ojo con saña, precisamente a los cien años de haberse efectuado aquel acto patriótico y a los setenta y seis de muerto el héroe de Los Horcones. Pero con Quintero o sin Quintero, la *Columna Bolívar* de Mérida será en el tiempo y en la historia el primer monumento erigido al Libertador en el mundo.

EL FUSILAMIENTO DEL CONGRESO
NACIONAL EN 1848

an venido haciéndose sentir de actualidad, y más todavía cuando estamos en los momentos precentenarios del fusilamiento del Congreso Nacional en 1848, los escritos muy importantes que con el título de *La República de Venezuela* está publicando semanalmente el académico don Eloy G. González.

A propósito de aquella tragedia, que es plancha de acero que pesa sobre la memoria del general José Tadeo Monagas, da cuenta pormenorizada el historiador González del modo como se llevó a cabo la agresión, y al describir el tumulto y la refriega, cita los nombres de los legisladores y ciudadanos que cayeron rendidos ante la instigada furia popular. Toda una vergüenza y un remordimiento, si se atiende a las diversas causas accesorias que se acumularon para que se produjese el suceso principal. Y es que cuando Monagas pudo haber evitado el choque sangriento, lo que hizo fue estimularlo, apareciendo como director velado del ataque, cargo del que jamás podrá libertarse por la actitud que hubo de asumir, denunciadora de su posición parcial frente a los acontecimientos.

Con las miras de contribuir al esclarecimiento de la verdad histórica, bien porque existen papeles que se han olvidado, ora porque conservamos inéditas las declaraciones de uno de los miembros del Congreso, como porque viven en la tradición los dichos que por entonces circularon, vamos a tomar cartas en el vaivén de las opiniones

acerca de asunto tan complejo, no sin adelantar que despojados de todo sentimiento banderizo, sólo deseamos fijar nuestros puntos de vista en los distintos ángulos desde donde se enfoca el fenómeno político.

Durante el período constitucional de 1846 a 1850, concurrieron al Congreso Nacional por la provincia de Mérida el presbítero doctor Ciriaco Piñeiro y Gabriel Picón como senadores, y el presbítero José Vicente Quintero y los doctores Manuel Ponce de León y Pedro Juan Arellano como representantes, todos ellos hombres representativos de los Andes y de mucha limpieza en la honradez y el patriotismo.

Las Cámaras Legislativas se reunieron en medio de un ambiente crítico de tirantez política entre los partidos conservador y liberal. No podía disimularse aquel pugilato del infierno de las pasiones, al que Juan Vicente González atizaba sin cesar con el volcánico furor de su palabra y hacía Monagas que se exasperase con su intransigencia tozuda. En la tercera sesión de la Cámara de Representantes, que se efectuó el 24 de enero, estaban presentes cuarenta y cinco congresantes, y fue entonces cuando el merideño presbítero Quintero, que se destacó con mucho valor en aquella algazara, prodújose en tono bastante hiriente contra las amenazas que habían lanzado algunos militares monagueros y sus ofensas al Congreso. Aquello fue lo suficiente para que la mecha ardiese violentamente, y ya todo fue temporal furioso, marejada incontenible que arrojó con sus olas el arrecife tambaleante de los legisladores. El hecho feroz se había consumado, y sangre, lágrimas y luto se veían por dondequiera.

En la noche de 24, muy a la ligera, arrebatado por la indignación que lo dominaba y sumido en la más profunda tristeza, el senador Picón le escribía a su hermano Juan de Dios, que era Gobernador de la provincia de Mérida, en los siguientes términos: “El pacto social de Venezuela está roto de una manera horrorosa, espantosa, nunca vista en esta miserable tierra. El domingo 22 se instalaron las Cámaras, y el martes, hoy, estando en las deliberaciones, fue atacada y disuelta la de Representantes, siendo víctimas varios de sus miembros y muchos contusos y heridos, entre los primeros, José Antonio Salas, por Maracaibo, y un tal Argote, y entre los segundos, el señor Santos Michelena.

“El Senado se salvó en cuerpo. Mis compañeros pudieron escapar, porque huyeron por el tejado. Varios Representantes y Senadores, yo entre éstos, nos hemos refugiado bajo las banderas de los ministros franceses y de otras naciones. El Gobierno ha exigido que las Cámaras sigan en las sesiones. ¡Qué horror! Y sin embargo, es necesario hacerlo, para evitar mayores males. Se reunirán mañana con mucho trabajo, y Dios, con su misericordia, nos conceda la paz. No puedo escribir más porque he estado dos días sin descansar y me hallo quebrantado”.

Así como Picón le escribía a su hermano Juan de Dios lo ocurrido en el Congreso, escribíale también el coronel Conde Federico Tomás de Adlercreutz, encargado de Negocios de Suecia en Caracas, al Barón de Ihre, Ministro de Relaciones Exteriores de su país, y pintábale el drama inaudito así: “El Congreso se reunió el 20 de enero e inició sus sesiones. El 23 la Cámara de Diputados votó por unanimidad el traslado del Congreso a Puerto Cabello,

por no considerarlo bien seguro en Caracas, y como medida preparativa se acusó al Presidente. El Senado, aunque parecía estar de acuerdo con esta medida, no había votado todavía. El 24 hallábanse las dos Cámaras en sesión en el mismo edificio, pero separadas, a la vez que había cierto número de espectadores exaltados en la barra de la Cámara de Diputados, cuando cien miembros armados de la milicia que se habían reunido ante la puerta de entrada y estaban confundidos con la masa de los espectadores pacíficos, se lanzaron de improviso contra una pequeña guarnición apostada en la puerta: hirieron a algunos de ella, inclusive el Comandante, siguieron adelante e hicieron una descarga a quemarropa a través de las puertas y ventanas interiores sobre los representantes reunidos en masa en las salas de sesiones. Al mismo tiempo, grupos de soldados de milicia, con sus jefes a la cabeza, rodearon el edificio por todos lados y comenzaron una caza a tiros y bayonetazos contra los diputados que se escapaban por los techos e iban a caer sobre el enlosado. El Senado, que no había sido atacado, salió en cuerpo y se rindió ante el Presidente para suplicarle que viniese en persona en auxilio de la Cámara, pero sin lograr inducirlo a ello oportunamente. Personas dignas de fe me han asegurado haberle oído decir al Presidente, durante el tiroteo, que él tenía necesidad de cinco cabezas de las que se hallaban en la Cámara de Diputados y que las contaba fríamente por sus nombres con los cinco dedos.

“Ocho de los representantes de los más honorables han sido muertos; seis heridos, entre los cuales gravemente el Sr. Michelena, que ha desempeñado las más

altas funciones en esta República, habiendo sido Ministro en Londres y últimamente Vicepresidente. Gran cantidad de personas han sido contusionadas al caer de los techos circunvecinos”.

Rica en detalles acerca de los sucesos del 24 de enero es la *Historia contemporánea de Venezuela* por don Francisco González Guinán, y las declaraciones del senador Picón, lo mismo que las del coronel Conde de Adlercreutz, coinciden con las del historiador venezolano en el detalle de que muchos congresantes “se precipitaron por las paredes y por las ventanas para salvarse”.

Hay un adagio muy viejo, el cual sintetiza todo un tratado de filosofía, que dice así: “Voz del pueblo, voz del cielo”. A Monagas se le llamó varias veces con urgencia, con desesperación, para que personalmente acabase con el alboroto, dada la autoridad que invertía y su dominio sobre los liberales; pero como se dijo entonces y se ha perpetuado en la tradición, el Presidente contestó que se estaba poniendo las espuelas para salir a caballo a disolver el zipizape. Y poniéndose las espuelas estuvo hasta que calculó haberse cumplido sus deseos, puesto que llegó al lugar de la tragedia, “con su guardia y alguna fuerza de la permanente, en momentos en que el combate había terminado”. De las Cámaras Legislativas no se veían sino los rastros de la disolución, y su guardia, que apenas alcanzaba a sesenta hombres, estaba completamente vencida.

Ya de tiempo atrás, habíanse establecido en el país las denominaciones de *buenos* y *malos*, que el general Juan Vicente Gómez se encargó de adicionar llamándoles los *buenos* o los *malos hijos de la patria*. En la época de

Páez, los *buenos* eran los godos y los *malos* los liberales, y en la de Monagas, los *buenos* los liberales y los *malos* los godos, así como en el tiempo de Gómez los *buenos hijos de la patria* los rehabilitadores y los *malos* los opositores al régimen gomecista.

En 1850, en un folleto publicado en Nueva York que poseemos, el general León de Febres Cordero, a quien debe creérsele por su honradez y sinceridad, expresa: “Algún acontecimiento grande, de aciaga perspectiva y dilatadas consecuencias, se anunciaba para la reunión del Congreso de 848, por el oscuro horizonte que infundía pavor aun a los que como yo no habían creado aquella densa y pesada atmósfera. Mas confieso que el estado de las cosas no había alcanzado a revelarme como posible una atrocidad semejante a la del día 24 de enero de aquel año, desconocida en los tiempos más bárbaros y no ensayada por los más famosos tiranos.

“Yo, que había estado dispuesto a hacer armas contra el General Monagas desde que abdicó la legítima autoridad con el atentado del 24 de enero; que no había sido alucinado por los actos del Congreso de los días 26 y 27, ni por los demás que le arrancó la violencia, me encontraba robustecido en mis principios por las arbitrariedades que se desenvolvían para marzo de 848, época en que aquel General me nombró Jefe de Estado Mayor del ejército creado para someter los pueblos que, pronunciados contra su autoridad, proclamaban la restauración del orden constitucional.


“No vacilé un momento en renunciar unas funciones que hubieran deshonrado mi carrera. No se trataba ya de servir a una administración en desacuerdo con mis

opiniones sobre puntos secundarios, sino de sostener a un gobernante que sin título legal buscaba su salvación en la abierta y sistemática oposición a los principios conservadores de toda sociedad. Para mí no era dudoso que con la potencia de la autoridad que el General Monagas se proponía rehabilitar, echándose en brazos de las turbas alucinadas, pretendía derribar entero el edificio de las libertades públicas, levantado en la Constitución que por tres ocasiones no había logrado desplomar como jefe de facciosos. Los mismos triunfos obtenidos para enero de 1849, no desvanecían los pretextos de opresión o arbitrariedad”.

Hasta aquí lo que nos revela el general Febres Cordero en lo que concierne al 24 de enero de 1848. Y ya para terminar, oigamos a Juan Vicente González, al incomparable *Monstruo*: “¿No lo veis, no lo veis? Austeros e impávidos los padres de la patria se reúnen; sobre la hermosa Venezuela ven estampada la negra mancha que le impusiera un traidor; el bárbaro tiembla en su presencia y escucha la orden que en voz de trueno le arroja a los bosques de donde no debiera salir...”.

Para nosotros, que hemos ahondado en el carácter y en la actuación militar y política del general Monagas, fue él, impulsado por sus pasiones violentas y sus ambiciones desmedidas, el autor del fusilamiento del Congreso Nacional el 24 de enero de 1848.

EL SESQUICENTENARIO
DEL NACIMIENTO DEL GENERAL
FRANCISCO JAVIER PICÓN

 El tío Francisco, le oíamos decir a nuestro abuelo y a nuestro padre, y así hubimos de continuar llamándole nosotros: el tío Francisco. De Pancho le trataban sus hermanos, y en recuerdo y homenaje a su nombre, hemos tenido otros Panchos entre los Picones. Era merideño, nacido el 3 de diciembre de 1789, en la casa colonial que se alza en la esquina Este de la plaza Mayor de la ciudad de Mérida, hijo del coronel Antonio Ignacio Rodríguez Picón y de la dama neogranadina Mariana González, quienes descendían de conquistadores, colonizadores y gobernantes españoles. Ya se ha cumplido el sesquicentenario de su nacimiento. Pero son muy pocos los venezolanos que conocen al militar Picón, entre otros detalles, porque se marchó al Sur con el ejército libertador desde 1821 y no hubo de regresar a su tierra, además de que ha tropezado con la mala fortuna de no haber hallado historiadores que lo palanqueen en el sentido de levantar su nombre y ponerlo a la altura de sus merecimientos.

Salió Picón de Mérida a guerrear en la *Campaña Admirable*, junto con sus hermanos Jaime y Gabriel, a las órdenes del Libertador, en el batallón de merideños que condujo a la victoria Campo Elías. Gabriel quedó inutilizado para siempre en el combate de Los Horcones, Jaime y Campo Elías sucumbieron en San Mateo, y él, que supo de la muerte de su padre en las pampas de Guasualito, a orillas del río Apure, cuando la emigración sin rumbo del

año 14, pasó después por todas las pruebas y amarguras de la jornada de independencia, hasta el día en que floreció la libertad de América con la caída del último baluarte de los españoles en El Callao.

En el camino de sus andanzas guerreras, que se extendió en dilatadas leguas con escabrosidad de sierra y reverberación de desierto, a menudo le encontramos en todas partes y en casi todos los combates y batallas de la contienda magna. Sus camas, aplicándole la expresión del Quijote, “fueron duras peñas” y “su descanso el pelear”. Así hubo de ganar sus ascensos militares, palmo a palmo y hombro a hombro, al lado de los más valientes oficiales venezolanos del ciclo heroico. Con el grado de Subteniente se le dio de alta en el ejército libertador el año 13, y luego de combatir en la mayoría de los encuentros de armas de ese tiempo y de los años posteriores, alcanzó sucesivamente las presillas de Teniente, Capitán, Teniente Coronel, Coronel y General de la República.

El general Urdaneta quería a Picón entrañablemente, y éste anduvo con él de salto en tropezón en resistencias de sitios, en avances de triunfo y en carreras de derrota y de emigración. Cuando la gran retirada del año 14, que atravesó a Venezuela de punta a punta y también a parte de Nueva Granada, fue Picón de los que salvaron del desastre a las fuerzas patriotas en fuga. En esa retirada magistral, que es modelo de estrategia militar, “habiéndose presentado a impedirla el famoso escuadrón del español José de la Vega entre El Palmar y Buría, fue completamente derrotado por los *Dragones*, que aunque en mucho menor número, tuvieron a su cabeza al mismo General Urdaneta, al Coronel Palacios, al Mayor Ricaurte,

al Capitán Ambrioso Plaza y al Edecán Picón, que pelearon con su acostumbrado valor hasta vencer”¹.

Durante la campaña en los Llanos y Guayana, en distintos lugares y acciones marcha a vanguardia el militar merideño. Reorganizada la plana mayor del ejército de Urdaneta en Pore, allí aparece Picón con el mismo destino de edecán suyo; y ya para el año 19, el general Valdés, que había hecho amistad íntima con él desde cuando fueron compañeros en la retirada de Urdaneta y en todos los azares de la guerra hasta el Orinoco, le escribía a Santander: “Parece que usted se ha olvidado de que ha dejado en Guayana un amigo a quien participarle su llegada, recibimiento y estado de su provincia; pero como dice el adagio: *a espaldas vueltas, memorias muertas*. No, amigo, no acontece así con este compañero que aprovecha la ocasión oportuna del amigo Picón para decirle que por acá estamos buenos”².

Por aquel mismo tiempo, Picón se vio metido en un lío con el padre Blanco por rivalidades de intereses, a propósito de unas ropas, unas carnes en tasajo y unas lanchas, pues el excelente cura militar tenía un negocio con el Gobierno, al que cobraba lo que creía debérsele, y Picón le ganó de mano en una gestión de ventas. Y fue por eso por lo que irritado el padre Blanco, con la intención de mal ponerlo en el ánimo de Santander, le escribía a éste: “El Coronel Moreno y el Teniente Coronel Picón, acordaron consumir un gran perjuicio de

1 Pbro. coronel José Félix Blanco. *Bosquejo histórico de la Revolución de Venezuela*. t.V. N° 17. pág. 539.

2 *Archivo Santander*. t. I. pág. 385.

mi honor y fortuna, un acto de la más negra perfidia e ingratitud”³. Pero fue también por el año 19, cuando el Libertador hubo de recomendar especialmente a Picón al Vicepresidente de Colombia en términos honrosísimos: “Ya usted sabe el estado de la familia Picón, y que ésta es la familia que nosotros queremos por su amabilidad, patriotismo y desgracias. Picón me ha pedido esta recomendación; mi respuesta ha sido que para con usted no la necesita, y yo espero que usted me justifique”⁴. Sin embargo, a la vuelta de algunos meses, Bolívar le recalca a Santander, que “los venezolanos en Cundinamarca no sirven más que para pelear, de consiguiente no quiero que se les dé ningún empleo público, y así se lo dije a Picón”⁵. Ese juicio del Libertador se transparenta en el destino que se le encomendó luego, pues el año de 1820, Picón avanzó de Nueva granada a Venezuela como capitán mayor del batallón Tunja, que comandaba el coronel Francisco de Paula Vélez y por orden general expedida en Trujillo el 18 de enero de 1821, “se dió a reconocer por edecán del General Urdaneta, Comandante en Jefe de la Guardia”⁶. Por eso no concurrió a la Batalla de Carabobo, ya que hubo de seguir a Coro y actuar allí a las órdenes de Urdaneta.

Quizá porque las actividades de Picón habíanse desplegado principalmente dentro del marco del Estado Mayor del Ejército Libertador, adquiriendo allí la

3 Ibid. t. II. págs. 90, 91 y 92.

4 *Cartas del Libertador*. t. II. pág. 122.

5 Ibid. págs. 163 y 164.

6 Woodberry. *Libro de Órdenes Generales de la “Guardia”*.

práctica y eficacia indispensables en ese servicio, con reiterada frecuencia le encontramos en diligencias y encargos de conducir pliegos de órdenes, partes de guerra y correspondencia de otra índole a diversos lugares. Es él quien lleva el parte de Santander dirigido al Libertador, referente a las operaciones militares en Casanare el año 19, y asimismo, el oficial de confianza escogido por Bolívar para poner en manos del Vicepresidente la célebre y trascendental comunicación suya a Páez, escrita en La Magdalena el 7 de marzo de 1826, en la cual rechazaba el monstruoso proyecto de monarquía que le había propuesto por intermedio de Antonio Leocadio Guzmán, hombre perverso y de no muy recomendable solvencia moral. El Libertador le decía a Santander: “Mando a usted esta respuesta abierta, para que usted la cierre después de leída con lacre y un sello cualquiera y que no sea conocido: luego se la mandará usted con toda seguridad al General Páez, de mi parte, diciéndole que la llevó el Coronel Picón que va a Bogotá casi con esta mira”⁷. Y el Vicepresidente le contestaba en abril del propio año 26: “Llegó Picón el día 16 con sus comunicaciones, y ya están dadas las órdenes para el recibo y conducción del batallón Vargas directamente a Caracas, según la opinión de usted y nuestras circunstancias. Me he entretenido con Picón muchas horas averiguándole menudamente por usted, sus ocupaciones, diversiones, y estoy altamente complacido de saber que usted está perfectamente bueno, muy contento y muy obsequiado por sus agradecidos peruanos y bolivianos.

7 *Cartas del Libertador*. t. V. pág. 248.

“No me parece tan fulminante la carta de usted a Páez, como usted pensaba. Que este proyecto desorganizador lo hubiese intentado Páez o se lo hubiera propuesto a otro, sería perdonable; pero de ningún modo lo es proponérselo a usted; a usted, que cien mil veces ha dicho y comprobado que no quiere sino la libertad de sus compatriotas”⁸.

En el momento de seleccionar los jefes que habrían de comandar la división Valero auxiliar del Perú, a la que Bolívar le cambió después el nombre por el de Caracas y que tan bizarramente se batió en el asedio y rendición de El Callao, Picón fue designado para jefe de Estado Mayor General, y al regresar a Colombia en 1826, hubo de ser ascendido a general y nombrado comandante de Armas de Panamá. Allí se estableció desde entonces. Allí echó raíces de familia, de amigos, de política, de tierra como propia. Allí murió. Y cuando la espantosa revolución de Espinar, al hablarle el Libertador al general Urdaneta de aquellos sucesos infelices, así se le expresaba: “Vallarino y Picón, que vienen desterrados, me los ha mandado con mucha formalidad a felicitarme de haberlos despojado de sus destinos y de haber desconocido el gobierno. Esta farsa es lo más sublime de lo ridículo.

“Su mismo edecán, que le ama, me ha dicho mil veces más diabluras de ese barullo que Picón, que viene sentido. El día de la revolución iban matando a todo el mundo y el edecán mismo le apuntó un fusilazo a boca de jarro a Fábrega; pero él gritó diciendo que iba de paz y que le entregaba todo a Esponar: con ésta se salvó, y

8 *Cartas de Santander*. t. II. págs. 193 y 194.

no paró hasta Veraguas, y el temor que tiene es tanto que puede ser que pase a Méjico”⁹.

Espinar se había constituido en instrumento del loco Alzuru, y a propósito de esto decía el Libertador: “¡Dios mío, entre qué gente vivimos! Este héroe flamante ha sido toda la vida la criatura más dulce y más sumisa que pudiera ser, y su timidez era proverbio. Pues bien, ahora tiemblan de él porque realmente manda como Arismendi en el año 14 y los siguientes: echa ajos a los hombres por ristras y se les abalanza con los puños enristrados como que va a boxearlos, de manera que todo el mundo tiembla que dé de trompadas. El coronel de Ayacucho ha venido huyendo, y de miedo: no digo nada de Picón. Mandó fusilar a Argote, Tallaferro y Araujo y como veinticinco caballeros y al mismo Picón. Fueron a rogar para que les salvara la vida; al fin cedió mandándolos desterrados al Sur y otros más cuyos nombres no conocemos”¹⁰.

Por lo demás, el general Picón llevaba al cuello la venera de la *Orden de los Libertadores* y sobre el pecho ostentaba cuatro condecoraciones. Méritos le sobraron para ello; méritos de guerra, que reunió en haz de efectivo valimiento, porque no eran el Libertador y el Mariscal de Ayacucho de los que medallas y estrellas concedían sin que en buena lid hubiesen sido conquistadas.

Ya para el año de 1848, a edad avanzada, Picón, en medio de la pesadumbre y desengaño más profundos, le escribía a su hermano Juan de Dios, quien fue representante de Mérida en la Convención de Ocaña y en el

9 *Cartas del Libertador*. t. IX. pág. 373.

10 *Ibíd.* pág. 174.


Congreso Constituyente de Venezuela en 1830: “Cuando me acuerdo de que yo vi a nuestro buen padre dar cuanto pudo al Libertador el año 13, de sus baúles y sus hatos, para ayudarlo a realizar su gigantesca obra de independizar la América, que le han pagado con la más espantosa de las ingratitudes calumniándolo a diario hasta con ferocidad, lo que pienso es demasiado amargo. Porque esto de América no es Patria ni República, sino una pandilla de intrigantes, de traidores y vagabundos que no piensan más que en la constante anarquía para aprovecharse con el robo, el pillaje y el saqueo de todos modos. ¡Qué infame hombre malo el ambicioso y presuntuoso Santander, que nos dejó tan negra herencia! Y sin embargo hombre tan pequeño moral e intelectualmente, y tan doble y corrompido, tenía la audacia de querer que lo parangonaran con aquel coloso que se llamó Bolívar. Por desgracia, a usted toca parte en la obra de aquel embaucador que fraguó el 25 de septiembre. En la Convención de Ocaña, usted cayó incautamente en el lazo del liberalismo de que era jefe el mal hombre desagradecido, y ya ve los resultados. Supongo que usted se habrá arrepentido, y más, viendo actos como ese del 24 de enero”¹¹. Se refería al fusilamiento del Congreso Nacional en la época de la tiranía de José Tadeo Monagas, el año de 1848.

El tío Francisco fue hombre serio, probo, honorable y caballero, como su gente de Mérida. Por su carácter retraído y su repugnancia a las antesalas palaciegas, no ocupó mejores posiciones en lo militar y lo político. El Libertador le tuvo por uno de sus oficiales de confianza,

11 Archivo particular de Eduardo Picón Lares.

y de codearse hubo con los más distinguidos jefes de la epopeya. Para él, vivo, el sonido de las trompetas y clarines de la *Marcha Triunfal* de Rubén Darío, y para él, muerto, el redoble de los tambores de la *Marcha Fúnebre* de Federico Chopin.

EL PRIMER MONUMENTO A PÁEZ

 érida ha sido la ciudad erectora de los primeros monumentos a la gloria de los libertadores: monumentos a Bolívar, a Páez, a Rivas Dávila, a Rangel, a Campo Elías, al canónigo Uzcátegui, a Justo Briceño, al Soldado Desconocido. Ese aspecto de su linaje caballeresco, siempre alto, ha constituido una de sus originalidades. Y nadie puede discutirle ese pergamino de nobleza patria en el recuerdo y la glorificación de los héroes de la epopeya.

En orden jerárquico, le correspondía al general José Antonio Páez, después del Libertador, el segundo puesto en la perennidad del bronce; y fue Mérida la primera en rendirle ese homenaje, no solamente porque a él se debió en gran parte la libertad e independencia de Venezuela, sino porque en 1814, al vencer a las fuerzas realistas en tierra de los Andes, salvó al general Rafael Urdaneta y a la emigración merideña de los horrores de la guerra a muerte.

Gran prestigio fue el que tuvo el general Páez en el Occidente de la República, y sobre todo en Mérida. Su nombre era y es venerado y enaltecido, no obstante su actitud felona para con el Libertador. Y es que los merideños no han visto en él al reaccionario de 1826 ni al destructor de la Gran Colombia y propulsor del Congreso Constituyente de 1830, sino al paladín de los combates mitológicos y triunfador en la Batalla de Carabobo y en la toma del castillo de Puerto Cabello. Por eso le han

elevado hasta la excelsitud. Y por eso el doctor y General Carlos Rangel Garbiras, presidente del Gran Estado los Andes, con motivo del centenario de su nacimiento, decretó en 1889 la erección del primer monumento a su memoria, el que a toda grandiosidad de apologías, himnos y manifestaciones populares, fue inaugurado el 13 de junio de 1890.

Para levantarle un monumento al general Páez, tratándose de la parte más montañosa y escarpada de la Cordillera, como lo es la de la región merideña, se necesitaba escoger acertadamente el sitio, puesto que de acuerdo con el pasado histórico del héroe y a objeto de ajustarlo al marco brillante de su dilatada acción, debía de ser un campo extenso el señalado a la fijación del homenaje. Un pedazo de pampa era lo que reclamaba el pampero admirable. Y el doctor Rangel Garbiras, ante ese reclamo de inevitable acatamiento, dispuso la erección del monumento perdurable en el Llano Grande, que es una planicie anchurosa situada al Suroeste de la ciudad, frente a la Sierra Nevada. Allí habían entrenado el general Páez y el coronel Rangel, en 1814, los caballos que llevaron después a la Trinidad de Arichuna. Allí habrían de evocar los merideños de ayer, de hoy y de siempre, la vida del lancero verde, que de este color fue por su sabana inmensa y por su esperanza constante de libertad e independencia. Y allí quedaría expuesto a la vista de las generaciones patrias el venezolano símbolo de Venezuela, el que reunió todas las cualidades y defectos étnicos y psicológicos del complejo nacional.

“La Junta Directiva del Centenario de Páez en los Andes, tuvo a su cargo la inmediata dirección de la obra,

que se construyó según el plano trazado por el ingeniero Carlos Alberto Lares; y hay que anotar la coincidencia de que el maestro albañil que construyó la columna, Domingo Manrique, era hijo del maestro Jacinto Manrique, que hacía medio siglo construyó la columna dedicada a Bolívar”¹. Y hemos de añadir que ambas columnas son idénticas, de estilo toscano y de iguales proporciones, sólo que la del Libertador sufrió algunas reformas en 1901 y 1942.

Sobre la columna habría de colocarse el busto en bronce del general Páez, regalado por el Gobierno Nacional a la ciudad de Mérida en 1890, a solicitud del doctor Gabriel Picón Febres. Pero la efigie procera, que fue fundida en los Estados Unidos de Norteamérica y cuyo peso resultó de setecientas libras, “no hubo de llegar oportunamente para la inauguración de la obra”², por la imposibilidad de trasladarla de Maracaibo a Mérida. En el muelle de aquella ciudad pasó diecinueve años, sufriendo las humillaciones y vejámenes más deprimentes, pues por el punto escondido en que se hallaba y sus dimensiones, se la utilizó de urinario público. Y a tal extremo llegaron las irreverencias, que sobre una pared cercana aparecieron un día las siguientes redondillas:

“Muy resignado y contrito,
en un rincón de la Aduana,
el *Catire* paga juntas
las cuentas de *La Cosiata*.

1 *El Lápiz*. Edición del 29 de julio de 1890.

2 *Ibíd.*

“Su purgatorio es muy duro
y la espera más que larga,
y en silencio ha soportado
millones de chorros de agua”.

En 1898, dada la triste situación del bronce ilustre, hubo de publicar *El Avisador* de Maracaibo un suelto de crónica titulado *Busto de Páez*, en el que se lee que “el que permanece arrumbado en el muelle de esta ciudad, perteneciente al Estado Los Andes y que no ha sido posible su traslado porque está enterizo, si con tiempo no resuelven algo favorable se perderá.

“A propósito de esto, sabemos que los señores José María Olivares e hijo, herreros mecánicos domiciliados en esta ciudad, se comprometen a dividir en piezas el mencionado busto, para facilitar su transporte, garantizando que no sufrirá absolutamente nada.

“Ojalá que los interesados en este asunto patriótico pusieran manos a la obra, para ver más tarde el busto del General Páez en el lugar que le han destinado los andinos”.

También en el número 70 de *El Comercial*, semanario merideño que dirigieron y redactaron Miguel y Diego Nucete, en su edición correspondiente al 16 de abril de aquel año, hemos leído la siguiente noticia: “Llamamos la atención del Gobierno del Estado, que está dando pruebas de progreso, sobre el suelto que hemos extractado de nuestro colega *El Avisador* de Maracaibo.

“Verdaderamente grato sería para la ciudadanía de Mérida que el actual Gobierno se interesara por ver de trasladar el busto de Páez a esta capital, y que hasta hoy

permanece en el muelle de Maracaibo, revelando en esto los andinos o poco patriotismo o ningún interés.

“Sabemos, y en otra ocasión lo consignamos en esta publicación, que un patriota ciudadano ofreció traerlo por la vía de Arenales por la módica suma de seiscientos pesos, solamente dividido el busto en dos partes. Ya que los señores Olivares e hijo se comprometen a dividirlo en más piezas, garantizando que no sufrirá nada absolutamente, creemos que no es nada difícil su traslación.

“Ya que según tenemos entendido, el Gobierno del Estado piensa decretar festejos para el 12 de Octubre próximo, a fin de solemnizar la fecha del cuarto centenario del descubrimiento de América, sería muy patriótico y además honroso para el pueblo andino y su Gobierno, inaugurar ese día el monumento dedicado al insigne héroe de cien combates”.

Pero las insinuaciones y alertas periodísticos no llegaron a conmovier al Gobierno, ni tampoco las gestiones de algunos hombres de influencia y del estudiantado merideño, tachirenses y trujillanos, por lo que pasaron muchos años para que pudiera llevarse el busto a Mérida. Al fin, en 1910, próximo ya el Centenario de la Independencia de Venezuela, constituyóse otra Junta Directiva, de esas que nunca faltan en las organizaciones de festejos patrióticos, con el propósito salvador de dar cima a la empresa dificultosa, y venciendo resistencias de todo género, hablando aquí y allá haciéndose al fondo pecuniario indispensable, pudo a la postre realizar su intento. Es necesario consignar, que el busto tenía que atravesar embarcado el lago de Maracaibo, trasladarse del muelle de La Ceiba al ferrocarril Roncajolo, llamado

generalmente *Cacha Floja*, y situado en Motatán, seguir de allí a Valera, Mendoza Fría, La Puerta, El Pozo, La Mocotí, La Vega, Timotes, Chachopo, La Venta, San Rafael, Mucuchíes, Mucurubá, Escagüey, Cacute, Tabay y Mérida, camino todo él fragoso que se andaba a caballo en no menos de cuatro días y sumamente escarpado en la subida del páramo de Mucuchíes.

Por supuesto, se necesitaba de un hombre de acción que le hiciese frente al encargo, y ese hombre fue Cenobio Salas, quien había llevado a Mérida, por esa misma vía, las maquinarias de la luz eléctrica, lo cual se considera hasta hoy como una proeza caminera. El protagonista de la *Historia de los vivos, de los muertos y de los resucitados*, salió a cumplir su cometido con una rastra de madera tirada por bueyes y un número de peones forzudos y tesoneros. Don José Ignacio Lares, para entonces presidente del estado Zulia, radicado en Mérida de mucho tiempo atrás, costeó el transporte del busto hasta Motatán, y monseñor doctor Miguel Antonio Mejía lo recibió allí y lo puso en Valera, donde le esperaba Salas. Y plácenos anotar, como una de las emociones más sentidas de nuestra juventud, que nosotros encontramos el busto del general Páez, en agosto de 1910, cuando por primera vez visitamos a Caracas, subiendo por la cuesta del páramo de Mucuchíes en el sitio de La Venta, muy bien acomodado en su rastra y a todo empuje de viaje hacia la ciudad que le esperaba con una columna de eternidad.


Con música, banderas, discursos y vítores clamorosos se celebró la entrada a Mérida del bronce del *primer lancero del mundo*, como llamó el Libertador al general Páez, y en 1911, uno de los números del programa para

conmemorar el Centenario Magno de la República, fue el de la inauguración del busto viajero en el Llano Grande, en la parte que desde 1890 se llamaba *Campo de las Glorias Patrias*, cuya delineación oficial hubo de señalarse en doscientos noventa metros de largo por doscientos cincuenta de ancho.

Veintinueve años después, en 1940, el Gobierno del estado de Mérida, presidido por el doctor Hugo Parra Pérez, dispuso mudar el busto del general Páez, en el mismo *Campo de las Glorias Patrias*, a otra columna de mejor construcción y belleza que hubo de levantarse en el *Parque de los Pinos*, en el cuartel de la derecha, al desembocar la calle de Independencia en dirección al Oeste. En esa oportunidad, fijáronse en las cuatro caras del pedestal, que está hecho de granito del río Albarregas, altos relieves en bronce de mucho mérito, contentivos de episodios guerreros del famoso paladín. Así quedaba cumplido el último deber de Mérida, siempre pronta a rendirle honores a quienes los merecen, para con el héroe triunfador en Estanques y salvador de la emigración merideña de 1814.

Escoltado por profusos pinos, cuyas copas parecen bayonetas que se alzan al cielo, se ve el busto del *Ciudadano Esclarecido* en su hermoso parque, representando allí, a todo *Campo de las Glorias Patrias*, la expresión de la patria integral, pues fue él, en momento crítico de la historia nacional, el reconstructor de la República de Venezuela en 1830.

LOS CAÑONES DEL 92

ra época de cismas, de veleidades y de mutaciones políticas. Los asaltos al poder y las traiciones se sucedían con insólita demasía. Vivo estaba aún el ejemplo reaccionario del doctor Juan Pablo Rojas Paúl, el tan fustigado *Cara de Gallina*. Y el doctor Raimundo Andueza Palacio, presidente de Venezuela, instigado por sus valedores y mozos de estoque, había roto el hilo constitucional y defraudado las esperanzas del pueblo. La puñalada a la República fue profunda, gravísima, de muerte. Y la guerra civil, ese fantasma de todas las desdichas y regresiones venezolanas, alzaba en la patria su monstruosa bandera de desolación y ruina. Corría el año de 1892.

El Gobierno del Gran Estado los Andes, presidido en Mérida por el doctor Victorino Márquez Bustillos, había jugado en el negocio político con barajas diversas. Apoyado por personajes de valía, entre los que figuraban los generales José Manuel Baptista, Juan Bautista Araujo, Emilio Rivas, José Trinidad Arria y Cipriano Castro, adhirióse primero a las pretensiones de Andueza Palacio, fluctuó luego acerca del camino a seguir, y resolvió por último formar en las filas de la Revolución Legalista, acaudillada por el general Joaquín Crespo.

Dos grandes grupos personalistas se constituyeron por entonces en Venezuela; el *continuista* y el *legalista*. El primero sostenía, contra viento y marea, al gran tribuno venezolano, y el otro se echó ciegamente en brazos del

caudillo guariqueño y le llevó al poder. Hízolo Crespo acaso peor de lo que lo hubiera hecho Andueza Palacio con su reelección, y sucumbió. La Mata Carmelera fue el corolario, en 1898, de la serie de tanteos y pasos de prueba que comenzaron en 1892. Y así lo proclamó el general Ignacio Andrade, de la manera más elocuente, en 1899: “¿Qué hemos hecho? Consumir en pólvora y plomo lo que hubiera servido para promover la colonización y trazar vías de comunicación en todo el territorio nacional; cerrar el horizonte a las esperanzas del crédito; abrumar la contabilidad con un Debe formidable sin compensación en el Haber; consumir la energía pensadora del Gobierno en establecer el equilibrio político, en apaciguar el hondo sectarismo apasionado y rencoroso; prolongar, en fin, un año más los dolores de la patria...”.

A Mérida le tocó desempeñar un papel muy importante en la desdichada contienda de 1892, y en su seno se desarrollaron sucesos y episodios graves y pintorescos con motivo del *continuismo* y el *legalismo*, ya que muchos merideños eran partidarios de Andueza Palacio y no pocos de Crespo. Y sucedió que el Gobierno del Gran Estado los Andes, continuista en un principio, sin esperar el regreso de Caracas del emisario que había enviado a entenderse con el Magistrado Nacional, y precipitado sin duda por el alzamiento de los *Lourdes*, a los que dirigía el general Esteban Chalbaud Cardona, se pronunció de un momento a otro por el *legalismo*, preparóse a la defensa, cometió errores, vaciló, y por supuesto, atrajo sobre sí la consiguiente reacción.

Desde luego, al enterarse el Gobierno Nacional de aquella defección, envió a los Andes fuerzas suficientes

para someter al Gobierno *volteado*. El cuerpo armado se despachó completo, aumentándose en el camino con algunos oficiales y voluntarios de Trujillo. Jefe de las tropas *continuistas* era el general Diego Bautista Ferrer, y el doctor Márquez Bustillos, rodeado de toda suerte de dificultades, no tenía en Mérida más mando que el de la escasa guarnición existente en la plaza y el de unos cuantos reclutas armados con escopetas y cubanos. Trabajo le estaba costando el salir airoso del berenjenal en que se había metido.

Después de marchas seguidas y forzadas y de uno que otro tiroteo por el camino, como el de La Mocotí, presentáronse las tropas *continuistas* en el punto llamado La Mesa, desde donde se domina a Mérida por el Norte. Y se presentaron allí, después de faldear el cerro de La Cruz por detrás de San Mateo, porque el Gobierno volteado había hecho derribar todos los puentes sobre los ríos Chama y Mucujún, casi invadables por aquel tiempo, con el objeto de impedir el fácil acceso de los *continuistas* a la ciudad. Mérida había quedado sitiada. Y ni pan, ni sal, ni velas, ni mayores recursos de otra clase existían en la ciudad como para hacerle frente a las circunstancias. El sitio fue duro, y aunque no muy largo, los merideños sufrieron sus rigores y el inmediato malestar de sus consecuencias.

El general Ferrer, que de La Mocotí regresó herido a Valera, le había encomendado el mando de las tropas al general Rafael Planas, jefe de Estado Mayor, mientras él se reponía y tornaba a su puesto; y el general Planas, con mucha actividad y disposición, ordenó montar sus cañones y distribuir sus tropas en La Mesa y a las faldas

del cerro de La Cruz, mirando unas hacia Mérida y otras hacia las vegas del río Mucujún y la cuesta de El Valle. En este punto tenían los *legalistas* sus primeras avanzadas, al mando del general Bartolomé Calderón, que fue el que rompió los fuegos, saliéndose de las órdenes que se le habían dado. Por supuesto, al verse atacado, el general Planas respondió inmediatamente con el tronar de sus cañones y el estrépito de su fusilería.

Tiros aquí... Tiros allá... Los *legalistas* de Mérida, que se encontraban seriamente comprometidos, no hallaban los medios para intimidar al enemigo y hacerle comprender que se las estaban entendiendo con gente brava, provista de elementos de guerra y dispuesta a combatir hasta lo último. Pero la mente se aguza ante el peligro, y surgió la providencia salvadora. Cinco años antes, en 1887, se celebró en la capilla del Carmen un solemne funeral por los italianos fallecidos en Dogali, y con tal motivo, la Colonia Italiana había hecho fabricar un cañón de madera, pintado de gris, que parecía de verdad, para adornar simbólicamente el catafalco. Guardado después el cañón en un cuarto de cachivaches de la Universidad de Los Andes, fue restaurado en 1890 para erigir un trofeo cuando se conmemoró el centenario del natalicio del general José Antonio Páez. Alguien se acordó en aquellos momentos conflictivos de la histórica batería de madera, y el general Eliseo Araujo, que comandaba dos pelotones de soldados en la planicie de La Columna y era hombre de oportunos golpes militares, mandó a buscarla en seguida, a fin de combinar una estratagema.

No tardó mucho en llegar el cañón de madera, conducido por los estudiantes universitarios, al que el general

Araujo hizo montar a la vista del enemigo, en la parte más saliente de la barranca. Imitáronse las balas con naranjas verdes, barnizadas con tinta de imprenta, las cuales se colocaron cerca de la batería en forma de pequeñas pirámides. En seguida, el valiente trujillano ordenó que le trajesen ligero unos tantos *truenos* o *cluecas* de pólvora de mecha larga, y ya todo listo, comenzó a funcionar el cañón. Los *truenos* o *cluecas* se ponían sobre la sabana y la mecha se llevaba a la parte trasera de la cureña del cañón. Allí se encendía con la candela de un tabaco, y la detonación se producía violenta y estruendosa.

Cañón aquí... Cañón allá... El bombardeo se había establecido con intensidad. Un espectacular duelo de artillería de montaña. Perforadas por las balas de los cañones verdaderos, cayeron las paredes de la antigua casa colonial que existía en la bocacuesta de Belén y el techo de la casa de La Barinesa, en el propio corazón de la ciudad, donde quedó destruido, en la sala, el telescopio del presbítero doctor José de Jesús Carrero, deán de la catedral. Pero de repente, sin que mediase un acto de heroísmo ni de valentía, notaron los *legalistas* que las dos baterías de los *continuistas* eran arrastradas hacia el lado opuesto del cerro de La Cruz, como para ponerlas a salvo. Y fue que el general Planas, al ver el fuego sostenido del cañón de madera, mandó retirar los suyos, no fuera a suceder que quedaran allí inutilizados.

El caso es rigurosamente histórico, y un cañón de madera, un perfecto eunuco para la guerra, se había hecho respetar por cañones auténticos de esmerada factura europea. Con todo, los *legalistas* tuvieron que rendirse, y vino el tratado que le puso término a las hostilidades.

El general Planas, más político que militar, negoció la capitulación con el Gobierno *volteado*, y las tropas *continuistas* entraron a Mérida con el mayor orden.

El mismo día llegó a la ciudad el general J. M. García Gómez, delegado nacional, al que salieron a encontrar los *continuistas* y los *legalistas*, y en la noche le llevaron una serenata. Muy animada estuvo la reunión. Y fue entonces cuando supo el general García Gómez, con harta sorpresa y no menos desconfianza, lo de la estratagema del general Araujo, exclamando socarronamente con aquella risa franca que le caracterizaba:

—Miren ustedes a los *legalistas* como también tienen sus puntas. Hicieron lo del burro filósofo: sacaron su cañoncito, pero no para atacar, sino para que no los atacasen a ellos. ¡Está buena la broma!

A lo que le respondió Gabriel Dávila Pino:

—Sí, General, una chanza pesada que no debe dar lugar a equivocaciones, porque los merideños, *continuistas* o *legalistas*, cuando la oportunidad se les ofrece o la persiguen, sacan el cañón de verdad, con balas y todo...

La música y la fiesta continuaron hasta avanzada la noche. Hubo copas y más copas. Y los *continuistas* y *legalistas* bebieron juntos, pero no confundidos.


Al poco tiempo triunfó la Revolución Legalista. El general Crespo ocupó a Caracas sin que se le opusiera resistencia. Y los *continuistas* y *legalistas* de Mérida tornaron a beber juntos, pero ya confundidos. Se habían entendido para la repartición de los destinos públicos. Y fue entonces cuando Antonio Balseca, que era uno de los

tipos más populares de Mérida, se encaminó a la esquina de la Casa de Gobierno y voceó allí con palabra vibrante:

–Señores: el triunfo de la Revolución Legalista ha sido un engaño más. Estamos como antes y como siempre. ¡A este país no lo compone nadie!

Y dos agentes de policía lo prendieron y lo llevaron a la cárcel, donde pasó ocho días en el calabozo llamado *El Tigrito*.

UNA CARRETERA Y EL CAMINO
DE “LOS CALLEJONES”

na de las obras de mayor importancia y aliento, de clara visión venezolana, de vastos alcances políticos y económicos y de incalculable utilidad para muchos pueblos de la República, es la de la construcción de la vía carretera que habrá de establecer una comunicación directa y pronta entre los estados Mérida y Barinas. Es obra grande. Es obra costosa y de ejecución ardua y acaso un poco tardía. Es obra concebida con altura de pensamiento patriótico. Y es ella una de las que se hallan comprendidas en el extenso plan de obras públicas nacionales del presidente de la República, general Isaías Medina Angarita, para el período constitucional de 1941 a 1946.

El altiplano andino y el plano bajo de los llanos de Venezuela, que son frío y calor de cero y de cuarenta grados en nuestro país, en contraste de climas, de aspecto físico, de producción natural, de hábitos de vida y aun de carácter, demandaban un acercamiento fraterno de la cobija y del chinchorro, de la espiga de trigo y de la jícara espumosa de leche, del frailejón y del chaparro, de la nieve y del horizonte reverberante de sol. Y esa demanda va a quedar confundida en día ya no lejano en un solo bloque de empeño, de superación y de futuro venezolanista, pues como lo ha hecho ver el general Medina Angarita, casi en forma gráfica por la claridad y concisión de su pensamiento, “en materia de vías de comunicación, es menester distinguir entre los objetivos

inmediatos y los remotos, entre lo que ha de darse a la Venezuela presente y lo que ha de necesitar mañana la Venezuela que está creciendo con nosotros; pero en el bien entendido de que no se excluyen estos propósitos sino que, por el contrario, imponen continuidad y coordinación. Por ahora, la mayor parte de nuestra población se concentra en las regiones montañosas, que con interrupciones, se extienden entre la costa y la llanura interior. La accesibilidad de esta zona ha de ser el primer objetivo de un plan de vialidad venezolano, así como su fácil conexión con los puertos y con las llanuras”. Certeramente, con pupila avizoradora, el Jefe del Estado ha penetrado en ese panorama de dilatadas dimensiones, que es todo nuestro panorama nacional, en lo que concierne al punto céntrico de lo que habrá de constituir el motor vital de la empresa constructora, ya que ella representará el fundamento inconmovible sobre que ha de asentarse el progreso y prosperidad de distintas regiones de la República.

Próxima está la hora en que de madrugada a madrugada y de atardecer a atardecer, el trato de andinos y llaneros habrá de condensar la mejor fórmula de la patria grande. Los hombres de la altura se estrecharán íntimamente con los hombres de la pampa. Y no será mucha la tardanza, como que no pasará de tres años, para que el andino pueda colgar su cobija en la estaca de vera del caney pampero y el llanero su chinchorro en las varas del rancho parameño.

Todo esto era un deseo que se arrugaba en ceño de espera en todo un pueblo desde hace muchos años, nada menos que desde los ya distantes de la Colonia. La falta de caminos fue la causa de ruidosos fracasos y de considerables pérdidas en las actividades de la agricultura y

la ganadería de los andinos y los llaneros. Cuántas veces los españoles, por esa valla infranqueable de los malos caminos, sufrieron derrotas sin cuento y estuvieron al borde de la muerte en sus viajes de negocios a las llanuras venezolanas, como lo estuvo el capitán Alonso Jimeno de Bohórquez en 1662, quien fue derecho a la ruina e iba perdiendo la vida en una saca de ganados mostrencos de los llanos de Orú que no logró conducir a Mérida. Desde entonces, la preocupación constante de los pobladores de la montaña y del llano ha sido la del camino de Mérida a Barinas, que nunca fue otro que el sombrío de *Los Callejones*, llamado así a través de todos los tiempos.

A saltos de siglos, sin que en él se haya introducido variación que valga la pena, nos tropezamos a cada instante con el camino de *Los Callejones*. En un informe que en 1803 hubo de dirigirle monseñor Santiago Hernández Milanés, Obispo de Mérida, al Gobernador y Capitán General de Venezuela, a propósito de que los llaneros aspiraban a la erección del Obispado de Barinas, le manifestaba que éstos apoyaban su petición en “que ni antes ni después de erigido el Obispado de Mérida vieron ni tuvieron obispo alguno, ni lo esperaban tener ni ver en lo sucesivo, interín Barinas dependiese de Mérida, cuyos prelados rara o ninguna vez los visitarán por lo fragoso y áspero del camino” y por “lo arriesgado de *Los Callejones* que dividen ésta de aquella provincia”, además de “los muchos páramos que median entre las dos ciudades”, agregando que “el camino de Mérida a Barinas es de cuatro a cinco días”¹.

1 Archivo Nacional. *Copiadore de correspondencia del obispo Hernández Milanés*. fol. 45 vuelto y siguientes.

No obstante lo expuesto, al referirse el obispo Hernández Milanés a don Fernando Miyares, antiguo comandante militar y político de Barinas y luego gobernador y comandante general de la provincia de Maracaibo, consignaba que éste, “si rehusa informar al Rey acerca de la erección del Obispado de Barinas”, le dirige en cambio “un escrito prolijo en el que manifiesta su amor entusiasmado a la provincia de que fue como el fundador, razón bastante para desearle todo el aumento. Mas nunca pasó *Los Callejones*, y con todo afirma que la naturaleza ha hecho inaccesible su tránsito, superior a toda exageración e incapaz de remedio”, cuando “si en los doce años de su gobierno hubiere intentado alguna composición aunque corta de tales caminos, a que contribuirán algunos amantes del bien público, estuviera vencida la difícil controversia actual sobre si dichos *Callejones* son o no capaces de alguna enmienda y para acreditar que sus precipitadas piedras y cortaduras han sido la causa de que desde los tiempos más remotos hasta el presente no haya pasado un obispo a visitar la jurisdicción de Barinas”. Y preguntaba el prelado: “¿Cómo quedarían si se gastasen prudentemente cuatro mil pesos para dichos caminos? ¿Qué utilidades no resultarían a las dos provincias con el mutuo comercio? Ya lo conoce y confiesa el Cabildo de Mérida, en su oficio dirigido al Cabildo de Barinas, con el ánimo de unirse los dos a una obra tan útil como necesaria”².

Mucho tiempo después, en febrero de 1847, el ilustre civilizador Agustín Codazzi, quien ejercía el cargo de

2 Ibid.

Gobernador de la provincia de Barinas, rendía al Gobernador de la provincia de Mérida un informe extensísimo y luminoso acerca del camino de *Los Callejones* y de la pica que él mismo abriera, con la cual se daba comienzo al proyecto que alentaba de la construcción de una nueva vía, a fin de evitar en lo posible el paso por el viejo camino infernal. Al tratar del punto en que culminaba su afán, el excelente corógrafo escribía así: “Observé con la mayor escrupulosidad el camino de *Los Callejones*, y en las nueve lomas que atraviesa, se ve claramente que no es posible llevarlo de un modo que siga con una línea de poca inclinación descabezando las quebradas, o bien atravesándolas y aprovechando las sinuosidades del terreno en todos sus pliegues, a causa de lo escarpado de sus costados, pies y cimas; y también por la peña viva que se presenta en masas enormes, desnudas a veces de toda vegetación.

“Por esta razón es que el camino actual va subiendo por el costado de las lomas, hasta llegar a cierta altura que al opuesto le pueda proporcionar una bajada, y como la elevación es casi siempre de quinientas a ochocientas varas, y el terreno tiene una inclinación de 60 y más grados, resulta que sólo por medio del zigzag se puede subir. La calidad del piso deleznable, casi en su totalidad, y las dificultades de los peñascos, son causa de que los trozos que en forma de zeta suben, no pueden ser tendidos porque todo se confundiría, y las aguas se llevarían la poca tierra que tienen; tampoco pueden ser largos, por razón de las grandes peñas; así es que son cortos, y tan inclinados, que a veces un paso de camino da uno de altura, y generalmente dos del primero dan

uno de la segunda. Con un declive tan áspero, las aguas corren por el estrecho caminito con la rapidez de un torrente, llevándose las pocas tierras y el cascajo menudo, quedando sólo las piedras sueltas de diversos tamaños y las peñas desnudas que en forma de escalones presentan a veces un paso de camino por dos de altura.

“He aquí la causa de que las aguas robando, diremos, las tierras progresivamente, hayan formado unos zanjones profundos, que con sus paredes de un terreno de poca consistencia, amenazan en tiempo de lluvias, sobre todo, sepultar vivos a los pasajeros; este es el origen del nombre de *Los Callejones*. Son ciertamente susceptibles de mejoras y se pueden evitar algunos ya muy profundos; pero como el terreno es de la misma calidad y la estructura de la loma no permite ir por ella sino en zigzag, resultaría que se formarían pronto otros nuevos. Lo peor es que siempre habría subidas y bajadas muy pendientes, porque no es posible otra cosa, a menos que se destinase medio millón de pesos para superar los grandes obstáculos que presenta la peña pura y lo escarpado de ella, o los terrenos que a veces son inaccesibles, hasta para el hombre que quisiera trepar por ellos a gatas, apoyándose con ambas manos y con esta suma sólo se abriría una estrecha senda”³.

Concluye Codazzi en “que el camino se podría hacer con sólo 21,508 pesos” aunque “se deben presuponer los 30.000, de los cuales tocarán a cada provincia 15.000. Y ¿qué es esta pequeña cantidad, comparada con las ventajas que producirá un camino semejante?”⁴.

3 Exposición del Gobernador de Barinas al de Mérida. 1847.

4 *Ibíd.*

Más tarde, en agosto del propio año de 1847, Codazzi reiteraba y encarecía al Despacho del Interior y Justicia, con el espíritu sinceramente venezolano de que estaba mimado, que era necesario llevar a cabo esa obra “de grande trascendencia para la agricultura y comercio, y que sobre todo levantará el estado de abatimiento y prostración en que se encuentra esta ciudad, que ha hecho tantos sacrificios en la guerra de independencia y que aun no ha podido salir como otras de en medio de sus escombros. Esta Gobernación, interesada en el bienestar general y pública prosperidad, se atreve a elevar su voz para que, transmitida por órgano de V. S. y recomendada por su acendrado patriotismo y conocido interés por el progreso de la Nación, consiga que se atienda a una empresa para la cual he mandado ya los planos y presupuestos correspondientes y que debe considerarse de preferencia, porque pone en comunicación dos capitales de provincias separadas por la más alta e intransitable cordillera de Venezuela”⁵.

Pero las gestiones de Codazzi no alcanzaron el resultado que él se proponía. Sus voces de ruego se perdieron en el vacío, en lo que no responde, habiéndose olvidado bien pronto su proyecto. Y no fue sino en junio de 1855, cuando la Diputación Provincial de Mérida hubo de disponer que del fondo general de caminos se destinase la suma de dos mil pesos para la reparación del camino de *Los Callejones*, y esto, a instancias repetidas del Concejo Municipal de Mucuchíes y en vista de que la Diputación Provincial de Barinas había decretado una cantidad para la apertura de la referida vía.

5 Archivo Nacional. Sección Interior y Justicia. Papeles sin catalogar.

Seis meses después, en atención a que la cantidad erogada “no era suficiente para dar cima a la obra”, en virtud de que “quedaba por arreglarse una fracción de ella”⁶, los legisladores merideños acordaron asignar novecientos pesos más para ser invertidos en la terminación del camino. Pero no eran esos los propósitos de Codazzi, puesto que lo que hubo de efectuarse se limitó a una reparación que acaso no resistiría a la entrada de las lluvias y habría de convertirse en tierra disuelta en agua que se desbordaría peñascales abajo. De modo que el luchador esforzado y perseverante había perdido su tiempo, como perdió, por haber sido rematada en subasta pública, la existencia que le quedaba de unos tantos ejemplares de su admirable *Geografía*, pues fue conminado a pagar el préstamo que le había hecho el Gobierno Nacional cuando dio a la estampa ese libro y la *Carta de la República*, que son de los timbres más altos de Venezuela científica e intelectual. Triste suerte la de los hombres ilustres en nuestro país. Y sin embargo, si es cierto que su pica laboriosa, la que tantos desvelos y trabajos le había costado, se quedó muerta y enterrada en los desfiladeros del monte por espacio de noventa y seis años, lo es no menos que está resucitando con el nuevo régimen político venezolano, porque Codazzi será siempre en la patria un hombre vivo y joven, aunque vaya a cumplirse el sesquicentenario de su nacimiento y pasen sobre él los siglos y las generaciones con su pesada carga de indiferencia y olvido.

6 *Código de las ordenanzas, decretos y resoluciones de la Diputación Provincial de Mérida*. Edición de 1856. págs. 171 y 246.


Ha coincidido el general Medina Angarita, cuando prevé que no se debe “olvidar la apertura de una vía que, al llegar a las puertas de Guayana, ponga al venezolano en presencia de la más fecunda empresa de colonización interior que pueda ofrecerle el porvenir”, con la apreciación de Codazzi contenida en el informe citado al Gobernador de la provincia de Mérida, pues en él opina que el camino que parta de Barinas a Mérida, “refluirá más tarde en beneficio positivo de la Provincia de Guayana, porque se comunicará más pronto de lo que lo hubiera hecho, y en competencia con Maracaibo y Puerto Cabello, hará animar más las empresas agrícolas, y de consiguiente, habrá más rotación en los cambios y más provechos para el comercio en general”.

Según datos que hemos obtenido en el Ministerio de Obras Públicas, actualmente se está practicando el trazado definitivo de la carretera y va quedando replanteado su eje. Esta labor terminará pronto, y así quedará hasta que el Gobierno Nacional decida emprender la construcción de la vía, que depende del decreto ejecutivo que se dictará próximamente. La longitud de la carretera de Barinas a Apartaderos, que es donde desemboca a la carretera trasandina, será más o menos de ochenta kilómetros, de los que están estudiados cuarenta, y se hará su recorrido en dos horas y media. Y hemos de anticipar que dos problemas capitales se resolverán de inmediato al darse al servicio la importante vía de comunicación: el de la harina de trigo, el papelón y las menestras en Barinas, y el de la carne, el pescado y el queso en Mérida, y ello, a base de precios reducidos y de intercambio comercial constante entre ambas regiones.

El día que se inaugure la carretera de Barinas a Apartaderos, la fiesta será grande, más grande que la del petróleo, porque el camino es lo que perdura, lo que acerca, lo que le da vida propia a los pueblos, y el petróleo lo efímero y perecedero. Ese día los andinos y los llaneros se echarán al lomo y al anca del caballo del escudo patrio, del que ha podido con todo y con todos en la formación de la nacionalidad, tan sembrada de distintos accidentes. El galope de *Palomo Blanco* se sentirá entonces con sonido de bronce en los ámbitos de Venezuela. Y andinos y llaneros, con los cabellos vueltos frente atrás por el viento, repartirán por dondequiera las espigas de la abundancia que están amarradas en el cuartel rojo, las flores y los frutos de las cornucopias y las palmas del verdadero triunfo, que fue por el que lucharon las armas venezolanas en la guerra de independencia. Un solo grito resonará en el acto espléndido y trascendental, pregonero de la libertad dentro del orden y de la independencia económica que le dan a los pueblos el trabajo en el campo y el transporte fácil. Y así habrá de cumplirse el pensamiento del Libertador en una carta para el general Páez: “Sobre su proyecto de caminos, haga usted ese importante beneficio al país. La causa de la pobreza está en la decadencia del comercio, y por consiguiente, de la agricultura. Y con estas y otras obras se inmortaliza el nombre de los magistrados”⁷.

7 Cartas del Libertador. t. IX. pág. 172.

EL MARISCAL SUCRE EN LA PLAZA
DE MILLA DE MÉRIDA

l primer monumento erigido al mariscal Antonio José de Sucre en Mérida, a fines del siglo XIX, se debió a la iniciativa del doctor Atilano Vizcarrondo, presidente del Gran Estado los Andes en 1895, cuando se conmemoró el centenario del natalicio del héroe.

La plaza de Milla, situada al norte de la ciudad, era por entonces un potrero público, y en ella pastaban las bestias y vacas de los milleros, aquéllas, amarradas a estacas que sobresalían por todas partes, y éstas, andando por dondequiera a su antojo. Esa costumbre venía de la época colonial, y el doctor Vizcarrondo dispuso construir allí aceras en cuadro, avenidas diagonales y transversales, una escalinata frente a las calles de Independencia y Ricaurte y una columna en el centro, sobre cuyo capitel se colocó un pequeño busto de bronce del egregio cumanés, el que fue reemplazado a poco con otro de mármol de mayores dimensiones.

Esta escultura del mariscal Sucre, en la que abundan detalles excelentes, es una de las mejores que existen en Venezuela, pues está cincelada con mucha maestría estatuaria. El héroe aparece trajeado de lujoso uniforme, ensortijado el cabello, la mirada aquilina, atrayente el semblante, dada la expresión de hermosura y majestad que lo anima, y el conjunto del mármol es de una gallardía perínclita. Una verdadera obra de arte. Y en las cuatro caras del pedestal, fijas con tornillos de cobre oxidado, se

ven cuatro lápidas conmemorativas, en tres de las cuales se leen los nombres de sus grandes batallas y combates, y en la otra el recordatorio del homenaje rendido a su memoria por el Gobierno y pueblo de Mérida, precisamente al exaltarse la fecha en que abrió la luz de su destino para iluminar las sombras de todo un continente.

En Mérida fueron rumbosísimos los festejos en aquella oportunidad patriótica, y la ciudad histórica hizo gala de su tradicional cultura y señorío. Hubo recepciones en la Casa de Gobierno, actos religiosos en la catedral, parada militar en la plaza Bolívar, paseos cívicos, ofrendas florales, veladas literarias, desfiles de las escuelas y de los estudiantes universitarios, bailes, corridas de toros, retretas, fuegos artificiales, globos y la mar de diversiones. La población se veía embanderada de un extremo a otro, y eran muchos los gallardetes, guirnaldas y festones de rosas y laureles que engalanaban los templos y las plazas públicas. El alumbrado de la torre de la catedral y el de la fachada de la Casa de Gobierno, consistía en candiles de aceite de corozo en cáscaras de naranjas, porque algunas plazas y casi todas las esquinas contaban con faroles alimentados con *kerosén*. En los portones y ventanas de las casas ardían las antiguas luminarias, cada una con su vela de esperma o de sebo. Y fue entonces cuando los músicos de la Banda del Estado, que dirigía el catalán Mateo Trobat, estrenaron un pomposo uniforme de casimir azul con botones dorados, el que vestían muy orondos Fermincito, Silverio y Ventura Uzcátegui, Laurencio y Rafael Picón, Arnoldo Plaza, Francisco Pico, Salomón Acero, Rosalino Rangel y Atilio Contreras Varillas, quienes a fuerza de tocatas

y trasnochos, tenían los labios hinchados y los ojos al cerrárseles de sueño.

Algunos de los discursos que se pronunciaron entonces, que constituyeron como una suerte de justa oratoria, son de fama: el del doctor Gonzalo Picón Febres en la plaza del Mercado; el de don Jacinto López en el Colegio Nacional de Niñas; el del doctor Tulio Febres Cordero en la inauguración del monumento al mariscal Sucre; el del doctor Juan N. P. Monsant en la Universidad, y el del general Juan Ignacio Aranguren en la velada literaria del Colegio San José. Tiempos eran de pulidas letras, y los discursos se decían de memoria, porque al auditorio le resultaba inmensamente cursi el que los oradores sacasen un papel del bolsillo y se pusieran a leerlo en actitud de muñecos inmóviles, como ahora se estila de manera tan chirle y menguada. La oratoria se entendía como ella es y debe ser para que produzca sus efectos: arrogancia en la tribuna, voz sonora y hábilmente modulada, declamación correcta, destreza en los gestos y ademanes, expresión viva en la mirada, armonía en los períodos, donaire en la acción, en fin, asociación de todo lo que se necesita para que haya elocuencia en la figura y la palabra. Aquellos discursos corren insertos en el grueso libro que publicó don José Ignacio Lares con el título de *El centenario de Sucre en los Andes*, el que quizás desconocen las modernas generaciones venezolanas.

Una vez pasados el entusiasmo y el ruido de las fiestas, el mariscal Sucre se quedó solo en su plaza nueva, colorada de ladrillos recién cocidos y verde de sabana de *remolino* y de *jegüey*. El, que vivo había admirado la Sierra Nevada en 1820, la miraba fijamente en 1895, ya

muerto y cincelado en piedra blanca, como tratando de descubrir en sus entrañas el secreto de todas las alturas y de todos los silencios.

No obstante las obras realizadas en la plaza de Milla, las bestias y las vacas de los milleros continuaron pastando en su sabana, porque al doctor Vizcarrondo se le fue por alto hacerle poner una verja de hierro que les impidiese la entrada. Aquellos animales, que hallaron cómodo para echarse el enladrillado que circundaba el monumento erigido al mariscal Sucre, allí dormían, de donde la inmundicia que dejaban se hacía sentir a distancia con una intensidad penetrante y repulsiva.


Una mañana, que fue de las primeras del presente siglo, el busto del mariscal Sucre apareció con un sombrero de cogollo hundido hasta las orejas, bien calada una ruana de encerado sucio, a la espalda una capotera de fique, sostenida de los hombros con un ancho pretal, y al pecho una banda de papel de estraza que así decía: *Si el Gobierno y los ciudadanos no le ponen coto a las bestias y vacas que moran en esta plaza, yo me voy de aquí y no vuelvo más nunca... ¡Reclamo consideraciones que merezco!*

Madrugadores como son, los milleros asomáronse temprano a los portones de sus casas, y sorprendidos por la indumentaria grotesca que exhibía el busto del héroe, armaron el consiguiente revuelo, que en seguida trascendió a todas partes de la ciudad. Y si en el primer momento causó hilaridad aquella demasía salvaje, luego surgió la más resonante protesta. Jamás se supo si fue un partidario de los *Gavirias* o de los *Cerradas* el de la ocurrencia infeliz, aunque las sospechas recayeron sobre

un pulpero chusco y un leguleyo de baja estofa que cerca de la plaza vivían. Pero es lo cierto que a partir de aquel día, gobierno y pueblo, unidos en acción conjunta, se propusieron acabar para siempre con las bestias y las vacas que tenían su cuartel general en la plaza de Milla. Y desde entonces, convertida en hermoso parque, que es de los más floridos de Venezuela, cambiósele el nombre del español don Juan de Milla, primer poblador de la parte alta de Mérida, por el del incomparable paladín de Pichincha y Ayacucho.

La vieja columna y el busto de mármol del mariscal Sucre, fueron reemplazados en 1951 con un suntuoso monumento, regalado por el Gobierno Nacional a la ciudad de Mérida. La estatua del héroe es pedestre, hecha del mejor mármol de Carrara, y sus ojos están mirando hacia el Sur, hacia la tierra de los incas. Es la estatua definitiva del ilustre cumanés en su plaza merideña.

EL HOMBRE-DIOS

 En la parte alta de Mérida, frente a la plazoleta donde se irgue el busto en mármol de Miranda, en la esquina de La Metralla, se levanta la histórica iglesia de San Francisco. Una iglesia pobre, telarañosa y oscura, que perteneció antiguamente a los frailes agustinos, luego a la Orden Tercera, después a las monjas clarisas y ahora a los redentoristas, religiosos españoles que capitanean en ella a todo su talante.

Para principios del presente siglo, era capellán de esa iglesia el padre Nicolás, un viejo de muy mal humor y regañón que vivía por el barrio de El Espejo entre las calles del Cequión y Maldonado, y hacía de sacristán el insustituible Hipólito, mozo diligente y ducho en menesteres de sacristías, coros y campanarios. Allí asistíamos nosotros a oír misa los días de fiesta, y el padre Nicolás, en quien el romadizo se había hecho crónico, era asaz moroso en el altar, pues el tiempo se le iba en estornudos y en mascullar a la diabla un latín detestable. Su misa se hacía tan larga, como las de los canónigos Chaparro y Parilli en la catedral. Aquellos tres sacerdotes empleaban casi una hora para decir una misa rezada. Si las beatas se regocijaban con la tardanza del padre Nicolás, muchos oyentes se aburrían y dejaban el Santo Sacrificio por el comienzo del canon o después de alzar. En los *mementos* parecía que se echaba a dormir. Y el Domingo de Ramos, en que se lee íntegramente la pasión y muerte de Jesucristo, nadie iba a oír aquella misa, porque era para desesperarse de impaciencia, bostezos y fastidio.

Muy cerca de San Francisco, en hermosa vivienda colonial, habitaba don Juan Gregorio, un hidalgo de ilustre progenie y costumbres austeras, trabajador y discreto. Su vida alternaba entre el campo y la ciudad. Quedábase una quincena en el ható y labranzas de que era dueño en la tierra fría, y el resto del mes en su casa de Mérida. Tomaba a empeño de honra y orgullo el señorío de su linaje, que como en rosas-caracoles se perpetuaba en sus hijas y como en gesto de conquistador en el único hijo que tenía. De ojos rasgados y brillantes, alto, fornido, un atleta era don Juan Gregorio. En su color blanco, sonrosado, se advertía la pureza de su raza, y llevaba el cabello, bigote y barba negros, de suavidad sedeña. Siempre estaba listo y ágil para todo, y nadie le aventajaba en lo madrugador, agencioso y contraído a sus faenas. Su figura evocaba las estampas de los caballeros de rompe y rasga, al verlo vestido de sombrero alón de jipijapa, traje cerrado hasta el cuello, bufanda de colores y botas de montar, calzadas con espuelas de grandes rodajas. Criado en un pueblo de la sierra, al rigor del frío, con sopa de habas, ajiaco de trigo, carne asada de carnero, papas cocidas, arepa de harina, ají compuesto con rubas y ajiagua, saní y café negro, representaba el espécimen del hombre de páramo.

Pero de despierto y activo como era, don Juan Gregorio, a quien las calamidades le llovieron y se le hincaron en el pecho como garras de buitre, fue perdiendo de grado en grado las energías que otrora le acompañaban. Su jovialidad y desenfado acabaron por tornarse en actitud hermética y en rostro cejijunto. De mañana, antes de rayar el sol, lo mismo que de tarde, al caer del crepúsculo,

era seguro encontrarle en la esquina de su casa, con el codo del brazo derecho apoyado en el madero que resguardaba el filo de la tapiería y la mano en puño hundida sobre la sien. Así hubimos de hallarle nosotros muchas veces, al atravesar el callejón de Las Cachapas hacia Las Cuatro Piedras, cuando solíamos llegar de paseo hasta el río Albarregas por la cuesta de Los Cocos. Nunca más atendió a su hato y labranzas. No saludaba a sus conocidos, ni respondía a sus saludos. Se comprendía que un pensamiento crudo le atormentaba, alto torturante que no podía remediar. Y cómo sería la preocupación que lo minaba por dentro, que con ser de naturaleza robusta, fuerte como la madera del mují, no pudo resistir a la exaltación que le producían sus contrariedades y se volvió loco.

Don Juan Gregorio había dado en la idea de que transmutándose en Dios, nada le sería imposible, ya que no podía conjurar como hombre los problemas que lo asediaban. Por supuesto, aquella idea se le convirtió en manía, la manía en furia y la furia en tragedia. El Hombre-Dios, era tan sólo lo que se le oía decir en su locura. Y en Hombre-Dios habría de transmutarse, siquiera por un momento, para actuar como protagonista en uno de los espectáculos más dolorosos y conmovedores de cuantos hemos contemplado en el mundo.

Recordamos que una tarde, llevados por su hijo Juan, el de gesto de conquistador, que era nuestro amigo y compañero de colegio, fuimos a ver a don Juan Gregorio. Temerosos y en guardia entramos en su casa, porque de los locos hay que precaverse. Hallábase recluido en el fondo, en el último aposento, al que ensombrecían las

ramas de unos durazneros que se alzaban en el patio. El acceso de locura furiosa le había cedido un tanto, y estaba en ese estado de demencia que a la postre se resuelve en idiotez. Paseábase de un extremo a otro de la habitación, y repetía a cada instante: “el Hombre-Dios, el Hombre-Dios”. Causaba pesadumbre el verle. Tenía el cabello enmarañado, el bigote y la barba hirsutos, su mirar era melancólico y su semblante revelaba una profunda tribulación. Estaba desnudo, cubierto sólo de la cintura a los muslos con una suerte de guayuco de lienzo ordinario. Los músculos del pecho, de los brazos y de las piernas, abultábanse vigorosos. Ningunas muestras dio de reconocernos. Y cuando hubimos de apartarnos de presenciar aquella lástima, nos agujoneaba la impresión de habernos encontrado frente a frente con Prometeo.

Ese era el temple de don Juan Gregorio al comenzar la Semana Santa de aquel año. Católico viejo, e impulsado por la idea fija que le taladraba la cabeza, es indudable que apresuróse a lucubrar la maña por la que habría de transmutarse en Hombre-Dios, con esa persistencia que es característica en los locos para realizar sus maquinaciones. Sin comunicarle su secreto a persona alguna, esperaba la hora de sus cálculos, a fin de consumir su designio. A hurtadillas y muy cauteloso, observaba los movimientos de la gente de su casa en los días cuaresmales, hasta que amaneció el Viernes Santo, escogido por él para el hecho sensacional e insólito.

En San Francisco celebrábase con gran solemnidad el ejercicio de *Las Siete Palabras*, que el padre Nicolás hacía interminable con su discurrir caduco, sentado en un sillón frailer, delante de una mesa con cubierta de


pañó morado, la que se ponía un poco más arriba de las pilas de agua bendita, frontera a la Puerta del Perdón. Sobre la gradería del Monumento, descansando en el plano de la última vuelta, bien amarrada la peaña al tablado, en sustitución del tabernáculo, aparecía el Santo Cristo, que era de vistoso tamaño y muy pesado. Profusos blandones y velas ardían en los altares y a entrambos lados del comulgatorio de las monjas. La iglesia estaba colmada de gente, y no se oía sino la voz del sacerdote, haciendo la exégesis de las palabras inmortales. En esto, de improvisó se sintió un ruido extraño, algo anormal que a poco culminó en algarabía inmensa, en carreras vertiginosas, en confusión. Don Juan Gregorio se había presentado desnudo ante la muchedumbre, con el guayuco de lienzo ordinario, crispados los puños, como un gladiador del circo romano. Una sorpresa indescriptible. Y sin percatarse de los que le contemplaban atónitos, penetró en la iglesia violentamente, tumbó hombres y mujeres, derribó la mesa del padre Nicolás, se abrió paso a punta de empujones, y así, valiente, incontenible, subió por las gradas del Monumento, llegó hasta el Santo Cristo, y mirándolo con una avidez mística, saltó a la cruz y de agarrarse hubo a la imagen del Nazareno, con una fortaleza de titán. “El Hombre-Dios, el Hombre-Dios”, exclamaba con santa unción y las lágrimas en los ojos. La cruz se movía fluctuante, como si fuera a caerse. Aquel drama infundía admiración y espanto. Las monjas huyeron despavoridas al convento. Perplejos los espectadores, no se atrevían a tomar ninguna determinación. Y mientras tanto, don Juan Gregorio permanecía impertérrito, con los ojos fijos en el rostro del Señor,

abrazado a él fervorosamente y repitiendo sin cesar: “El Hombre-Dios, el Hombre-Dios”.

Consternados y temblorosos, el sacristán y los monaguillos, dirigidos por el padre Nicolás, salieron a la calle en busca de auxilio, y de allí regresaron con el francés Pablo Gazzotti, el carpintero Rosendo Martínez y algunos campesinos fortachones. Venían provistos de cabuyas y en ademán de lucha. Subieron por las gradas del Monumento, y ya arriba, al pie de la cruz, con mucha destreza enlazaron a don Juan Gregorio, bajáronle cuidadosamente y lo sacaron puerta afuera, conduciéndole a su casa. Las gentes timoratas le veían pasar como una estantigua misteriosa. El alboroto fue de los que marcan época. Y por la noche y al día siguiente, a bandera desplegada de espavientos, en toda la población se comentaba el suceso extraordinario.

Don Juan Gregorio, el Hombre-Dios, se había salido con la suya, aunque no pudo conjurar los problemas que lo asediaban, y murió loco.

LAS PIEDRAS DEL DIABLO

a soledad del valle de Los Alisares, del gran valle que se extiende al Norte de la ciudad de Mérida, era imponente. Estábamos en tierras de las que les repartió el capitán Juan Rodríguez Suárez, a los conquistadores Juan Andrés Varela y Andrés de Pernía. Habíamos emprendido viaje antes de romper el alba, y con el sol alto andábamos aún, y nos faltaba un buen trecho de andadura para llegar al agreste retiro a donde nos dirigíamos. Hacía frío seco de diciembre. El grupo caminador alcanzaba alegremente, bajo los arboles de las nubes de verano. Por todas partes olía a plantas silvestres, a humo de leña verde, a fresas maduras. Y la cordialidad del campo hacía fiesta en nosotros, en cinco merideños que íbamos a pasarnos el día a las faldas del páramo de Los Conejos, en un apartado cortijo de la sierra.

Áspera era la cuesta por donde subíamos, y serían las diez de la mañana, cuando llegar hubimos al patio de la casa. El río Mucujún hacía sentir su nerviosa vibración cristalina en el silencio de los peñascos. Asentadas en las copas de los arrayanes y jarillos, las torcaces lanzaban sus quejumbres tempraneras, picoteando aquí y allá en las pequeñas frutas ácidas. Y distantes se escuchaban, con esa nitidez que se aprecia en la quietud campesina, las voces de los gañanes detrás de los bueyes, arando en escogida tierra de labor.

Dentro del corral del cortijo, con las ubres al reventarseles, veíanse algunas vacas, muy lanudas y gordas como todas las de tierra fría. Y una vieja madrugadora ordeñaba, con un pañuelo de madrás amarrado a la cabeza, a la vez que una moza como de dieciocho años, guapa y fornida, encunaba en sus dos manos la camaza que recibía la leche espumosa y tibia.

Las dos mujeres estaban acurrucadas de lado y lado de las patas traseras de la vaca que ordeñaban: la vieja muy insinuante en el decir, y la muchacha con esa seriedad tímida que bien pronto se resuelve en disimulada sonrisa y a la postre en ciega pasión amorosa. Muy comedida aquella gente, ofreciéndonos leche recién ordeñada y café, que tomamos con avidez. Y encendimos un cigarrillo, y nos pusimos a desensillar las bestias, que hacían pozuelos de sudor en los ladrillos y temblaban de cansancio.

El lugar era sugestivamente pintoresco, como lo son los de todos esos contornos. Del patio pasamos al corredor de la casa, y ya sentados en unas banquetas de madera, hablamos de *Las Piedras del Diablo*. Nuestra conversación era animada. Y entonces, un ñor que salió de la sala, de luenga barba canosa, y que hubo de oír lo que decíamos, luego de saludarnos con mucha afabilidad, nos echó el cuento, con ese reposo y concisión de los abuelos de antes:

—El origen del espanto data de los primeros tiempos de la conquista castellana, como que fueron los españoles los que se encargaron de traer y propagar en América las supersticiones suyas, aumentadas con las de los moros. La relación no es muy larga. Esto era antiguamente lo mismo que está hoy. No ha habido variación. Y a esas

piedras llaman *del Diablo*, porque ha venido desde antaño la leyenda, el mito, de que una noche los pobladores de este vecindario oyeron hacia allá ruidos extraños, del otro mundo, y cuando fueron a ver lo que sucedía, seguidos de sus perros que aullaban sin descanso, sintieron en la campiña un fuerte hedor a azufre, y dicen que el Diablo hiede a fósforo quemado. Nada vieron los que se levantaron con el alboroto y cogieron camino, pero el miedo que sentían, que era de temblarles las quijadas y parárseles los pelos, les dio a entender que aquello era sobrenatural y de mucho misterio, habiéndose devuelto a la carrera como almas perseguidas por Lucifer. Eso es todo lo que yo sé y puedo referirles.

El ñor hizo una pausa, y prosiguió con viveza de semblante:

—Vean ustedes: las piedras semejan una cornisa que avanza sobre el vacío. Una excursión a ese sitio es empresa ardua. Tendrían que ir a pie, porque de otra manera no podrían realizar su deseo. Ustedes resolverán, y si persisten en la idea, yo les proporcionaré un buen baquiano.

Pero nosotros queríamos ir al lugar misterioso, y presintiendo una aventura grata, nos dispusimos a salir. El baquiano ofrecido por el ñor se presentó en seguida, calada su chamarreta blanca con franjas rojas, hundido en la frente su sombrero de cogollo y bien ajustadas sus cotizas. Nosotros nos proveímos de bordones de sínaro, y a poco echamos a andar por aquellos atajos a la buena de Dios. El baquiano iba a paso de páramo, para evitar la fatiga y el *soroche*, y musitaba palabras incomprensibles de sabor *mucubache*. Primero anduvimos por un prado florido, en el que el camino era llevadero, y no tardó mucho

para que empezásemos la ascensión. El piso era calcáreo, y subíamos con dificultad. Nuestras piernas flaqueaban, obligadas por fuerte tensión muscular. Y cuando alguien gritaba, el grito rompía el silencio y se multiplicaba en ecos sonoros que iban a morir muy lejos.

La hermosura del paraje era emocionante. Subíamos hacia el Norte, y teníamos delante la cordillera de Nuestra Señora de la Culata, que culmina en el vértice del Pan de Azúcar. Nuestra vista se dilataba al Oriente sobre la extensión plana, en cuyo fondo se distinguían los techos de las casas como limpios rubíes incrustados en la esmeralda del valle. Al Noreste se alzaba enhiesta la montaña, con sus árboles barbudos y sus arcos musgosos, arrullada por el canto de los airones y estremecida por el golpe acompasado de las hachas de los leñadores; y al Sur se descubría, en medio de la bruma caída sobre los tejados, la ciudad histórica de Santiago de los Caballeros de Mérida, custodiada por las agujas herrumbrosas de sus campanarios.

Habíamos caminado sobre aquella pendiente dos horas, cuando el baquiano anunció *Las Piedras del Diablo*, aunque nos faltaba subir el repecho de las vueltas finales. Todavía hubimos de emplear algún tiempo para dar en la cima, pues la escabrosidad de la peña nos hacía cada vez más dura la ascensión. Teníamos que ir asiéndonos de las ramas que salían de entre las rendijas de las piedras, que eran a menudo sarmientos de zarzas que nos punzaban en las manos. Por fin, aguijoneados constantemente por el acicate de la voluntad, llegamos al tope de aquella especie de trono fantástico, evocador en su tosquedad de los días pretéritos, en que los cantos del aborigen se

dejaban sentir acompañados con instrumentos humildes. Y ya allí, erguidos sobre el macizo roqueño, nos entregamos a contemplar maravilla tras maravilla, empezando por las gigantes piedras, que adheridas al riñón de la serranía por un lado y salidas hacia el abismo por el otro, se alargaban en un bloque considerable, como si fuesen las cejas de aquel monte.

Desde muy alto, abstraídos en el más fervoroso recogimiento del espíritu, pudimos admirar el esplendor de la naturaleza y los panoramas que se desdoblaron sucesivamente hasta enredarse en los algodones de las nubes, al par que la magnificencia de aquel escenario de vastas proporciones, en el que todo es luminoso y de una originalidad atrayente. Allí permanecimos buen rato, y ya descansados, como alguno de nosotros propusiera que siguiésemos adelante, el baquiano dio voces de alarma, manifestándonos que no podía pasarse, ya que un precepto tradicional había fijado en aquella altura el término de la jornada. Sin embargo, hubiéramos intentado seguir, si no hubiese sido porque revivieron en nosotros las supersticiones de los españoles y de los moros. Además, bien pronto comenzó a oscurecer, y la niebla se arremolinaba en las hondonadas y por sobre las montañas azules, de modo que quedamos en el centro de un círculo limitado, al que no podíamos traspasar con la vista. Nuestros propósitos se habían cumplido. Y fue entonces cuando uno de los compañeros, arrebatado por el triunfo de la excursión, exclamó vigorosamente, para anonadamiento del baquiano cazarro:

—¡Qué *Piedras del Diablo*, ni qué azufre, ni qué espanto! Nosotros lo que hemos hechos es descubrir algo que

se ignoraba. Lo que hay aquí es una riquísima cantera de piedra de sillería, tan famosa como las de Bogotá. Y no correrán muchos lustros, sin que se la utilice para levantar las construcciones modernas de Mérida, cuando suene la hora que estamos esperando de tantos años atrás, tornando así a los días coloniales, en que con piedras labradas del Albarregas, se edificaron las contadas obras de verdadera arquitectura que son el adorno de nuestro solar.

Por supuesto, al oír aquella profanación, el semblante del baquiano se transfiguró de súbito, y sin despedirse de nosotros, se desapareció como por encanto. Tarde era ya cuando iniciamos el descenso. Estaba cerrando la noche. La luna empezaba a esplender sobre el pico de La Columna. Y los luceros blanqueaban en la penumbra, detrás del perfil de la serranía, con la belleza inmutable de los ojos de las estatuas de mármol.

ÍNDICE

7	Prólogo a la segunda edición
19	Dedicatoria
21	A manera de prólogo
25	Los Avendaños de Mérida y una respuesta admirable
33	El descubrimiento de la Laguna de Urao
43	La Piedra Gorda
49	La Venta
57	Fulano Cachirulo
63	El Conde de Gerena
71	La campana mayor de San Francisco
77	Orígenes de la ciudad de Ejido
85	Una descripción desconocida de Caracas
93	La patria del padre Talavera y Garcés
99	Un soldado patriota
105	El general Francisco Tomás Morales en Mérida

111	El general Juan Antonio Paredes y su plan de defensa de la provincia de Mérida en 1830
121	En torno a la personalidad del general Mariño (Polémica Parra Pérez-Picón Lares)
139	Respuesta al doctor Caracciolo Parra Pérez
161	Segunda y última epístola a mi primo sobre el general Mariño
177	Segunda respuesta al doctor Caracciolo Parra Pérez
191	El embalsamamiento del cadáver del obispo Unda
197	El primer monumento erigido al Libertador en el mundo
205	El fusilamiento del Congreso Nacional en 1848
215	El sesquicentenario del nacimiento del general Francisco Javier Picón
227	El primer monumento a Páez
237	Los cañones del 92
247	Una carretera y el camino de "Los Callejones"
259	El mariscal Sucre en la plaza de Milla de Mérida
267	El Hombre-Dios
275	Las Piedras del Diablo



La presente edición de *Revelaciones de Antaño, TOMO II* de Eduardo Picón Lares, con un tiraje de 500 ejemplares, se terminó de imprimir en octubre de 2008, en los Talleres Gráficos Universitarios, ULA, Av. Andrés Bello, antiguo Central Azucarero, La Parroquia, Mérida, Venezuela.

Pocas son las personas que han tenido la oportunidad de tener en sus manos la obra de Eduardo Picón Lares. En este caso: *Revelaciones de Antaño*. El primer tomo se publicó en 1938 y, quince años más tarde, en 1953, se imprimió el segundo; ediciones que han logrado sobrevivir hasta nuestros días, gracias a algunas bibliotecas privadas que los conservan en sus estantes.

Este clásico merideño sobre anécdotas y sucesos locales, no podía quedar en el olvido, debido a que relata la historia regional, la historia pequeña, aquella que forma parte de la dimensión de un país; era necesario darle vida nuevamente para darla a conocer a sus lugareños y para el disfrute de la generación actual. El héroe, el personaje y hasta el Quasimodo que deambula por las calles, deben tener un lugar en la memoria para poder enunciar con inmodestia y seguridad: "soy merideño".

La microhistoria es la identidad regional que nos ubica en nuestro espacio. Así como sabemos quiénes fueron nuestros abuelos o bisabuelos, y cuál es nuestro lugar en ese árbol genealógico familiar, así debemos tener sensibilidad para indagar y conocer los sucesos y aportes de nuestro Estado en la historia.

ISBN 9806111198



9 789806 111196